

dora! Algunos consideran esta aspiración como signo de debilidad o locura; yo estoy convencida de que existe potentísima en algunos de los más nobles caracteres de nuestra raza y que el grito de “¡luz!” ha brotado muy a menudo suplicante y apasionado de los labios de quienes más se sacrificaron para aligerar la pesadumbre de la ignorancia de las sobrecargadas y encorvadas espaldas del mundo. La luz puede venir como cegador relámpago, pero es luz al fin y permite ver.

Había llegado el momento de utilizar el don de palabra que poseía, descubierto en la Iglesia de Sibsey, y conmovido con él corazones y cerebros de toda la tierra inglesa. En 1874 hice mi primera tentativa y desde el 1875 empuñé definitivamente esta valiosa arma y la he seguido usando desde entonces. Hablé por primera vez durante una fiesta interviniendo en una discusión privada y me di cuenta de que mis palabras fluían fácil y suavemente; la segunda fue durante una discusión en la apertura dominical del museo y galería de arte de la *Liberal Social Union*. Di mi primera conferencia en el Instituto Cooperativo el 25 de agosto de 1874. El Sr. Greening, secretario de la sociedad entonces, según creo, me había invitado a leer un artículo dejándome escoger el asunto. Decidí que mi primera conferencia pública fuese en beneficio de mi sexo y elegí el tema: “Condición política de la mujer” y después lo escribí.

Pero la persona que se presentó ante el público de la Cooperativa aquella tarde de agosto era muy nerviosa. Cuando se visita al dentista, al llegar al último escalón se siente irresistible deseo de escapar de allí antes de que el botones abra la puerta y mire al visitante con sonrisa de piadosa superioridad y de triunfo; en aquellos momentos el mundo se oscurece y la vida parece un enorme despropósito. Pues bien, todo esto no es nada comparado con el estado de ánimo, los latidos del corazón, el temblor de las rodillas que sobrecogen a la infeliz conferenciante cuando avanza hacia su primer auditorio y percibe ante sí la terrible visión de un mudo orador frente a las figuras atentas que escuchan... ¡la voz que no sale!

Pero con gran sorpresa mía estos sentimientos de angustia desaparecieron tan pronto como me puse en pie y contemplé el auditorio. Desde la primera palabra a la última no sentí ni temblor ni nerviosidad, y al oír mi voz resonando sobre el atento

auditorio experimentaba un sentimiento de potencia y de placer, no de temor. Desde aquel día hasta hoy mi experiencia ha sido siempre la misma: antes de la conferencia estoy terriblemente nerviosa deseando encontrarme en los confines del mundo; bate mi corazón violentamente y, a veces, me sobresalta mortal mareo; pero al ponerme en pie, me siento perfectamente tranquila, domino a la masa y a mí misma. A menudo me burlo mentalmente de mis temores porque sé que he de recobrar la serenidad al ponerme a hablar, pero no puedo evitar, aun sabiendo que son pasajeros, el temblor y terror físico. La gente me dice a veces: "Está Vd. enferma para subir al estrado" y sonrío débilmente afirmando que estoy muy bien, y he observado que cuando más nerviosa estoy antes de empezar, mejor hablo.

Di me segunda conferencia en la capilla de Mr. Moncure D. Conway el 25 de septiembre y la repetí semanas después en la capilla unitaria de la que era ministro el Reverendo Peter Dean. Me ocupaba en ella de "La verdadera base de la moral". Posteriormente se publicó en un folleto y obtuvo profusa circulación.

Esto fue todo lo que hice como conferenciante el 1874, si bien trabajé silenciosamente en las luchas electorales de Northampton donde había quedado vacante un lugar en la Cámara de los Comunes a causa de la muerte de Carlos Gilpin. Bradlaugh había disputado aquel distrito como radical en 1868 obteniendo 1.086 votos y de nuevo en febrero de 1874 con 1.653, de los cuales lo menos 1.060 eran dobles votos, mientras que sus cuatro oponentes tuvieron tan sólo 113, 64, 21 y 12 dobles votos, respectivamente. Este partido formó la compacta masa de los secuaces fieles y leales que debían conquistar el escaño para su jefe en 1880, después de doce años de acérrima lucha para conseguir su reelección hasta llegar al triunfo final.

La confianza de estos secuaces hacia el que llamaban "nuestro Carlos" no vaciló un instante, y la mantuvieron firme tanto en la favorable como en la adversa fortuna, tanto en la derrota como en la victoria. Su amor era profundo y ardiente adoración, tan honrosa para ellos como preciosa para él.

He visto a Bradlaugh llorar como un niño ante sus manifestaciones de afecto; él, a quien ningún peligro intimidaba, que

no retrocedía ante el odio, ni alteraba la austera inmovilidad de su rostro frente al enemigo. Férreo ante la enemistad, era dulce como una mujer ante la amabilidad; inflexible como el hierro en la presión, era blando como la cera en el amor. Juan Stuard Mill tuvo la perspicacia de comprender su valor y la osadía de reconocerlo públicamente, sosteniendo su candidatura y contribuyendo con dinero a los gastos de su elección. En su autobiografía escribe: "Carlos Bradlaugh fue sostén de la clase obrera; oyéndole hablar comprendí que era un hombre de capacidad y ha demostrado ser el reverso del demagogo al oponerse abiertamente a la prevaleciente opinión del partido democrático en dos importantísimos puntos: el maltusianismo y la representación proporcional. Hombres de esta clase que, participando del sentimiento democrático de la clase obrera, juzguen por sí mismos los asuntos políticos y tengan el valor de sostener sus convicciones individuales contra la oposición popular, me parecía que se necesitaban en el Parlamento, y no creo que las opiniones antirreligiosas de Bradlaugh, aunque las expresara de un modo intemperante, hayan de excluirlo de él."

Se dijo que el apoyo prestado por Mill a la candidatura de Bradlaugh por Northampton le había costado su propio escaño por Westminster, y pudo ser muy verdad; tan dura era la mojigatería en aquellos tiempos. Sobre esto decía el mismo Mill: "Hice lo que debía, y si aún estuviese pendiente la elección, obraría del mismo modo".

En las elecciones de 1874, las segundas de aquel año, pues las generales se habían celebrado en febrero y en ellas Bradlaugh, que entonces se encontraba en América, fue presentado y vencido, fui a Northampton para narrar en la *National Reformer* los incidentes electorales, y en el fragor de la lucha pasé algunos días.

El partido liberal era más contrario a Bradlaugh que el conservador, e hizo esfuerzos sobrehumanos para encontrar un candidato que impidiese, cuando menos, el retorno de Bradlaugh, y que dividiendo los votos de los liberales y radicales permitiese la victoria de un conservador en vez de un detestado radical. Los señores Belly James y el Dr. Pearce se presentaron en escena para desaparecer en seguida; los nombres de Jacob Bright y Arnold Morley se insinuaron vanamente; se su-

surró el de Ayrton; Bernal Osborne recomendó a Major Lumley; el Dr. Kenealy se proclamó a sí mismo, dispuesto a salvar a los liberales; se inyitó a Tillet de Norwich y Cox de Belper, pero ninguno consintió en oponerse a un buen radical que había luchado en dos elecciones por Northampton y que había sido escogido por los obreros radicales durante seis años. Finalmente, el banquero William Fowler aceptó el encargo de ceder la representación del distrito liberal y radical a un conservador, y en ello tuvo éxito, dando la candidatura al señor Mereweather, reputadísimo abogado conservador. Bradlaugh tuvo 1.766 votos a los que se agregaron 133 obtenidos en las elecciones del precedente febrero.

Estas elecciones me depararon la primera experiencia de algo parecido a una revuelta. Los violentos ataques que los liberales lanzaron contra Bradlaugh y las perversas calumnias propaladas contra él referentes a su vida privada y relaciones familiares, habían casi enloquecido de rabia a los que le conocíamos y amábamos, y cuando se supo que los artificios inescrupulosos de los liberales triunfaron, consiguiendo dar el distrito a un conservador, la exasperación estalló en abierta violencia.

Un ejemplo bastará para mostrar la crueldad de las calumnias de que fue víctima Bradlaugh. Se sabía que estaba separado de su esposa, y sus contrarios se aprovecharon de esta circunstancia para decir que, siendo ateo y *por lo tanto* opuesto al matrimonio, había abandonado a su mujer e hijos y dejado a éstos en un asilo. Pocos conocían la causa de la separación, porque Bradlaugh, honradamente caballeroso con la mujer, no había intentado nunca salvar su propia reputación a costa de la que fue su esposa en la juventud y la madre de sus hijos. Pero a su muerte, su único hijo manifestó, por devoción a la memoria de su padre, la dolorosa verdad: que la Sra. Bradlaugh se daba a la bebida, que durante muchos años él la soportó e hizo lo que pudo para salvarlo, pero que finalmente, sin esperanza de remedio, deshizo su hogar y dejó a su esposa bajo el cuidado de sus padres en el campo juntamente con sus hijos, mientras él trabajaba para sostenerlos. Nadie hubiese obrado más generosa y prudentemente en tan penosas circunstancias, cayendo quizá en extremado quijotismo al ocultar el real estado del caso y dejar que el público manchara su nombre.

Sus partidarios de Northampton desconocían los hechos, pero estaban convencidos de su rectitud y nobleza, y los feroces ataques contra su carácter personal los encendían en cólera.

Durante la elección hubo violentas luchas a causa de las calumnias, y la gente desbordó sus pasiones al verle derrotado por tan insensatas armas. Se albergaba Bradlaugh después del escrutinio, casi exhausto, en un hotel, cuando se precipitó sobre él el propietario, rogándole que saliera para calmar a la muchedumbre, pues de lo contrario se cometería un asesinato en el Palmerston, cuartel general de Fowler; el gentío forzaba ya la puerta y los cristales de las ventanas estaban rotos por una lluvia de piedras. Rendido como estaba se levantó y corrió velozmente a salvar a los que le habían calumniado y vencido. Se puso ante la puerta derribada entonces, separó de ella a los más violentos, rechazó a la multitud, la exhortó a la calma y finalmente la dispersó. Pero a las nueve tenía que salir de Nortampton para tomar en Queenstown el vapor correo de los Estados Unidos, y después de su partida la muchedumbre se amotinó de nuevo. Se leyó el bando de orden público, se reclamó el auxilio de las tropas y volaron las piedras rompiendo ventanas y cabezas, si bien no con graves daños. Los principales perjudicados fueron el Palmerston y la redacción del *Mercurio*, órgano de los liberales, pues desaparecieron sus puertas y ventanas completamente.

Al día siguiente regresé a mi casa y en seguida enfermé de grave congestión pulmonar. Apenas restablecida, salí de Norwood para establecerme en Westbourne Terrace, Bayswater, donde permanecí hasta el 1876.

El siguiente enero de 1875, después de haberlo pensado seriamente y escrutado mi ánimo decidí consagrarme a la labor de propaganda como librepensadora y reformadora social, sirviéndome en la lucha de mi palabra y de mi pluma. Pensé antes lo que podía costarme la resolución, sabiendo que no solamente heriría los sentimientos de los nuevos amigos que me había adquirido, sino que me exponía a perder la custodia de mi hija. Un ateo se consideraba como fuera de la ley, sujeto a sus castigos, pero privado de su protección, y pensé que mi actitud podía acarrear una serie de conflictos donde todo lo perdiese y nada ganara; pero el anhelo de difundir mayor libertad y

más lógico pensamiento, de luchar contra la mojigatería y la superstición, de hacer el mundo más libre y mejor que lo encontré, me impelieron con irresistible fuerza. Me parecía oír la voz de la Verdad resonante en el campo de batalla: “¿Quién se levantará por mí? ¿Quién me proclamará?” Y me lancé con ardiente entusiasmo y grité resueltamente: “Aquí estoy; ¡mándame!” Nunca me he arrepentido de la decisión, tomada en la soledad y sostenida entre el fragor de la vida mundana, de consagrarme a la sagrada causa de la libertad con toda la fuerza de mi mente y de mi palabra.

La responsabilidad del orador público que lucha en la prensa y en la tribuna para modificar algún tanto la mentalidad de su época, que influye en el ánimo de miles de lectores y oyentes año tras año, es para mí solemne. Creo que no puede haber otra mayor ni más sacra misión. La palabra escrita y hablada suscita fuerzas cuyo alcance nadie puede calcular, influye en los cerebros de innumerables individuos desconocidos para el que la escribe o la pronuncia y trabaja para el bien o para el mal en el transcurso del tiempo. Consciente de la grandeza de la misión y de la solemnidad del deber que asumía, me juré a mí misma y a la causa que tanto amaba, no escatimar ningún esfuerzo necesario para hacerme digna del beneficio de servirla; de leer, estudiar y educar mis facultades, pulir mi lenguaje, disciplinar mi pensamiento, ampliar mis conocimientos. Puedo decir que si bien mucho he escrito y hablado, he estudiado y pensado mucho más, y que no ofrecí a mi señora la Verdad lo que nada me había costado.

En el mismo año 1875 en que yo me lanzaba al mundo como público paladín del librepensamiento, se fundó la Sociedad Teosófica a la que mi librepensamiento debía conducirme. He pensado a menudo con satisfacción, que al mismo tiempo que yo empecé a dar mis conferencias en Inglaterra, H. P. Blavatsky trabajaba en los Estados Unidos preparando el fundamento sobre el cual, en 1875, se levantaría la Sociedad Teosófica, y con más profundo regocijo aún he leído sus escritos diciendo que la noble labor realizada por Carlos Bradlaugh y por mí había facilitado el camino de la Teosofía en Inglaterra.

Pronto empezó la lucha con algunas extrañas escaramuzas. Yo era miembro de la *Liberal Social Union*, y una noche se sus-

citó una discusión sobre la admisibilidad de ateos en la Sociedad. El Dr. Zerffi manifestó que no pertenecería a ella si se admitían ateos, e inmediatamente declaré que yo lo era y que la base de la *Union* era la libertad de pensamiento. Como resultado me sentí aislada y aquéllos que me habían demostrado calurosa cordialidad, solamente porque no era cristiana, comenzaron a mirarme con desdén porque mi escepticismo traspasaba los límites del pensamiento religioso. Pronto la *Liberal Social Union* no quiso reconocermé, pero poco me importó la estrechez mental de aquel núcleo mezquino, teniendo ante mí mayor campo de actividad.

Empecé definitivamente mi labor de conferenciante en enero de 1875, en South Place Chapel, bajo la presidencia del señor Moncure D. Conway, y apareció en el *National Reformer* el siguiente anuncio: "La Sra. Ana Besant (Ajax) conferenciará en South Place Chapel, Finsbury, sobre "La libertad civil y religiosa". Así dejaba mi seudónimo y me presentaba a la pelea con levantada visera, lo que había de provocar una ridícula manifestación de mojigatería. En aquel mismo tiempo la Sociedad Dialéctica me invitó a dar una conferencia y elegí el tema "La existencia de Dios". Hago notar, de paso, que los jóvenes estudiantes y oradores escogen siempre arduos temas para sus discursos; pero a medida que aumenta su conocimiento aumenta su modestia; y actualmente, después de 18 años de labor en la tribuna, me siento más dudosa que lo era al principio, respecto a mi capacidad de tratar adecuadamente algunos problemas de la vida.

La Sociedad Dialéctica hacía algunos años que celebraba sus reuniones en una sala que le alquilaba la *Social Science Association*. Cuando los miembros fueron a reunirse como de costumbre, el 17 de febrero, se encontraron con la puerta cerrada y tuvieron que quedarse en la escalera: la *Social Science* consideró que la conferencia de Ajax era demasiado fuerte para sus nervios y les negó el acceso a su local. Así ellos con Ajax se refugiaron en el Charnyl Cross Hotel, comentando alegremente la excentricidad de la mojigatería religiosa.

El 12 de febrero empecé mi primera conferencia en provincias, y después de hablar en Birkenhead tomé el tren para Gasglow. Aquel día hubo carreras de perros, creo yo, y tenían

muy desagradable aspecto los viajeros que como yo aguardaban el tren. Algunos amigos de Birkenhead me habían reservado un departamento y estuvieron conmigo hasta la salida del tren; pero apenas hubieron marchado, se abrió la puerta y cayó un hombre sobre un asiento. Poco a poco se puso en pie, se le escapó el dinero de la mano y lo vio rodar por el suelo vagamente: vi con horror que estaba ebrio. La situación no fue muy agradable, pues el tren era expreso y tardaría en parar. Mi repugnante compañero de viaje estuvo largo rato en el suelo buscando sus dispersas monedas, después se levantó lentamente y entonces notó mi presencia. Me observó, y después propuso que se cerrara la ventana, a lo que asentí queriendo evitar la menor discusión, presa como estaba de mortal espanto. Me encontraba sola, de noche, con un hombre no bastante ebrio para perder el conocimiento, pero lo suficiente para no dominarse. Nunca me he sentido tan atemorizada. Lo veo aún tambaleándose ante mí, ofuscados los ojos y caídos los labios, pero permanecí sentada y aparentemente tranquila como es mi instinto en momentos de peligro hasta que encuentro la puerta de escape; sólo retenía fuertemente el cortaplumas que tenía en mi bolso desesperadamente resuelta a utilizarlo si era menester. Se acercaba a mí con fatua mirada cuando oímos un rumor estridente y el tren acortó su velocidad.

—¿Qué es eso?— baluceó mi beodo compañero.

—Frenan el tren para que pare— respondí lenta y distintamente a pesar de que me era difícil pronunciar con calma mis medidas palabras a causa de la impresión recibida.

El hombre se sentó estúpidamente y me contempló atónito. Un minuto después paraba el tren en la estación y entonces desapareció mi impasibilidad; de un salto fui a la ventanilla, llamé al guarda y le expliqué que viajaba sola y que un hombre medio ebrio estaba en mi compartimiento. Con la acostumbrada amabilidad del empleado ferroviario, hizo trasladar a otro coche mi equipaje y allí me encerró, vigilándome cuidadosamente en cada estación hasta dejarme sana y salva en Glasgow.

Allí me reservaban el aposento en un *temperante* hotel¹ y al encontrarme sola, en extraño lugar y extraña ciudad, abando-

¹ Pensiones vegetarianas actualmente.

nada a mí misma, sentí tan profunda tristeza que necesité sentarme y llorar. Este sentimiento, al que no cedí por orgullo, lo motivó probablemente la mezquindad y desaliño del ambiente que me rodeaba. Las circunstancias han mejorado en nuestros días, pero en aquella época los *temperantes* hoteles carecían de limpieza. La abstinencia de bebidas espirituosas y la suciedad no parecen necesarios correlativos, y sin embargo raramente encontré uno en el cual el agua se emplease abundantemente para otro objeto que el de la bebida.

De Glasgow fui al Norte, Aberdeen, donde encontré severísimo y entendido auditorio. Ninguna voz rompió el silencio de la sala cuando yo entré; ningún murmullo cuando subí al estrado y me encaré con el público; los prudentes escoceses no estaban dispuestos a aplaudir a primera vista a un extraño; querían saber primero de qué trataría. Me escucharon en mortal silencio, no conseguía conmoverlos, eran de granito como su ciudad y hasta me hubiese gustado arrojarles mi cabeza si con ello hubiese podido romper la dura muralla. Pasados veinte minutos una afortunada frase motivó el siseo de un hijo de los *Covenanters*¹; lo rebatí prontamente, estallaron los aplausos, se rompió el hielo y nunca más hube de quejarme de la frialdad del auditorio de Aberdeen.

Volví a Londres; largo y pesado era el viaje en un compartimiento de tercera clase en el frío mes de febrero, pero la obra encerraba tal gozo que recompensaba en exceso la falta de física comodidad y mi vida descubría una nueva dicha al encontrar su misión en el mundo.

El 28 de febrero ocupé por primera vez la tribuna del Salón de la Ciencia y los secularistas me recibieron con la calurosa bienvenida con que siempre han distinguido a quienes algo sacrifican para ingresar en sus filas. Me recuerda aquella sala amarguísimas luchas, muchas victorias y muchas derrotas, pero en todas ellas me sentí afectuosamente acogida. El amor y valentía con que me sostuvieron compensó mil veces los humildes servicios que tuve la fortuna de prestar a la causa de la libertad mientras estuve en sus filas, y no quiero que en mí se manifieste la menor amargura por la hostilidad que me demos-

¹ Reformistas.

traron cuando el dolor y la cólera por mi renuncia al materialismo y ateísmo les llevó a faltar a la justicia y a la cortesía.

Por lo que a mi salud se refiere debo decir que las conferencias obraron como un tónico; siempre había estado delicada del pecho y cuando consulté con el médico sobre la posibilidad de una labor desde la tribuna me respondió: "Puede matarla o curarla", y curó completamente mis débiles pulmones que se fortalecieron y vigorizaron.

Sería fatigoso seguir paso a paso la labor de dieciocho años; seleccionaré solamente de aquí y allá los incidentes que ilustren el conjunto, si bien antes quiero observar que las frecuentes acusaciones, de que fuimos víctimas yo y otros, de adherirnos a la propaganda del libramiento por las ventajas que ofrecía, contrastaban grotescamente con los hechos. Una vez estuve ocho días en Northumberland y Durham, pronuncié doce conferencias y saldé la cuenta con un déficit de once chelines. Naturalmente que esto no sucedió después cuando mi nombre, gracias a durísimo trabajo, empezó a adquirir fama, pero me imagino que todo conferenciante secularista os hablaría de modo semejante al referirse a la primera época de su actividad. Lo cierto es que desde Bradlaugh hasta el último de nosotros hubiésemos podido ser competentes en cualquier otra índole de trabajo con relativa facilidad, contando al mismo tiempo con la aprobación del público en vez de la general oposición.

En un principio casi toda la obra se desarrolló en Northumberland y Durham donde daba conferencias a los mineros, gente astuta y de obtusa mente, pero cordialísima hacia quienes les inspiraban confianza. En Seghill y Bedlington dormí en sus chozas y me acogieron cariñosamente en su mesa. Recuerdo aún vivamente una tarde en Seghill, después de mi conferencia, en que mi hospedero, minero también, invitó a unos doce camaradas suyos a cenar conmigo; la conversación versó sobre política y pronto me di cuenta de que mis compañeros conocían más a fondo la política inglesa, juzgaban con mayor sagacidad los sistemas gubernamentales, en una palabra, estaban más capacitados para hablar de política que muchos de los hombres que se encuentran *en sociedad*. Perteneían a la clase *inculta* que los *señores* desprecian y carecían por lo tanto de derecho a voto, pero políticamente eran más cultos y más aptos para cum-

plir los deberes del ciudadano que sus superiores en la escala social. ¡Cuán bien recuerdo un viaje de diez millas en el carro de un carnicero para dar una conferencia en un pueblo alejado de la estación del ferrocarril! Fueron tantas las sacudidas que sufrimos en aquella ruta pedregosa, que a la llegada me parecía tener los huesos quebrantados y temía caer como un saco al encontrarme en la tribuna. ¡Cuán amables fueron para mí entonces aquellos valientes y cordialísimos mineros! ¡Cómo se interesaban por mi bienestar! ¡Cuán maternales fueron las mujeres! ¡Ah! si los adversarios que no me conocían fueron a menudo crueles y malignos, tuve como compensación el amor y el respeto de los humildes; su devoción superó al odio de otros y en muchos momentos fué bálsamo para mi fatigado y dolorido corazón.

El mes de junio de 1875 dí una conferencia en Leicester y sentí entonces la hondísima pena de la primera falsa acusación. En la discusión que siguió a la conferencia, un cristiano, acérrimo adversario, me acusó de ser responsable del libro intitulado *Elementos de la ciencia social*, según él "La Biblia de los Secularistas". Nunca había oído nombrar este libro, pero habiendo manifestado que favorecía la abolición del matrimonio y que Carlos Bradlaugh profesaba las mismas ideas, le desmentí inmediatamente, porque si bien ignoraba el contenido de la citada obra, sabía muy bien que Bradlaugh era, en el asunto del matrimonio, más bien conservador que revolucionario, que detestaba la doctrina del amor libre y que tomó activísima parte en la agitación que dirigió Josefina Butler tan heroicamente durante años.

De regreso a Londres busqué naturalmente el libro y me enteré de su contenido; supe que lo había escrito un doctor en medicina hacía algunos años y enviado al *National Reformer*, como a otras revistas, para su crítica, según costumbre del comercio editorial. Constaba de tres partes: la primera defendía desde el punto de vista de la ciencia médica lo que vulgarmente se llama amor libre; la segunda era puramente médica; la tercera era una clara y hábil exposición de la ley de población de Maltus, y siguiendo las orientaciones de Juan Stuart Mill, insistía sobre el deber de los matrimonios de limitar voluntariamente el número de hijos según sus medios de

subsistencia. Bradlaugh dijo al hacer la crítica del libro que estaba escrito "con honrado y puro propósito" y recomendaba a los obreros el conocimiento de la ley de población. Sus enemigos se acogieron a esta recomendación para asegurar que participaba de los puntos de vista del autor sobre la disolubilidad del lazo matrimonial, y a pesar de sus reiteradas negativas aludían a esa obra contraria al matrimonio, como si fuesen suyas las ideas que contenía. Era inconcebible nada más mezquino y abyecto, pero estas fueron las armas que contra él emplearon durante toda su vida individuos cuya conducta tan desfavorablemente contrastaba con la suya. No pudiendo encontrar en los escritos de Bradlaugh nada que sirviera a sus propósitos echaron mano de esa obra para perjudicarlo ante los que no conocían directamente su opinión. En el fondo lo que temían no eran sus ideas sobre el matrimonio, conservadoras como he dicho antes, sino su radicalismo y ateísmo. Para desacreditarle como político le calumniaron socialmente, y el más acertado y seguro puñal era declararse partidario de la abolición del matrimonio y del hogar. Estas viles insinuaciones originaron penosísimas dificultades en su vida, intensificadas poco después por su defensa del maltusianismo. Como es fácil comprender sobre mí cayó la misma censura y muchos me odiaron como defensora de ideas que aborrecía.

Debo agregar que no fue Bradlaugh el único que alabó este libro; lo hicieron también otros escritores, pero nadie pensó en atacarlos. En el *Reasoner*, dirigido por Jorge Jacobo Holyoake, leí un elogio mucho más caluroso que el del *National Reformer*. Decía: "En muchos aspectos son malos los libros de esta clase, pero sería débil y criminal gatzmoñería, tan criminal como el mismo vicio, no decir que esta obra en su género no es solamente un mal mucho menor que el que combate, sino en cierto sentido un libro para cuya beneficiosa publicación se requiere mucho valor." El *Examiner* declaró que era: "una obra valiosa, si bien heterogénea, honradamente y con espíritu científico tiene en cuenta todos los elementos del problema: "¿cómo triunfará el género humano de la pobreza y de los males que le acompañan?" y osadamente procura encontrar práctica solución."

La Revista inglesa homeopática escribió: "Si bien el asunto

del libro no corresponde a nuestro periódico debemos afirmar que es, sin duda alguna, el más notable de los que hemos leído y reconocemos la bondad y filantropía que lo inspiraron, aunque difiramos completamente de los puntos de vista del autor en cuanto a religión y a moral, opinando que algunos de los remedios que propone tienden más bien a una disolución social que a una reconstrucción. El tema de este libro abarca todo el campo de la economía política.”

Ernesto Jones y otros juzgaron con mayor entusiasmo aún, pero solamente a Bradlaugh se reprochó y se le atribuyó la paternidad de las opiniones de anónimo autor.

Muy tormentosa fue la labor realizada en esa época: en Darwen, Lancashire, junio de 1875, se consideró buen argumento contra el conferenciante ateo apedrearle; en Swansea, marzo de 1876, fue tal el temor de la posible violencia, que el propietario de la sala exigía una garantía por los daños que se le podrían ocasionar y ningún amigo tenía el valor de presentarme al público. En setiembre de 1876 en Hoyland, gracias a los esfuerzos de un sacerdote metodista primitivo, Hebblewaite y dos misioneros protestantes, encontré en la sala una multitud que vociferaba de pie sobre los bancos, agitaba amenazante sus puños y enérgicamente manifestaba sus poco amistosos sentimientos. Aprovechando un momento de calma empecé a hablar y se apaciguó el tumulto, pero cuando terminada la conferencia salí de la sala, se enardeció de nuevo y pasé por entre una turba que gritaba, blasfemaba y amenazaba; pero bien o mal los que tenía más cerca me dejaron pasar. Fuera de la sala, en la oscuridad, intentaron patearme, pero por fortuna sólo me alcanzó una patada, y por su parte el cochero frustró la tentativa de volcar el coche poniendo el caballo a galope.

Pocos días después, invitados por los esposos Wolstenholme Elmy fuimos Bradlaugh y yo a Congleton. Bradlaugh habló la primera tarde con rotura de cristales mientras yo, sentada en la tribuna con la Sra. Elmy, recibía un fuerte porrazo en la nuca ocasionado por una piedra que lanzó alguien en la sala. Para volver a casa teníamos que andar milla y media y todo el camino nos acompañó el gentío arrojando piedras, cantando himnos sagrados con toda la fuerza de sus pulmones, con intermitencias de maldiciones y dicitos. Al día

siguiente di yo la conferencia y nuestros lapidadores nos escoltaron hasta la sala; en la mitad de la conferencia un hombre gritó: "Fuera" y un bien conocido atleta de la vecindad llamado Burbery, venido exprofeso con algunos compañeros para estorbar la reunión, marchó hacia la tribuna como si obedeciese a una señal interrumpiendo así la conferencia. Bradlaugh que presidía le invitó a sentarse y como él persistiera en su interrupción le ordenó que callara o saliese. "Echadme" rugió Burbery en amenazadora actitud. Bradlaugh dejó el estrado y se adelantó hacia el fanfarrón atleta que se dejó caer rápidamente sobre él para echarle al suelo; pero Burbery no conocía la hercúlea fuerza de su contrincante y en seguida estuvo debajo de Bradlaugh. En medio de gran excitación le empujó hacia la puerta cayendo como un ariete sobre los compañeros que se agolparon para librarle y en la salida lo recibió la policía. El presidente reanudó sus deberes con un breve: "siga". Hice uso de la palabra y terminé la conferencia en paz; pero fuera de la sala nos esperaba la multitud de lapidadores y la Sra. Elmy recibió una herida en la sien de un guijarro.

Nuestra labor fue cada vez menos borrascosa, advirtiendo que mis dificultades comparadas con las de mis antecesores han de considerarse simples bagatelas. Bradlaugh provocó en sus primeros tiempos graves tumultos y la Sra. Harriet Lay, mujer de gran valentía y natural perspicacia, tuvo también en sus conferencias agitadoísimo auditorio.

En setiembre de 1875 Bradlaugh embarcó de nuevo para los Estados Unidos a fin de ganar algo con que pagar sus deudas, pero por desgracia cayó allí enfermo de fiebre tifoidea y no pudo hacer el trabajo que le permitiera solventar sus dificultades económicas. Estuvo en peligro de muerte y se salvó gracias a la inteligencia y asiduidad del médico y enfermera. Escribió entonces el *Baltimore Advertiser*: "Esta larga y grave enfermedad ha malogrado todas nuestras esperanzas y retrasado el objeto por el que Bradlaugh vino a nuestro país, pero él es la personificación de la dulzura y de la paciencia y se ha hecho amar de todos, médicos y enfermeros, ante la gratitud que ha demostrado a la menor atención." Fue también comentadísima su entereza frente a la muerte: solo, lejos de su hogar,

y de los seres amados no sintió el más leve temor al descender al sombrío valle de la muerte. El Reverendo Frothingham atestiguó públicamente en su iglesia su admiración hacia la noble serenidad de aquel hombre a la vez humilde e impertérrito, y con ser teísta hizo espontáneamente honor a la tranquila fuerza del ateo. Regresó a Inglaterra, débil como un niño, convertido en sombra de lo que había sido y durante muchos meses mostró las huellas de su porfía con la muerte.

Durante su ausencia como parte de mi labor de otoño dí y publiqué seis conferencias sobre la revolución francesa. Aquella tormentosa época me fascinaba intensamente; la medité, la soñé y deseé ardientemente explicarla desde el punto de vista popular. Me dediqué entonces a la lectura de multitud de libros que trataban de los acontecimientos de aquel tiempo, así como de la monumental obra de Luis Blanc, las narraciones de Michelet, Lamartine y otros. Afortunadamente para mí Bradlaugh contaba con una espléndida colección de libros sobre este asunto y antes de marcharse me trajo dos coches repletos de libros, unos de autores aristocráticos, otros eclesiásticos y democráticos. Los estudié ávidamente, los viví hasta que la Revolución Francesa fue un drama en que yo misma tomé parte y sus autores mis personales amigos y enemigos. En este caso como en otros muchos de mi pública actividad he de agradecer la influencia de Bradlaugh que me indujo a estudiar todos los aspectos de la cuestión y a leer atentamente las opiniones que más diferían de la mía antes de considerarme competente para escribir o hablar sobre ellas.

De 1875 en adelante ocupé el cargo de vicepresidente de la *National Secular Society*, sociedad fundada sobre una amplia base de libertad y con el sugestivo lema: "Investigamos la verdad". Bradlaugh era su presidente y yo desempeñé la vicepresidencia hasta que dimitió en febrero de 1890, nueve meses después de mi ingreso en la Sociedad Teosófica. La N. S. S. se convirtió, bajo su prudente e intuitiva dirección, en una verdadera fuerza teológica y política del país. Abarcaba crecido número de individuos, librepensadores y radicales, que formaban un núcleo de abnegados obreros capaces de atraer a muchos otros y así influir poderosamente en la opinión pública.

Una vez al año la Sociedad celebraba una asamblea y datan

de entonces las firmes y duraderas amistades de los adictos seguidores de nuestro Carlos y que tendieron sobre todo el país una red de camaradería. Ellos fueron los que varias veces sufragaron los gastos de su elección, le sostuvieron en sus luchas parlamentarias y vinieron a Londres a engrosar las manifestaciones que se hacían en su favor. En torno de ellos creció numeroso partido "el más nutrido séquito personal que pudo conseguir un hombre público después de Gladstone", como dijo un personaje eminente, partido formado por individuos que disentían de él en teología, pero que apasionadamente le apoyaban en política. Lo integraban mineros, cuchilleros, tejedores, hiladores, zapateros, es decir, obreros de todos los oficios, hombres firmes, valientes, confiados que le amaron hasta el fin.



CAPÍTULO IX

EL FOLLETO DEL DR. KNOWLTON

A principios de 1877 empezó la lucha que, a pesar de terminar en victoria, fue causa de una angustia penosísima de recordar.

Un médico americano, el Dr. Carlos Knowlton, convencido de la verdad de la doctrina malthusiana y considerando que o bien carecía de valor práctico o tendía hacia el aumento de la prostitución si no se enseñaba a los matrimonios a reducir la familia según sus medios de subsistencia, escribió un folleto sobre la voluntaria limitación de la prole, lo publicó hacia el 1835, me parece, y lo vendió públicamente en Inglaterra y América por espacio de cuarenta años.

Filósofos de la escuela de Bentham, como Juan Stuart Mill, apoyaban sus enseñanzas y la limitación de la prole llegó a ser un axioma en la economía política. La obra del Dr. Knowlton era un tratado fisiológico que sostenía la necesidad de la cautela conyugal y la responsabilidad de los progenitores y defendía el matrimonio entre gente joven con miras a mayor pureza social, pero a fin de evitar que entre personas de pocos recursos esto implicase, como generalmente sucede, numerosa familia lo que es causa de pauperismo o falta de alimento necesario, vestidos, educación, orientación profesional, patrocinaba la restricción del número de los hijos de acuerdo con los medios de subsistencia e indicaba los métodos por los cuales esto era posible. El folleto circuló libremente hasta que un librero poco respetable de Bristol puso a la venta algunos ejemplares a los que acompañaba obscenos grabados por cuya causa lo procesaron y condenaron. El editor del *National Reformer*,

de los libros de Bradlaugh y míos fue también procesado por tener un acopio de ellos y, con gran extrañeza nuestra, condenado. Retiramos en seguida nuestras publicaciones de sus manos y después de cuidadosa deliberación decidimos publicar nosotros mismos el folleto a fin de demostrar y afirmar el derecho a discutir el problema de población cuando con el consejo de limitar la familia se enseñaba el modo de cumplirlo. Alquilamos a este fin una tiendecita, imprimimos el folleto y anunciamos a la policía que a tal día y a tal hora empezáramos a venderlo nosotros mismos para evitar que nuestra acción perjudicara a otras personas. Previamente dimitimos de nuestros cargos en la *National Secular Society* con objeto de que nadie molestara a la sociedad, pero el comité ejecutivo primero y la Asamblea anual después rechazaron las dimisiones.

Nuestra actitud por lo que se refiere al folleto era clara y definida: nos lo habían mandado para publicarlo y no lo hubiésemos hecho por no considerarla obra de gran mérito, pero el que se la acusara de inmoral por el simple hecho de ocuparse de la limitación de la familia, nos pareció una ofensa al derecho de imprenta y en el prefacio de la nueva edición escribimos: "Publicamos de nuevo este folleto creyendo honradamente que ha de mantenerse contra viento y marea el pleno derecho a discutir todos los problemas que afectan la felicidad del pueblo ya sean teológicos, políticos o sociales. No sancionamos personalmente todo lo que dice el doctor Knowlton; su proemio filosófico nos parece lleno de errores filosóficos y no siendo además médicos no estamos en condiciones de controlar sus opiniones médicas; pero ya que el progreso no puede existir sin la discusión y ésta no es posible donde no se admiten los diversos puntos de vista reclamamos el derecho de publicarlos todos a fin de que el público se entere de los distintos aspectos de un problema y cuente con elementos suficientes para formar un sano juicio."

No se nos ocultaba el peligro a que nos exponía esta provocación a las autoridades, pero no dudábamos por temor a la persecución y encarcelamiento, sino por las funestas tergiversaciones que probablemente suscitaría, por las odiosas calumnias que caerían sobre nuestro honor y nuestra pureza. ¿Podríamos nosotros los predicadores de una elevada moralidad,

aventurarnos a arrostrar un proceso por haber publicado un libro técnicamente juzgado obsceno y arriesgar la ruina de nuestro porvenir, dependiente de nuestra buena reputación? Para Bradlaugh significaba, como él sintió, la casi segura ruina de su posición parlamentaria, la forjadura del arma que, en manos de sus enemigos, podía serle fatal. Para mí representaba la pérdida de la estimación pública, tan preciosa; de mi buen nombre, tan celosamente guardado; podía ocasionar el más terrible escándalo que puede sufrir una mujer. Pero yo había visto la miseria del pobre, había contemplado a las mujeres, mis hermanas, rodeadas de hijitos que pedían pan. Los jornales de los obreros bastaban a veces para cuatro personas, pero eran insuficientes para ocho o diez. ¿Debía preferir mi reputación, mi buen nombre a la posibilidad de ayudar a los desgraciados? ¿Qué importaba mi ruina moral si ella evitaba la desoladora miseria de millares de individuos? ¿De qué servirían mis discursos sobre el sacrificio y la abnegación si yo fallaba en el momento de la prueba? Lacerado el corazón, pero firme el ánimo me decidí, y aunque ahora reconozco mi error intelectual y que me equivoqué en el remedio, veo que entonces tenía moralmente razón al querer sacrificarme para ayudar a los pobres y puedo regocijarme de haber afrontado la tempestad de la difamación, más difícil y dura de soportar que ninguna otra. Aprendí entonces la austera indiferencia hacia los juicios externos cuando mi conciencia no los condenaba y el sufrimiento que esto produjo fue la mejor escuela de resistencia.

El día anterior a la venta del folleto enviamos varios ejemplares al Jefe del Tribunal de Guildhall, al Oficial de la Oficina de City Police en Old Jewry y al Fiscal de Londres. En todos los folletos pusimos una nota diciendo que venderíamos el libro el día siguiente, sábado, 24 de marzo de 4 a 5 de la tarde. Así lo hicimos y a fin de evitar cualquier disturbio y facilitar nuestro arresto, si las autoridades lo decidían, nos ofrecimos a permanecer diariamente en la tienda de 10 a 11 de la mañana. Se aceptó en seguida nuestra oferta y después de poco tiempo, durante el cual una comisión de la *Christian Evidence Society* se valió del Sr. Cross para que indujera al gobierno conservador a procesarnos, llovieron sobre nosotros las

órdenes de captura hasta que por fin el 6 de abril fuimos arrestados.

Recibimos por otra parte multitud de cartas de aprobación y estímulo desde lejanos países de todos los partidos, entre las cuales había una del General Garibaldi, otra del famoso economista Yves Guyot, otra del eminente jurista constitucional francés Emile Collas y de centenares de pobres, hombres y mujeres que nos agradecían y bendecían por el paso dado. Son dignas de notar las cartas firmadas por esposas de clérigos de todas las iglesias.

Después del arresto nos trasladaron al cuartel de policía de Bridewell Place y de allí al Municipio presidido entonces por el concejal Figgins ante el que comparecimos en seguida mientras en el fondo de la sala esperaba una multitud que definió un funcionario como: "un vagón de gente dispuesta a prestar fianza."

Las investigaciones preliminares se fijaron para diez días más tarde, el 17 de abril, y al terminar el día nos dejaron en libertad bajo palabra de honor, ya que era tan evidente para todos que luchábamos por una idea que nunca hubimos de prestar fianza durante las diversas etapas del proceso. Dos días después nos mandaron para juicio al Tribunal de Audiencia, pero Bradlaugh formuló una instancia para conseguir un certificado con objeto de que se transfiriera el proceso al Tribunal Supremo. Le contestó el presidente del Tribunal, Cockburn, diciendo que accedería a ello si examinado el libro se convenía de que su tema era legítimo para promover el conocimiento de un asunto de interés humano, pero que se negaría si la ciencia era un pretexto para ocultar la deshonestidad. A tal fin ordenó que se mandaran algunos ejemplares del libro a él y al juez Mellor, y una vez leído el libro expidió el certificado.

Empezó el juicio el 18 de junio ante el juez de Inglaterra y un jurado especial en el que Hardenge Giffard, fiscal general del Gobierno conservador era el principal representante de la parte acusadora. Nosotros nos defendimos personalmente. El juez en su resumen "se esforzó en conseguir la absolución" como refirió un periódico de la mañana; declaró que seguramente "nunca se había presentado ante un tribunal proceso

más inoportuno e injusto". Nos designó como "dos entusiastas movidos por el deseo de hacer el bien en un particular aspecto social", y después expuso espléndidamente la ley de población alabando nuestra rectitud y afirmando la honestidad del Dr. Knowlton al escribir su folleto.

Todo el auditorio creyó que habíamos ganado la causa porque no tenía en cuenta los odios políticos y religiosos que existían contra nosotros, como tampoco la presencia, en el jurado, de hombres como Walter, del *Times*. Después de una hora y treinta y cinco minutos se emitió el siguiente veredicto: "Unánimamente opinamos que el libro tiende a corromper la moralidad pública, pero al mismo tiempo excluimos a los acusados de todo corruptor motivo al publicarlo." El juez parecía desconcertado y dijo que él debía transferir el veredicto en uno de culpabilidad y ante ello algunos miembros del jurado se dispusieron a abandonar su sitio, como se había convenido según supimos después, y a retirarse de nuevo a deliberar si no se aceptaba el veredicto en aquella forma, pues seis de ellos eran contrarios a nuestra condena. El presidente del jurado, agriamente hostil, no desaprovechó la oportunidad de una condena y ninguno de los que estaban a nuestro favor tuvo la valentía de oponérsele en aquel momento. Así pasó la palabra "culpable" y el juez nos puso en libertad bajo promesa de que se presentaría Bradlaugh una semana después.

Aquel mismo día hicimos una instancia para la cesación del acto de condena y para la obtención de un nuevo proceso basando la demanda en parte, sobre motivos jurídicos y en parte, sobre el hecho de que si el veredicto nos absolvía de toda intención deshonesto se declaró a nuestro favor y no en contra. Sobre esto no quiso el tribunal darnos la razón, sosteniendo que la parte del veredicto que aducía deshonestos motivos era superflua.

Vino después la cuestión de la sentencia y el juez hizo lo mejor que pudo para salvarnos, pero una vez absueltos de toda intención de violar la ley ¿debíamos someternos al veredicto del jurado y prometer que no venderíamos el libro? Rehusamos, afirmando nuestro derecho de venderlo y nuestra intención de vindicar tal derecho. El juez nos exhortó, argumentó, se irritó contra nosotros y, obligado finalmente a pronun-

ciar la sentencia, manifestó que si hubiésemos cedido nos habría libertado sin castigo, pero ya que nos obstinábamos en ir contra la ley, violarla y desafiarla, grave ofensa desde el punto de vista de un juez, debía aplicarnos dura condena: seis meses de cárcel para cada uno, una multa de doscientas libras esterlinas y una fianza por dos años de quinientas libras, repitiendo de nuevo que se hacía porque intentábamos burlar la ley.

A pesar de esto nos consideró "culpables de primera categoría", pero como Bradlaugh manifestara que instaría por quebranto de ley, nos puso en libertad mediante fianza de cien libras esterlinas. Mucho se comentó su opinión sobre nuestro proceso pues, según la sentencia, nos correspondía una multa de 1.400 libras esterlinas, sin contar la prisión, una y otra desvanecidas en el aire al resolverse la demanda favorablemente y casarse el veredicto.

Siguió después angustiosa época. Estábamos resueltos a proseguir la venta del folleto, ¿nos procesarían nuestros adversarios? Lo ignorábamos. Escribí entonces un opúsculo intitulado "La ley de población", en el que exponía los argumentos que me habían convencido de su verdad, la tremenda miseria y corrupción a que estaban condenadas las familias pobres por excesivo número de hijos y falta de los indispensables medios de subsistencia; sostenía la necesidad de los matrimonios jóvenes como remedio a la prostitución y la limitación de los hijos para evitar el pauperismo. Finalmente explicaba cómo podían efectuarse estos matrimonios sin los peligros que les acompañaban. Circuló el folleto como representante de nuestra opinión y de nuevo nos ocupamos de la venta del libro del doctor Knowlton. Bradlaugh llevó la guerra al mismo campo enemigo e inició una campaña contra la policía para recuperar los folletos decomisados. Salió airoso en su empresa, los recobró y los trajo en triunfo. Los vendimos con la inscripción "recuperados de la policía" y continuamos la venta durante algún tiempo hasta que nos aseguraron que no se intentaría ningún otro proceso. Suspendimos entonces esta publicación substituyéndola por mi "Ley de población".

Pero aún no había comenzado para mí la peor parte de la lucha: sentíamos la amenaza de una persecución que nunca se efectuó porque se preparaba contra mí arma más terrible. Ya

en agosto de 1875 se intentó privarme de la custodia de mi hijita reteniéndola cuando fue a ver a su padre en la acostumbrada visita anual de un mes, pero la recobré en seguida ante la amenaza de una instancia por secuestro de persona (habeas corpus).

Después se pensó seguramente que el proceso motivado por el folleto de Knowlton podía sumarse a los cargos de blasfemia que se lanzaban contra mí para que el arma de dos cañones pudiera usarse con seguro éxito. Me informaron en enero de 1878 que estaba a punto de presentarse una demanda en la Corte Suprema de la Cancillería para privarme de mi hija, pero no se cursó hasta el siguiente abril. Mabel estaba entonces gravemente enferma de escarlatina y aunque esto se comunicó a su padre recibí copia de la demanda en la cabecera de su cama.

La demanda aducía los siguientes argumentos: "La dicha Ana Besant en sus pláticas, conferencias y escritos defiende los principios del ateísmo y ha publicado un libro intitulado "El Evangelio del Ateísmo", se ha asociado con un impío conferenciante y escritor llamado Carlos Bradlaugh para dar conferencias y publicar libros y folletos en los que se ataca la religión cristiana y se inculca el escepticismo hacia toda religión."

También alegaba contra mí la publicación del folleto de Knowlton y el de "la ley de población". Desgraciadamente la demanda cayó en manos del entonces Fiscal del Supremo, George Jessel, que al espíritu de fanatismo hebreo que le animaba unía la oportunista moralidad del hombre mundano, escéptico en cuanto a toda sinceridad y desdeñoso de toda devoción por las impopulares causas. El trato que de él recibí la primera vez que me presenté ante el Tribunal me hizo pronto comprender lo que podía esperar de él. Tenía ya alguna experiencia de los jueces ingleses, conocía la noble cortesía y gentileza del presidente del Tribunal Supremo, la perfecta imparcialidad y dignificada cortesía de los magistrados de apelación. ¿Quién puede, pues, imaginarse mi estupor cuando en respuesta a la declaración del Sr Ince, Consejero de la Reina, diciendo que yo comparecería personalmente oí una dura y fuerte voz que exclamaba: "Comparecer usted en persona? ¿Una señora comparecer en persona? ¡Nunca se ha oído cosa semejante! ¿Puede realmente comparecer una señora en persona?"

Los periódicos londinenses se habían ocupado de mi aparición ante otros tribunales y había publicado los elogios del presidente del Tribunal Supremo sobre mi conducta. Por esta razón me pareció algo excesiva la sorpresa del Sr. George Jessel. Después de multitud de observaciones del mismo género y de los más variados cambios de voz, intentó conseguir su objeto rudamente:

“—¿Es ésta la señora?”

“—Yo soy la demandada, señor, la señora Besant.”

“—Pues le aconsejo Sra. Besant, que busque un abogado para que le represente si tiene medios, y supongo que sí.”

“—Con toda sumisión a su señoría creo que debo reclamar mi derecho a defender mi causa personalmente.”

“—Puede Vd. hacerlo, naturalmente, si así le place; pero sería mejor un abogado y, le advierto, que en caso contrario no espere ninguna consideración. No la escucharé por más tiempo del que el caso requiera, ni se le permitirá extenderse en inútiles argumentos, como usualmente acostumbran los que defieren sus propias causas.”

“—Confío que no lo haré, señor, pero de todas maneras la discusión estará completamente bajo la dirección de su señoría.”

Este alentador principio podrá dar idea de cómo se condujo todo el proceso, larga lucha contra un astuto abogado, ayudado por otro abogado en vez de un juez imparcial. Sólo una vez no estuvieron de acuerdo. El Sr. Ince y Bardswell habían argüido que mi ateísmo y malthusianismo me incapacitaban para custodiar a mi hija. El Sr. Ince declaró que si yo educaba a Mabel “la niña no tendrá esperanza de bien ni en este mundo ni en el otro” y que “fracasaría en esta vida y se condenaría en la otra”. El Sr. Bardswell puso bajo la consideración del juez que mi custodia significaba “la futura ruina social de la niña, sin hablar de su eterno porvenir.” Si aquel asunto no hubiese sido de tal trascendencia que desgarraba mi corazón, hubiese reído ante la extraña mezcla de convencionalismo humano, futura posibilidad de matrimonio, infierno, presentado como argumento para robar a una madre su hija.

Pero el Sr. Bardswell olvidó un momento que George Jessel era judío y levantando los ojos al cielo exclamó con horror:

“—Su señoría quizá no lo crea, pero dice la Sra. Besant en una ulterior testificación que ha arrebatado el Nuevo Testamento de las manos de su hija porque contiene inadecuados pasajes para un niño.”

La oportunidad era demasiado bella para que un judío resistiera la tentación de despreciar un libro escrito por judíos apóstatas y dijo con acritud:

“—No es verdad decir que no haya pasajes impropios para un niño porque yo creo que lo son la mayoría.”

“—No conozco ninguno que pueda juzgarse grosero.”

“—No estoy de acuerdo con Vd. en ese punto.”

Pasado este pequeño episodio juez y abogado se manifestaron en deliciosa armonía. Declaré abiertamente que era atea, que había privado a mi hija de la instrucción religiosa que recibía en la escuela, que había escrito libros anticristianos, etc., pero que reclamaba la custodia de mi hija apoyándome en que el acto de la separación me daba derecho a ello porque había sido provocada por su padre cuando repudié la iglesia cristiana, y que mis opiniones en religión no bastaban para invalidarlo. Por otra parte tuvieron que admitir que la niña estaba admirablemente cuidada y no hubo ataques personales contra mí. El juez declaró que efectivamente había cuidado a mi hija con el mayor esmero, pero que el simple hecho de oponerme a su instrucción religiosa era suficiente fundamento para privarme de su tutela; que él consideraba la educación laica “no solamente reprensible, sino detestable y de tal naturaleza que podía arruinar a la niña”, por cual razón “decretaba que no debía permanecer ni un día más bajo la custodia de su madre.”

George Jessel denunció también mis opiniones sobre malthusianismo en forma tan grosera y falsa respecto a la realidad que unos años después otro juez, el decano del Tribunal Supremo del Sur de Gales, declaró en un juicio emitido en su propio Tribunal “que ninguna palabra de Cockburn justificaba la afirmación hecha por el Fiscal Supremo de que él juzgara el libro como obra obscena” y que “poco valor tenía su criterio sobre un punto no sometido a su decisión.” Censura después severamente al Sr. George Jessel y hacía notar “que si el ultraje tolerado por jueces u otras personas hacia una

opinión impopular no es argumento, no prueba tampoco que sea inmoral el vituperio de los que opinan distintamente.”

Pero el Sr. George Jessel era omnipotente en su tribunal y me privó de mi hija rehusando suspender la ejecución del veredicto hasta conocer mi apelación contra su fallo. Vino a mi casa con un mensajero de su padre y se llevó violentamente a la pequeñuela que luchaba y forcejeaba con frenética resistencia a pesar de su debilidad. Me prohibieron visitarla a lo que contesté que reclamaría la restitución de mis derechos conyugales simplemente para ver a mis hijos.

Pero la tensión era excesiva y estuve a punto de enloquecer: paseaba horas y horas por los desiertos aposentos fatigándome hasta el agotamiento. La desolación y silencio de aquella casa en la que mi dilecta había siempre sido un rayo de sol me oprimía como maligno sueño. Me parecía oír a todo instante la pisada de sus danzarinos pies, aquella risa argentina que resonaba por el jardín, el dulce son de su vocecita infantil. Durante las largas noches de insomnio me atormentaba la nostalgia de su leve respiración y al llegar la mañana anhelaba en vano que me arrollaran sus menudos brazos y que me prodigara su boca tiernos y dulces besos.

Al fin caí enferma, me abatió la fiebre produciéndome el delirio, piadosamente, la inconsciencia de la pérdida angustiada. Durante la larga y terrible enfermedad Bradlaugh no me abandonó un momento: escribía junto a mi cama para suministrarme la leche y el hielo que rehusaba de todo el mundo y me cuidaba más bien con la ternura de una madre que de un amigo. A él debo realmente la salvación de mi vida, aunque me parecía de muy poco valor hasta que pasaron aquellos meses de solitario sufrimiento.

Cuando me restablecí hice los primeros pasos con el propósito de anular una orden que durante mi enfermedad obtuvo el Sr. Besant, orden que me prohibía incoar todo proceso contra él. Cuando el fiscal del tribunal supo que no me habían permitido visitar a mis hijos ni entregado cantidad alguna reprochó vivamente aquel modo de proceder; pero finalmente llegó a considerarse que el acta de separación estipulada en 1873 protegía al Sr. Besant de cualquier pleito que yo planteara tanto si era por divorcio como por reintegración de los dere-

chos conyugales y al propio tiempo se omitían las cláusulas que me conferían la custodia de mi hija. El tribunal de apelación en abril de 1879 mantuvo la decisión: el absoluto derecho del padre sobre sus hijos contra el de la madre si era su esposa. Esta nulidad de los derechos de la legítima madre sobre sus hijos era una vergüenza y una injusticia que reparó después el Parlamento y hoy día el marido no tiene ya en sus manos este instrumento de tortura cuyo grado de crueldad dependía de la mayor o menor ternura y fortaleza de la maternidad de la esposa. Pero en aquella época, cuando la ley pudo arrebatarme a mi hijita, decía virtualmente a la mujer: "Escoje entre la posición de esposa o madre; si legalmente eres la esposa de tu marido no puedes reclamar ningún derecho sobre tus hijos; si eres su amante están asegurados tus maternales derechos." Actualmente no existe ya tal estigma en el matrimonio.

Algo gané en el tribunal de apelación pues reconoció mi derecho de entrar donde estaban mis niños y me aconsejó que me dirigiera al Sr. George Jessel quien sin duda me lo concedería. Me dirigí entonces al fiscal del Tribunal Supremo y conseguí lo que deseaba; pero observando por una parte que mis visitas dejaban a Mabel en un estado de continuo desasosiego y añoranza, y previendo por otra que mis hijos llegarían un día a comprender los irónicos insultos que en su presencia se me dirigían y serían causa de sufrimiento, me decidí, después de dolorosísima lucha, a renunciar a mi derecho de verlos. Sólo así resolvía el conflicto que hubiese podido destruir su felicidad así como el respeto que convenía mantener hacia uno u otro de los progenitores. Resueltamente me aparté de ellos para evitarles posteriores inquietudes y por mi parte resolví, robándomelo de mí misma, ser la madre de todo huérfano desvalido que pudiera socorrer y aliviar el dolor de mi corazón mitigando el dolor ajeno.

Por lo que al folleto Knowlton se refiere ganamos la batalla en toda la línea. No solamente recuperamos, como ya he dicho antes, los folletos que decomisó la policía y continuamos su venta hasta que desapareció todo temor de proceso, sino que mi folleto se vendió tan rápidamente que cuando en junio de 1891 lo retiré de la venta me ofrecieron importante cantidad

por derechos de autor para imprimirlo de nuevo, ofrecimiento que naturalmente rehusé. Desde entonces no se ha vendido un solo ejemplar sin mi conocimiento o autorización, aunque hacía tiempo que se había vindicado legalmente, pues mientras circulaba sin ninguna dificultad en Inglaterra, se intentaba un proceso contra él en Nueva Gales del Sur sin resultado alguno a causa del luminoso y elocuente juicio del decano del Tribunal Supremo, el juez Windmeyer, emitido en diciembre de 1889. Este juez, el más respetado en la vasta colonia australiana, habló clara y enérgicamente sobre la moralidad de aquella enseñanza :

“Supongamos el caso, dijo, de una mujer casada con un ebrio que al mismo tiempo que mina su organismo acelera las consecuencias de la embriaguez, cuales son: la pérdida del trabajo, la penuria de su familia y finalmente la muerte sin un céntimo que dejar a aquellos a quienes trajo al mundo. Este hombre armado con la autoridad de la ley trata a su esposa como esclava e insiste brutalmente en el ejercicio de sus maritales derechos. ¿Dónde está la inmoralidad si esta mujer ante su salud quebrantada por una incesante maternidad, ante una familia más numerosa de la que ella puede sostener mientras el miserable continúa embriagándose, aprovecha las instrucciones del libro y evita las consecuencias de las relaciones conyugales que su marido le impone con brutal insistencia? Para mí lo inmoral sería que no se tomaran las necesarias precauciones con objeto de evitar el peligro de concebir hijas destinadas a la prostitución o hijos que por su hereditario alcoholismo aumentarían con sus hermanas la masa de degenerados y criminales que forma el peligroso substrato de las populosas ciudades. En todos estos casos se impone la voz de la conciencia sobre el prejuicio irracional, voz que indice infaliblemente la vía del deber.”

El juez refutó enérgicamente haber tomado parte en la prohibición del folleto por considerarlo de gran servicio al mundo. Dijo: “Es tan poderoso el temor a la censura del mundo sobre este asunto que pocos tienen el valor de expresar públicamente su opinión. Es de tal naturaleza que solamente entre pensadores que discuten todos los problemas o en conversación íntima se descubre la comunidad de pensamiento sobre este problema.

Pero si inquiriésemos entre aquellos que tienen suficiente educación y capacidad para pensar por sí mismos porque no flotan perezosamente esclavos de la corriente de convencional opinión, descubriríamos que gran número de individuos de elevada vida, nobles aspiraciones, piadosos, cultos, refinados no ven mal alguno en enseñar al ignorante que no debe poner al mundo hijos a los que ha de negar lo indispensable y reputan insensato no decirles clara y simplemente cómo pueden hacerlo. La buena y sana moral enseña que es pueril no tener en cuenta las pasiones y psicología humana; una más amplia percepción de la verdad y una segura confianza en ella nos muestra que en la ley, como en religión, es inútil intentar la limitación del conocimiento poniendo en un judicial índice expurgatorio las obras escritas con fervoroso propósito y que se recomiendan por sí mismas entre los pensadores de equilibrada mentalidad. Yo no creo que la ley de publicaciones obscenas debe aplicarse a casos de esta clase sino tan solo a la publicación de materias tales que toda persona virtuosa considere repugnantes y repulsivas, entre ellas novelas, cuadros y exposiciones hechos con el evidente propósito de lucro. No pretende por lo tanto esta ley sofocar la expresión del pensamiento de una de las más sinceras y celosas individualidades sobre un asunto de trascendente importancia nacional como el que nos ocupa y por este motivo no quiero aplicarla.”

“Como ya lo indicó Lord Cockburn en el caso Bradlaugh-Besant todo proceso de esta clase ha de considerarse nocivo aún para aquellos que desapruében una opinión y procuran ahogarla porque de este modo contribuyen a difundir más ampliamente las enseñanzas que ellos combaten. Los que desean su promulgación deben alegrarse porque toda persecución del pensamiento es favorable a su éxito del mismo modo que la verdad como una antorcha brilla más vivamente cuanto más se la sacude.”

La argumentación del juez Windemeyer por la posición adoptada ante la teoría neomaltusiana fue una de las más luminosas y convincentes como puede juzgar todo el que íntegramente lea el texto del juicio. La prensa inglesa de aquel tiempo habló de él como de “un brillante éxito de la Sra. Besant” y lo era verdaderamente, pero ningún juicio legal podía re-

sarcirme del daño que me había inferido en la opinión inglesa a causa de su maligna y persistente tergiversación. Nadie sino yo sabrá nunca el dolor que me ocasionó aquel proceso y las consecuencias que de él se derivaron; pero por otra parte tuve en compensación la ardiente gratitud de millares de pobres mujeres casadas, muchas de ellas esposas de pastores y curas rurales, que en sus cartas me bendecían por haberles enseñado a sustraerse al infierno en que vivían.

Las "clases superiores" de la sociedad nada saben de la vida del pobre; ignoran cómo la promiscuidad y aglomeración en que viven destruyen todo sentimiento de personal dignidad, modestia, pudor, hasta llegar, como dice justamente el obispo Fraser, a "un nivel inferior al del cerdo." Yo había estado entre los míseros y no podía rehusar el enseñarles lo que consideraba entonces rescate de redención, pues si bien para mí significaba la pérdida de lo que me hacía estimable la vida, para ellos era signo de esperanza de un mejor porvenir. ¡Cómo podía, pues, dudar, yo que tenía el corazón inflamado de devoción por una humanidad ideal, inspirado por un materialismo de amor y no de odio!

Por fin en agosto de 1893 *El mundo cristiano*, órgano representante de la ortodoxia del protestantismo cristiano, proclamaba el derecho y el deber de la voluntaria limitación de la prole. En su artículo de fondo, después de insertar muchas cartas, decía: "Injustas son seguramente las condiciones que sumen a un cónyuge a tal cruel esclavitud y es evidente que la causa de ella en tales casos es la demasiado rápida multiplicación de los hijos. Hubo un tiempo en que la gente piadosa consideraba la voluntaria limitación como enmienda a los designios divinos; pero ya hemos trascendido esta etapa y reconocemos que la Providencia obra por medio del sentido común de los cerebros individuales. Limitamos la población tanto retardando el matrimonio por prudentes motivos como tomando después algunas precauciones... Dejando a un lado los métodos de limitación que son para algunos de dudosa moralidad existen ciertas leyes fisiológicas fáciles de comprender cuya ignorancia es imperdonable en personas casadas. Es digno de notar a este respecto que el Dr. Billings en el artículo publicado este mes en el *Forum* sobre la disminución del promedio

de nacimientos en los Estados Unidos da como una de las razones la mayor difusión de la cultura obtenida por medio de tratados de fisiología popular y en uso en la escuela.”

¡A tal punto se modificó la opinión en aquellos últimos dieciséis años! La difamación que cayó sobre nosotros fue fruto de la ignorancia y mojigatería.

En cuanto a mis hijos, ¿de qué les sirvió separarlos de mí? Tan pronto como por la edad pudieron libertarse de toda imposición volvieron a mi hogar, por poco tiempo mi pequeñuela a causa de su feliz desposorio, y creo que el temor manifestado por su eterno porvenir fue tan inundado como lo había sido por su ruina temporal. No solamente esto, sino que ambos siguieron mis huellas aceptando mis puntos de vista sobre la naturaleza y el destino del hombre e ingresando en la Sociedad Teosófica en temprana juventud, sociedad en la que después de tantas luchas encontré mi camino.

La contienda sostenida sobre el derecho de discutir el prudencial refreno de la población no terminó sin un mártir: Eduardo Truelove, aludido anteriormente, fue procesado por vender el tratado de Robert Dale Owen sobre “Fisiología moral” y un folleto intitulado “Pobreza del individuo, de la familia y de la Nación.” Compareció el 1º de febrero de 1878 ante el presidente del Tribunal Supremo y fue defendido con gran habilidad por el profesor W. A. Hunter. El jurado invirtió dos horas en la discusión del veredicto y volvió a la sala manifestando que no había sido posible ponerse de acuerdo. La mayoría de miembros del jurado estaban dispuestos a fallar su culpabilidad si no hubiesen estado convencidos de que sería castigado, pero uno de ellos declaró audazmente en pleno tribunal: “El libro está escrito en lenguaje sencillo para el pueblo y creo que mayor número de personas debiera conocer su contenido.” Esta valerosa declaración contribuyó a salvarle; pero sus perseguidores, la *Vice-Society*, estaban resueltos a no dejar libre a su víctima. Provocaron un segundo proceso y asututamente procuraron asegurarse un jurado especial, pues comprendieron que el refreno de la población disminuiría la mano de obra y obligaría al aumento de salarios pensaron que podrían más fácilmente obtener un veredicto de culpabilidad de un jurado compuesto de burgueses que no de obreros.

Los abogados del Sr. Truelove frustraron esta tentativa y provocaron una revocación que llevó de nuevo el proceso a Old Bailey. La segunda vista del proceso se celebró el 16 de mayo ante la Sala de lo criminal, presidida por el barón Pollock y un jurado ordinario; actuaban como defensores el profesor Hunter y J. M. Davidson. El jurado pronunció un veredicto de culpabilidad condenando al valiente anciano de 68 años a cuatro meses de prisión y a una multa de 50 libras esterlinas por vender un folleto que durante cuarenta y cinco años habían vendido sin obstáculos Jaime Watson, Jorge Jacobo Holyoabe y Carlos Wats. El Sr. Grain, abogado de la *Vice-Society* se aprovechó indignamente de mi "Ley de población" para perjudicar al Sr. Truelove; pues según el Barón Pollock mi folleto contenía los puntos principales de la acusación de la otra causa (la de Knowlton). En el *National Reformer* de 19 de mayo encuentro una indignadísima protesta mía contra esta odiosa deslealtad: "Se ha echado mano de mi "Ley de población" como agravante de la culpa del Sr. Truelove. Dejemos aparte la bajeza, digna solamente de Collette, que implica servirse de un libro cuyo autor nunca ha sido acusado por haberlo escrito para perjudicar a un prisionero; ¿es que el Sr. Collette o las autoridades se imaginan que la severidad que demuestran hacia el Sr. Truelove me atemorizará lo más mínimo en mi propaganda maltusiana? A todos aseguro que pierden lastimosamente el tiempo: continuaré vendiendo la "Ley de población" y defenderé los métodos científicos que permiten la limitación de la prole como si el Sr. Collette y su *Vice-Society* estuviesen muertos y enterrados. Por deber de justicia debían procesarme y encarcelarme si hubiesen conseguido contra mi veredicto de culpabilidad; pero con ello no conseguirían otra cosa que suscitar en el público mayores ansias de leer mi libro y aumentar mi personal influencia como maestra de las teorías que ellos condenan."

A pesar de los repetidos intentos que se hicieron, Sir John Holker, Procurador general que militaba en el partido conservador, se opuso siempre a la concesión de un decreto de casación por la causa del Sr. Truelove, aunque el fundamento fuese el mismo que motivó el de la causa de Carlos Bradlaugh y mía y que fue concedido. El Sr. Truelove tuvo que sufrir su con-

dena sin que la redujeran las instancias firmadas por 11.000 personas de todo el país dirigidas al Ministro del Interior pidiendo su libertad ni el mitin celebrado en el Salón de San Jaime, de Londres para idéntico objeto con sólo seis disidentes. El 5 de septiembre salió de la cárcel de Coldbath Fields, y el 12 de aquel mismo la sala de la Ciencia estaba atestada de entusiastas amigos reunidos en honor suyo que le obsequiaron con un hermoso y espléndido discurso y un bolso que contenía 177 libras esterlinas, suma que ascendió a 197 libras, 16 chelines y 6 peniques con la suscripción que siguió después.

Huelga decir que uno de los resultados de este proceso fue una gran agitación en todo el país y una vasta difusión de las teorías maltusianas. Se celebraron imponentes manifestaciones en pro de la libre discusión; en Manchester se agolpó la muchedumbre hasta las puertas del Salón del Libre Cambio; en Bradford ocupó todos los rincones de la Sala de Música de la Estrella; en Birmingham no dejó libre ni un solo lugar en el Salón del Ayuntamiento, ni para estar sentado ni de pie. Donquiera fuésemos, juntos o separados, se repetía el mismo hecho, y no se limitaba la muchedumbre a concurrir a las conferencias maltusianas y a comprar ávidamente su literatura, sino que la curiosidad le arrastraba a escuchar nuestras conferencias sobre Radicalismo y Librepensamiento y millares de individuos oyeron por primera vez lo que el secularismo realmente significaba.

La prensa, tanto londinense como provinciana, consideró unánimemente como insensatez la persecución de que fuimos víctimas y todos comprobaron que había provocado mayor difusión del libro condenado y aumentado la popularidad de quienes sostuvieron el derecho de publicarlo. Los furiosos ataques procedían principalmente de aquellos que discrepaban de nosotros en materia teológica y que tergiversaron nuestro proceso para utilizarlo como arma de combate.

Durante los últimos años la opinión pública empezó a inclinarse hacia nosotros a consecuencia de la miseria que crecía con la depresión comercial, y cuando en 1884 se publicó "El desesperado clamor de los parias de Londres" que tanta impresión produjo, muchos escritores del *Daily News*, especialmente G. R. Sims, declararon con valentía que la causa de la miseria era especialmente el excesivo número de hijos de las clases menes-

terosas y observaron que habíamos sido perseguidos por haber defendido en debida forma lo que hubiera salvado a multitud de infelices de nuestras populosas ciudades.

Entre los útiles resultados del proceso figuró la formación de la Liga Maltusiana "con objeto de abolir todo castigo que ocasionare la pública discusión del problema de población" y "de difundir entre el pueblo, por todos los medios que estuvieran a nuestro alcance, el conocimiento de la ley de población, sus consecuencias y sus efectos en la conducta y en la moral". Se celebró la primera asamblea general el 26 de julio de 1877 en la Sala de la Ciencia y se eligió un Consejo de 20 personas que, a su vez, nombró Presidente al doctor en medicina C. R. Drysdale; Tesorero, al Sr. Swaagman; Secretario, a la señora Besant; Subsecretario al Sr. Shearer, y Secretario de Hacienda al Sr. Hember. Desde 1877 la Liga trabajó intensamente para la consecución de sus objetivos bajo la dirección de su infatigable presidente; editó gran número de hojitas y opúsculos, sostuvo el mensuario "El Maltusiano"; organizó, bajo sus auspicios, numerosas conferencias en todo el país y tiene ahora una sección médica en la que sólo se admiten hombres y mujeres titulares y cuenta con miembros en todas las naciones europeas.

Otra consecuencia de la persecución fué la entrada de "D" a la redacción del *National Reformer*. Este valiente y profundo escritor se acercó y unió a nuestras filas tan pronto como se enteró de los ataques que nos dirigían y voluntariamente se ofreció a dirigir nuestra revista cuando se temía nuestro encarcelamiento. Desde entonces hasta ahora, un período de 15 años¹, se han publicado semanalmente en sus columnas artículos suyos nunca surgiendo la más leve discrepancia entre los directores y el colaborador. Fiel colega en público, cordialísimo y sincero amigo en privado, "D" fue uno de los verdaderos beneficios que nos deparó el proceso.

No fue éste el solo amigo que debimos a nuestros adversarios. No puedo pensar en aquel tiempo sin recordar que el proceso me puso en íntima relación con la Sra. Ana Parris, esposa del Sr. Touzeau Parris, secretario del Comité de Defensa durante

¹ Téngase en cuenta que la obra original se terminó en 1893. (N. T.)

toda nuestra lucha. En aquellos ásperos conflictos, especialmente en los que sostuve para conservar la custodia de mi hija, la Sra. Parris demostró ser la más amorosa y fraternal de las amigas. Data también de aquella época de lucha y afán una o dos amistades más que durarán, espero, toda mi vida.

La suma de dinero recogida por pública suscripción durante el proceso Knowlton y los siguientes da una idea del interés que despertó esta lucha. El Comité de Defensa pro fondos presentó en marzo de 1878 un balance en que la suscripción ascendía a 1.292 libras esterlinas, 5 chelines y 4 dineros, cantidad de la cual se descontaron 1,274 libras y 10 chelines para la causa Bradlaugh-Besant, la Truelove y la apelación contra el decreto del Sr. Vaughan. Cerramos después la cuenta y el remanente de 17 libras, 15 chelines y 4 dineros se destinó a un nuevo fondo para continuar la defensa del Sr. Truelove y el recurso de apelación contra la destrucción del folleto Knowlton y para sufragar los gastos que ocasionó la petición contra mí. En julio el nuevo fondo ascendía a 196 libras, 16 chelines y 7 dineros y después de pagar los gastos de la causa del señor Truelove quedó un saldo de 26 libras, 15 chelines y 2 dineros. Este nuevo saldo subió a 247 libras, 15 chelines, 2 dineros y medio y sirvieron para sufragar los gastos que ocasionó la apelación del Sr. Bradlaugh sobre el folleto Knowlton, apelación que tuvo feliz éxito; los de mi petición y las gestiones que siguieron en el Tribunal de Cancillería, y los de otra apelación en favor del Sr. Truelove contra una orden de destrucción del folleto de Dale Owen, desgraciadamente infructuosa. Se hizo pública la decisión en 21 de febrero de 1880 y a consecuencia de ello se cerró el fondo de Defensa. Cuando el Sr. Truelove quedó en libertad le ofrecimos, como ya he dicho antes, 197 libras, 16 chelines y 6 dineros, y al fin de la lucha un amigo anónimo me mandó a mí personalmente 200 libras esterlinas en prueba de agradecimiento "por el valor y la capacidad que demostramos". La Liga Maltusiana recibió además unas 455 libras, 11 chelines y 9 dineros durante el primer año de su vida y empezó el segundo con un efectivo en caja de 77 libras, 5 chelines, 8 dineros.

Similar proceso al nuestro se inició en los Estados Unidos contra un librero, D. M. Bennett, por vender un libro cuyas

ideas no compartía, por lo que le encarcelaron. Terminada la condena, aprovechamos la ocasión de su viaje a Inglaterra para organizar en su honor cordialísima bienvenida. Lo recibimos en la Sala de la Ciencia en imponente reunión y me delegaron para que le ofreciera nuestro testimonio, lo que hice en el siguiente discurso que cito para demostrar cuál era entonces el espíritu que me animaba :

“Amigos: El Sr. Bradlaugh nos ha hablado del deber que nos congrega esta noche y grato es pensar que este deber no es nuevo en la labor emprendida. En nuestro ejército es mayor el número de fieles soldados que de traidores, mayor el número de los que sostienen la verdad que de los que retroceden en la hora del peligro, y yo rogaría al Sr. Bennett que no midiese el sentimiento de los ingleses hacia él simplemente por el número de los presentes porque ellos representan a millares de compatriotas. Detened vuestra mirada en esta mesa y comprenderéis que no sin razón reclamamos el derecho de daros la bienvenida en nombre de multitud de ciudadanos ingleses. Algunos individuos nos han acusado de desleales e impíos, y yo preguntaría : ¿en qué Iglesia se encontrarían servidores más leales de la verdad y de la conciencia? No somos impíos ni infieles en tanto que somos fieles a la verdad que conocemos, y si he hablado de representantes nacionales en esta sala, decidme, vosotros que conocéis quienes están sentados aquí porque los habéis seguido en su vida durante muchos años o por breve tiempo, ¿no digo verdad? Considerémoslos uno por uno. Nuestro Presidente poco ha, en circunstancias similares a las de nuestro huésped, con la verdadera intuición del amor que reconoce a su amada bajo todo disfraz, que contempla a su dama, la libertad, en peligro aunque las circunstancias tendieran a ofuscar su vista, se lanzó a su rescate y arriesgó cuanto formaba el orgullo de su propia vida para defenderla. Junto a él se sienta una mujer, versada en su noble profesión, la cual pensó que la libertad tenía sobre ella mayor derecho aún que su obra, y cuando atravesamos un peligro mucho más grave que el de la pérdida de la libertad, arriesgó su buen nombre por amor a la verdad. He aquí otro que, eminente en su profesión, vino con el prestigio de su posición y su derecho y con su autorizada palabra atestiguó ser uno de los nuestros. Algo más lejos hay otro soldado

de la libertad durante su larga e impoluta vida, cuando la tarea de defenderla era mucho más dura que al presente, cuando no había felicitaciones y aplausos, cuando servirla significaba arriesgar reputación y libertad; nunca ha vacilado en su esfuerzo. Está coronado con la aureola de la cárcel no por delito, sino por haber reclamado el derecho de publicar los escritos en los que se expresaban nobilísimas ideas con valientes palabras. A su vera hay otro campeón de la libertad a cuyos pies ha depositado con entusiasmo su cultura, su título universitario, su posición social y muchas amistades.

Pero no es solamente el pasado y el presente que esta noche os saludan, Señor; el porvenir os saluda también con nosotros. Aquí están los que se preparan a seguir las huellas de aquél que más amamos, aquí los que continuarán nuestra obra cuando nosotros no existamos ya. Nos sentimos contentos de ofrecer este homenaje, Señor, pero en verdad sois vos quien nos honráis permitiéndonos que os demos la bienvenida; porque vos habéis luchado valientemente. El credo cristiano tuvo en sus albores más Judas y menos corazones fervorosos que nuestro credo hoy día, y nos sentimos gozosos, no solamente al pensar qué clase de hombres tenemos por caudillos, sino en la cualidad de nuestros soldados.

Jesús tuvo doce apóstoles: uno le traicionó por 30 monedas de plata, otro le negó y los demás le abandonaron y huyeron; nosotros no podemos apenas encontrar uno que haya desertado de nuestra sagrada causa. Las tradiciones de nuestro partido cuentan a muchos que estuvieron en la cárcel por haber reclamado para todos el derecho de libre palabra. Uno de los más insignes miembros de nuestra Liga en Inglaterra, Ricardo Carlile, se hizo librero con el único intento de vender los libros perseguidos y se convirtió al librepensamiento obligado por la mojigatería y perfidia de las iglesias. Vendió los libros de Hone no porque los aprobase sino porque Hone estuvo procesado y él consideraba que el hombre libre debía vender precisamente los libros cuya condena representaba violación de la libertad. La historia de nuestro huésped muestra que Inglaterra y los Estados Unidos están al mismo nivel: quienes dieron al mundo Milton pueden engendrar todavía en lejanísimo continente hombres del mismo temple. El Sr. Bennett era leal y sin-

cero, no le asustaba la cárcel ni la muerte, consideró que era muchísimo menos deshonoroso el uniforme del presidario que el del hipócrita. La sociedad que representamos como la que él representa en los Estados Unidos defiende el librepensamiento y la libre palabra y reclama para todos, aunque sean adversarios, el derecho de manifestar las propias ideas. Es mejor la libertad para los que yerran porque así tendrán oportunidad de reconocer más pronto su error, y mejor todavía si el pensamiento es acertado porque más pronto el goce de una nueva verdad encontrará su morada en el corazón del hombre.

Ahora, Señor, como representante de nuestra *National Secular Society* y de sus millares de miembros os dirijo el siguiente

DISCURSO

BUSCAMOS LA VERDAD

A D. M. Bennet

“Al pedirnos que aceptéis de manos de la *National Secular Society* de Inglaterra este símbolo de cordial simpatía y fraternal bienvenida, no hacemos sino poner en práctica el lema de nuestra Corporación: “Buscamos la Verdad”, pues es precisamente al investigador de la Verdad a quien nosotros homenajeamos esta noche. Sin libertad de palabra no es posible la investigación ni es útil ningún descubrimiento de la verdad; sin libertad de palabra se estaciona el progreso y los pueblos no marchan hacia la nobilísima vida que el porvenir les reserva. Es mil veces mejor el abuso de la libre palabra que su negación, porque el abuso es efímero y la negación ahoga la vida del pueblo y sofoca toda esperanza de la raza.

”En vuestro país habéis luchado en pro de la libertad de palabra y cuando a consecuencia de una impía y odiosa ley se encarceló a uno de vuestros compatriotas por publicar sus opiniones, vos sin compartirlas, pero fiel a la libertad, os habéis lanzado para defender en él el principio de libre palabra que reclamabais para vos y vendisteis su libro mientras él estaba en la cárcel. Por este acto os habéis visto arrestado y encarcelado, y el país que conquistó su libertad con la ayuda de Paine en el

siglo XVIII se deshonró en el XIX encarcelando a un hereje. La República de los Estados Unidos se deshonró a sí misma, no a vos en el presidio de Albany. Doseientos mil de vuestros compatriotas solicitaron vuestra libertad, pero la mojigatería era demasiado potente. Nosotros os felicitamos en vuestro cautiverio y ahora nos regocijamos por vuestra liberación, ofreciéndoos esta noche nuestra gratitud y nuestra esperanza: gratitud por el heroísmo que sostuvisteis en la hora del combate, esperanza de más pacífico porvenir en el que la memoria del doloroso pasado sea herencia santa, no pesadumbre.

CARLOS BRADLAUGH, *Presidente.*

”Soldado de la libertad, aceptad nuestro homenaje. Realizad en el porvenir el mismo admirable servicio que habéis cumplido en vuestro pasado y sea vuestra recompensa el amor que os tributarán todos los hombres verdaderos.”

Aquello que ninguna violencia pudo conseguir de mí, ni la amenaza de la multa y de la cárcel, ni la separación de mis hijos, ni el ostracismo social, ni los insultos, ni la ignominia peor que la misma muerte, lo hice voluntariamente cuando hubo terminado la lucha y gran parte de la pública opinión había adoptado las ideas que tan caras costaron a Bradlaugh y a mí. Referiré aquí los últimos incidentes para no volver otra vez sobre tan triste historia.

Abandoné el neomaltusianismo en abril de 1891, siendo la renuncia resultado de dos años de instrucción de Helena Petrovna Blavatsky, quien me hizo ver que si es justificable el neomaltusianismo cuando se considera al hombre como perfecto fruto de la evolución física es completamente incompatible con la teoría que lo juzga como ser espiritual, cuya forma y medio ambiente material son simples efectos de su actividad mental. Por qué y cómo abracé la Teosofía y acepté a H. P. Blavatsky por maestra, lo explicaré en su lugar; ahora me limito a decir por qué y cómo renuncié a la doctrina neomaltusiana por la que tan duramente había luchado y tanto sufrido.

Cuando edificué mi vida sobre la base materialista juzgué todos los actos por su efecto sobre la felicidad humana en este mundo y en las futuras generaciones y consideré al hombre

como organismo que vive y muere en la tierra, con actividad limitada a este mundo y por lo tanto a las leyes físicas. Creía que el objeto de la vida era la formación del hombre física, mental y moralmente perfecto por medio de los acumulados efectos de la herencia, susceptibles de lenta pero segura evolución por la selección racional y la transmisión a los hijos de las cualidades que los padres cuidadosamente adquirieron y desarrollaron, y consideraba las tendencias mentales y morales como la consecuencia de las condiciones materiales. El Profesor W. K. Clifford en su noble artículo sobre "La moral de la creencia" dio la más característica nota de este serio y elevado materialismo.

Aceptada la teoría del deber humano de cooperar racionalmente con la naturaleza en la evolución de la raza humana, se presenta como de primera importancia el sustraer la procreación del ciego dominio de la pasión bruta para transferirla al de la razón y la inteligencia; el suscitar en los padres el sentimiento de la santidad de su misión y la tremenda responsabilidad del ejercicio de la función creadora. Además, ya que uno de los más apremiantes problemas en el antiguo continente es el de la pobreza que se extiende amenazadora sobre tantas familias de ocho o diez hijos cuyos padres apenas ganan 10, 12, 15 y 20 chelines semanales; ya que es necesario algún inmediato paliativo si se quiere evitar la sublevación del pueblo; ya que la vida de las más pobres clases y de los profesionales peor pagados es una larga y desgarradora lucha para no morir de hambre y mantener el decoro; ya que la clase media evita o retrasa el matrimonio hasta avanzada edad por el terror de una numerosa familia y tales tardíos matrimonios van acompañados de las sombras del vicio y de la ruina moral y social de millares de mujeres; considerando todo esto y muchas otras razones, aparece como lógica consecuencia del materialismo enlazada con la teoría científica de la evolución y con el conocimiento de la ley física por la cual la evolución se acelera o retrasa, el deber de restringir el número de los hijos a los medios de subsistencia.

Con el fin de buscar el mejoramiento del tipo físico humano el materialismo científico debía prohibir la procreación entre los consortes que no estuvieran perfectamente sanos y restrin-

gir los embarazos a la salud y bienestar físico de la madre imponiendo el deber de no engendrar hijos cuando no es posible ofrecerles las condiciones de buena nutrición y desarrollo. De otra parte, considerando inútil y aún dañoso predicar el ascetismo y viendo que el celibato nominal tiene por inevitable consecuencia el crecimiento de la prostitución, el materialismo científico aconseja racional y lógicamente la deliberada restricción de las funciones generadoras teniendo en cuenta la constitución natural del hombre y sanciona la satisfacción del instinto sexual dentro de los límites que impone la temperancia, la energía física y mental de cada uno, el buen orden y la dignidad social y el respeto a sí mismo.

En todo esto nada hay que implique aprobación de la licencia, del desenfreno, del sensualismo; representa por el contrario un esquema de evolución humana intelectualmente irreprochable, ya que considera todos los instintos naturales como impulsos que deben regularse no sofocarse y busca desenvolver la perfecta salud y equilibrio físico del cuerpo como base de la mente sana y equilibrada.

Si son verdaderas las premisas del materialismo no cabe oponer nada a las conclusiones neomaltusianas, porque aun aquellos socialistas que amargamente se opusieron a la promulgación del neomaltusianismo por considerarlo como "red de caza para distraer la atención del proletariado de la verdadera causa de su pobreza que es el monopolio de la tierra y del capital por una sola clase", admitían que una vez reconstruída la sociedad sobre la base de la propiedad común en lo preciso para la producción de la riqueza, debería estudiarse el problema de la población. No veo ahora, como no vi entonces, cómo puede un materialista evitar lógicamente el neomaltusianismo. Si el hombre es producto de fuerzas puramente físicas debemos tratar con ellas para ayudarle en su futura evolución; si lo consideramos únicamente con relación a su existencia terrena, no es otra cosa que el superior organismo de la tierra. No viendo yo su pasado y su porvenir, ¿cómo podía penetrar las causas profundamente ocultas de su presente desgracia?

Proponía un remedio material para una enfermedad que me parecía de origen material, pero ¿de qué servía aquel remedio si el mal procedía de una fuente más sutil y sus causas no esta-

ban en el plano material? ¿Dónde estaba su utilidad si simplemente creaba nuevas causas de males futuros y si, a pesar de obrar como inmediato paliativo, agravaba la enfermedad en sí misma y aseguraba su reaparición en el porvenir? Así me presentó H. P. Blavatsky el problema cuando me explicó la historia del hombre, su origen y destino y me mostró las fuerzas que contribuyeron a su formación como hombre y la verdadera relación que existe entre su pasado, su presente y su porvenir.

¿Qué es el hombre a la luz de la Teosofía? Una inteligencia espiritual, eterna e increada que recorre un vasto ciclo de experiencia humana naciendo y renaciendo en la tierra milenio tras milenio y evolucionando lentamente hacia el hombre ideal. No es un producto de la materia, sino un contenido en ella y él mismo construye el material de que se reviste. Su inteligencia y voluntad son fuerzas creadoras, no creadoras de la nada, sino como lo es el artista respecto a su obra y el hombre utiliza estas fuerzas en cada acto mental. Así él crea continuamente a su alrededor formas mentales, moldea la materia sutil en diversas modalidades que persisten como tangible realidad aun cuando el cuerpo del pensador se disuelva en la tierra, en el aire y en el agua. Al llegar la hora de renacer en esta vida terrenal tales formas mentales, progenie del mismo hombre, concurren para construir el tenue modelo en el que las moléculas físicas formarán el cuerpo físico. De este modo la materia integrará el nuevo cuerpo, morada del alma, corresponderá al carácter intelectual y volitivo de la precedente o precedentes existencias, porque todo hombre crea realmente para sí mismo la forma en que funciona y es al presente el exacto e inevitable resultado de las propias energías desplegadas en su pasado.

Aplicando esto a la teoría neomaltusiana se descubre en el amor sexual no solamente una pasión que el hombre tiene de común con el bruto, como parte necesaria de su naturaleza en la presente etapa evolutiva, sino una pasión animal que puede disciplinarse, purificarse y transformarse en emoción humana, es decir, en una palanca del progreso humano, en uno de los factores del crecimiento. En lugar de esto el hombre ha hecho a su intelecto el servidor de sus pasiones y a este concurso del elemento intelectual se debe el anormal desarrollo de su instinto sexual más intenso y persistente que en cualquier bruto. Todos

los pensamientos, deseos e imaginaciones sensuales de la humanidad han creado formas mentales que provocan una continua demanda del placer sexual muy superior a la que exigiría la naturaleza, en notable contraste con la temperancia de la vida animal normal. Hasta hoy este placer ha sido una de las mayores causas de infelicidad y corrupción y la satisfacción de su imperiosa insaciabilidad en los países civilizados la raíz de los peores males sociales.

Ha de lucharse contra el excesivo desarrollo del instinto reduciéndolo a sus naturales límites. Esto no podrá conseguirse con una actitud de indulgencia hacia uno mismo, ya sea en la vida conyugal, ya fuera de ella, sino por el autodomínio y la abnegación que originarán las causas constructoras de cerebros y cuerpos de un tipo superior al reencarnar a la vida terrena. Es preciso gobernarlo plenamente, transmutarlo de ciega pasión en tierno y altruista afecto, desenvolver su aspecto intelectual a expensas de la animal; es decir, elevar el hombre a un estado humano en el que toda facultad física e intelectual se halle al servicio de los objetivos del alma. De esto se deduce que al teósofo incumbe dar la nota de la temperanza en el matrimonio y restringir gradualmente las relaciones sexuales a los límites de la perpetuación de la raza, a cuyo resultado la masa no puede llegar súbitamente.

Tal había de ser la relación de la enseñanza teosófica con el neomaltusianismo según me expuso H. P. Blavatsky, y cuando insistí sobre la tribulación de los pobres, por amarga experiencia conocida; cuando le hice observar que, por algún tiempo al menos, podía recomendarse la teoría neomaltusiana como paliativo, como defensa en manos de pobres mujeres víctimas de intolerable opresión y condenadas a la penalidad, me exhortó a que mirara más allá del momento presente y a que observara que el sufrimiento ha de renacer de nuevo en cada generación hasta que se arranque de raíz. "Yo no juzgo a la mujer —dijo— que recurre a tales medios de defensa en penosísimas circunstancias y cuya ignorancia de las verdaderas causas de su dolor le excusa de recurrir a semejante alivio; pero usted, una ocultista, no debe continuar enseñando un método que sólo tiende a la perpetuación del dolor". Comprendí que tenía razón y aunque me resistía a adoptar tal actitud porque mi corazón

se desgarraba ante la idea de negar un paliativo, aunque fuese momentáneo, a los males que minaban la vida de tantas infelices y que a menudo les conducían a una temprana muerte, adopté la decisión. Rehusé la reimpresión de mi "Ley de población" y me negué a vender mis derechos de autora a pesar de que con ello ocasionaba una profunda pena a los valientes amigos que tan generosamente me sostuvieron en la larga y áspera lucha y que veían destruído el fruto de la victoria por razones a su parecer inadecuadas y erróneas.

¿Deberá siempre el hombre para caminar hacia adelante pisotear su propio corazón y el de aquellos a quienes ama?

CAPÍTULO X

GUERRA POR TODAS PARTES

Volví a mi trabajo después de larga y grave enfermedad, destrozado el corazón, pero firme el ánimo. En el *National Reformer* de 15 de septiembre de 1878 encuentro una breve nota de agradecimiento declarando que “ni la enfermedad ni la atribulación habían aminorado en ningún aspecto mi resolución de trabajar por la causa”. Realmente con mayor impulso me lancé a la actividad, pues solamente en ella encontraba algún consuelo. Bien es verdad que mis folletos de aquella época respiraban amarguísima aspereza contra el cristianismo que por haberme robado a mi hijita, atacaba despiadadamente.

Tomé parte activa en las luchas políticas de aquel período cuando el gobierno Beaconsfield estaba en su apogeo con su sistema de anexión y conquista, a veces con mi pluma, a veces con mi palabra, y los artículos que escribí en defensa de una política honrada y liberal en la India contra la invasión del Afganistán y otras violencias fueron los primeros gérmenes depositados en el corazón de muchos indos que suscitaron simpatía hacia mí. Mi obra de entonces me parece ahora como preparación de aquella a la que había de consagrar después gran parte de mi tiempo y de mi pensamiento.

En noviembre de aquel mismo año, 1873, escribí un folleto intitulado “Inglaterra, la India y el Afganistán”, que me despertó cordialísimas cartas de agradecimiento. Este trabajo, la continuación del antes aludido proceso contra Besant, dos o tres conferencias cada domingo, sin mencionar el trabajo editorial en el *National Reformer*, la Secretaría de la Liga Maltusiana y

alguna que otra conferencia durante la semana, ocupaban muy bien todo mi tiempo.

Leía muchísimo y observé que durante la lectura se desarrollaba en mí la tendencia a la vaguedad mental, lejos del asunto del libro con insistencia atraída la mente hacia mi perdida hija. Pensé que sería preciso dar a mi pensamiento más absorbente solaz y resolví colmar con el estudio algunas lagunas de mi cultura científica preparándome para algún examen. Me pareció además que, de una parte me serviría de solaz, y de la otra adquiriría más exacto conocimiento lo que me haría más útil y eficaz en la obra del apostolado a la que había dedicado mi vida.

A principios del siguiente año, 1879, encontré por primera vez un hombre, Eduardo B. Aveling, doctor en Ciencias de la Universidad de Londres, inteligentísimo profesor en cuestiones científicas, el mejor que yo he conocido y a quien mucho debo en mi nueva clase de trabajo. Claro y exacto en sus ideas, dotado de una rara facultad de lúcida exposición, entusiasta en su amor a la ciencia, sentía vivo placer en que otros participaran de sus conocimientos; era en suma, el maestro ideal.

En enero de 1879 este joven empezó a escribir, bajo sus iniciales, en el *National Reformer* y en febrero pasé a ser su discípula con el intento de matricularme en junio en la Universidad de Londres, lo que hice cumplidamente. Diré aquí para todos los que estén sumidos en tribulación mental que pueden encontrar inmenso alivio entregándose a algún recreo intelectual de esta naturaleza. Aquella primavera, además de mi ordinario trabajo de conferencias, artículos y ediciones, lo que implicaba viajar de uno a otro extremo de Inglaterra, traduje del francés un voluminoso libro y defendí la causa sobre la custodia de mi hija en el Tribunal de Apelación y en el Tribunal Supremo. Entonces encontré sumo consuelo en el álgebra, la geometría y la física pues sus fórmulas y problemas me hacían olvidar las fatigosas luchas legales.

La victoria alcanzada con la plena autorización de visitar a mis hijos marcó un paso adelante para los librepensadores, pues como hacía notar Bradlaugh en el *National Reformer* mi causa "tuvo una defensa sin igual en los anales del foro por el valor que daba la afirmación del librepensamiento" y añadía gene-

rosamente que “era digna del partido por ser la más válida defensa de la libertad de opinión en la que tuvimos la fortuna de tomar parte.”

En el *Daily News* de Londres aparecieron algunas cartas de enérgica protesta, una del lord Harberton en la que declaraba “que la inquisición obró apoyándose en los mismos principios” que a mí se aplicaban y otra del Sr. Band en la que observaba sarcásticamente: “La comunidad cristiana ha tenido por algún tiempo la satisfacción de ver al Tribunal de Su Majestad aplicar máquinas de tortura a una joven madre, esposa de un clérigo que se ha atrevido a disentir de sus creencias; su evidente angustia, su larga y costosa lucha para salvar a su hija han demostrado que, al menos por lo que concierne a las madres herejes, los defensores de la fe nada han de envidiar al pasado, cuyos medios de persuasión han asegurado por largo tiempo la unidad de la Iglesia. El Tribunal Supremo y el ministro de Justicia han tenido sumo cuidado, en el proceso de la Sra. Besant, en que no se perdiera el efecto por confusión del punto capital, la herejía intelectual, con los secundarios. En este caso había de tenerse en cuenta el matusianismo, pero los jueces declararon explícitamente que privaban a la Sra. Besant de la custodia de su hija simplemente por sus opiniones religiosas, o mejor, antirreligiosas, prescindiendo de sus teorías maltusianas.”

Los más importantes periódicos de provincias escribían en el mismo tono y el *Manchester Examiner* llegaba a decir sobre el fallo de los jueces: “No decimos que hayan obrado mal; afirmamos solamente que ha sido cruel el efecto de su sentencia lo que demuestra que el mantener impopulares opiniones es, a los ojos de la Ley, una ofensa que a despecho de nuestras suposiciones, puede motivar el más severo castigo para una mujer y una madre.” Resultado de esta lucha y de otro caso de amarga injusticia en el que separaron a la Sra. Agas Ellis, católica-romana, de sus hijos en virtud de una sentencia que obtuvo su marido protestante, fue la modificación de la ley que investía al padre de todo el derecho sobre sus hijos. Desde entonces han sido, hasta cierto punto, reconocidos los derechos de la legítima madre.

Sostuve también alguna escaramuza en la *National Sunday*

League donde el presidente Lord Thurlow se opuso enérgicamente a mi elección a cargo de vicepresidente. A causa de esto dimitieron en seguida de sus cargos el Sr. P. A. Taylor y otros y en la primera reunión general quedó derrotado Lord Thurlow y ocupó la presidencia el Sr. Taylor, siendo reelegidos los vicepresidentes dimisionarios y yo. Pero esto eran pequeñas batallas en aquellos azarosos años compañeras de otras más graves.

A través de todas las luchas crecía la organizada fuerza del partido librepensador; el año 1878-79 ingresaron en la sociedad 650 nuevos miembros y en julio de 1879 la pública adhesión del Dr. Eduardo B. Aveling trajo a nuestras filas un valiosísimo escritor que dio un vivo impulso al aspecto educativo de nuestro movimiento. Yo presidía cuando dio su primera conferencia en el Salón de la Ciencia, el 10 de agosto de 1879 y pronto recibió el castigo de su atrevimiento, pues pocos meses después le destituyeron de la cátedra de Anatomía Comparada del Hospital de Londres si bien el Claustro reconoció que había cumplido todos sus deberes con gran competencia y escrupulosa puntualidad. Uno de los primeros resultados de su adhesión fue organizar dos cursillos bajo el Departamento de Ciencia y Arte del South Kensington; el número de estos cursos creció de año en año cada vez más frecuentados por jóvenes de ambos sexos hasta que en 1883 teníamos trece en plena actividad, además del de latín, y de las clases de los matriculados en la Universidad de Londres. En todos enseñaba el Dr. Aveling ayudado de sus discípulos.

Con una matrícula de honor obtuve certificado de estudios superiores que me permitía enseñar ocho distintas asignaturas. Alicia e Hipatia Bradlaugh siguieron los mismos estudios de modo que dimos nuestros cursos de mayo a septiembre durante nueve años. Además una de las señoritas Bradlaugh dirigía un coro.

Yo, además, frecuentaba los cursos organizados para maestros en South Kensington y estudiaba para sufrir los exámenes preliminares de Ciencia en la Universidad de Londres con objeto de obtener el diploma de Bachiller en Ciencias. Me suspendieron tres veces en química práctica lo que me extrañó enormemente pues los había pasado mucho más difíciles en

South Kensington para conseguir el diploma de maestra. Más tarde comprobé personalmente que el estudio y enseñanza a la vez me habían ayudado a conquistar nociones científicas que me fueron de gran utilidad en mi labor pública.

También en estos estudios me perseguía el odio teológico y social. Cuando la Srta. Bradlaugh y yo solicitamos la admisión en la clase de Botánica del Colegio universitario nos fue negada, a mí por mis culpas, a ella por ser hija de su padre; cuando obtuve el título de maestra tardé un año en pedir el reconocimiento por parte del Ministerio de Instrucción Pública, para no perjudicar a las hijas de Bradlaugh y cuando llegó el momento y me admitieron el Sr. Enrique Tyler de la Cámara de los Comunes atacó al Ministerio de Instrucción Pública por haberme aceptado y procuró impedir que el Gobierno pagara el subsidio a las escuelas del Salón de la Ciencia porque el Dr. Aveling, las Srtas. Bradlaugh y yo no éramos cristianos. Cuando solicité permiso para ir a los jardines de Botánica del *Regent Park*, el director me lo negó bajo pretexto de que allí estudiaban sus hijas. De todas partes recibía desdén e insulto, contrariedades muy arduas de combatir, muy amargas de soportar. Contra estas dificultades que por doquiera nos asaltaban teníamos que abrirnos paso entorpecidos en cada esfuerzo por nuestra herejía y aunque la bondad de nuestra obra quedase demostrada por el éxito excepcional de nuestra escuela científica, el sutil perfume de la herejía se notaba por todas partes y suscitaba gran hostilidad. Antes de acusarnos a Bradlaugh y a mí por la acritud con que combatíamos el cristianismo habían de tenerse en cuenta las incesantes, oprimentes y mezquinas persecuciones de que éramos víctimas. Para él fueron aún más dolorosas porque veía a sus hijas, inteligentes y de noble carácter, insultadas, calumniadas, en continua condición de inferioridad por el sólo hecho de ser sus hijas y por amarle y respetarle por encima de todo.

En 1877 encontré por primera vez a Herbert Burrows, si bien no intimé con él hasta el otoño de 1877 cuando los disturbios socialistas nos arrastraron a la misma corriente de acción. Se presentó a nosotros como delegado del *Tower Hamlets Radical Association* y Carlos Bradlaugh lo invitó a una reunión preliminar en el Salón de la Ciencia el 11 de octubre para

estudiar la conveniencia de una Asamblea magna en Londres con intervención de delegados de todos los partidos del Reino con objeto de promover una reforma de las leyes agrarias. Se le eligió miembro del Comité ejecutivo con el Sr. Bradlaugh, Mottershead, Nieass y otros. La Asamblea tuvo gran éxito y sirvió para trazar un plan de conducta con miras a la reforma de la Ley agraria, utilizado después por Bradlaugh como fundamento de las proposiciones que formuló ante el Parlamento.

CAPÍTULO XI

LA LUCHA DE CARLOS BRADLAUGH

Nacía entre tanto la aurora del 1880, año memorable porque dio principio a la contienda parlamentaria de Carlos Bradlaugh. Larga y áspera fue la lucha hasta que al fin, como recompensa, quedó elegido con Enrique Labouchere diputado por Northampton. ¡Podré jamás olvidar el día electoral, 2 de abril de 1880? A las 4 de la tarde Bradlaugh entró en el aposento del George Hotel donde me encontraba con sus hijas y dejándose caer en una silla exclamó: "Nada queda por hacer; ha votado nuestro último hombre." Empezaron entonces las largas e inquietantes horas de espera hasta conocer el resultado del escrutinio y cuando se acercó el momento nos arrodillamos junto a la ventana atento el oído al rumor de la multitud sabiendo que a la lectura del número de votos en la escalinata del Municipio se levantaría un grito de triunfo o un rugido de rabia.

De súbito se hizo el silencio; había llegado el momento, apenas respirábamos... y he aquí el clamor salvaje de alegría y entusiasmo en el que los aplausos se sucedían a los aplausos y después, la poderosa corriente del pueblo que lo aclamaba, su diputado al fin, ondeando sombreros y pañuelos, en verdadero delirio de gozo y con el agudísimo grito de "¡Bradlaugh por Northampton!" en el que vibraba una entonación de triunfo, nunca antes oída. Él, en tanto, muy grave, algo emocionado por aquella manifestación de afecto y entusiasmo estaba silencioso; sentía más intensamente el peso de la nueva responsabilidad que el gozo de la victoria.

A la mañana siguiente cuando salió de la ciudad enorme gentío, un mar de cabezas le aguardaba desde el hotel a la estación, atestaba las ventanas luciendo sus banderas y luchaba para acercarse a él, para tocarle, mientras las mujeres gemían a los gritos de: “¡Nuestro Carlos, nuestro Carlos; te tendremos y te retendremos!” ¡Cómo le amaban, cómo se regocijaban del triunfo que había costado doce años de lucha! Pero ¡ah! que imaginábamos terminada la batalla y apenas había empezado; creíamos victorioso a nuestro héroe y le esperaba una lucha fiera y cruel! Verdad es que estaba en condiciones de ganarla, pero su vida sería el precio de la victoria; la conseguiría completa, pero la corona de laurel caería sobre su tumba.

La explosión de ira de la mojigata comunidad cristiana fue tan estrepitosa como la explosión de alegría de nuestros amigos; pero no dimos a ello importancia alguna. ¿No era nuestro diputado debidamente elegido sin posibilidad de que le atacasen sus derechos legales?

El Parlamento debía reunirse el 29 de abril y los diputados habían de prestar juramento al día siguiente. A este fin Carlos Bradlaugh pidió consejo a otros diputados librepensadores sobre el derecho del librepensador de *prometer* en vez de *jurar*. Sostuvo que en el *Act. 29 y 30 Vict. c. 19* y la *Evidence Amendment Acts. 1869 y 1870* aparecía muy claro el derecho de sustituir la promesa por el juramento; pero que estaba dispuesto a prestarlo si fuese obligatorio, no si fuese facultativo.

El 3 de mayo se presentó a la Cámara y de acuerdo con el parecer de Sir Erskine May, su secretario, se acercó a la mesa y dirigió al Presidente la siguiente declaración: “Al Ilustrísimo Presidente de la Cámara de los Comunes. — El suscrito, Carlos Bradlaugh solicita respetuosamente que se le permita, por autorizarle la ley en estas circunstancias, hacer solemne promesa o declaración en vez de prestar juramento. — Firmado Carlos Bradlaugh.” Al preguntarle el Secretario sobre qué fundaba su derecho, respondió: “En la *Evidence Amendment Act. de 1869 y 1870.*” El Secretario trasladó la respuesta al Presidente y éste dijo que debía dirigirse a la Cámara para este asunto. Las observaciones de Bradlaugh fueron brevísimas; repitió que se apoyaba en la *Evidence Further Amend-*

ment Act. de 1869 y en la *Evidence Amendment Act* de 1870, agregando: "Repetidamente, durante los últimos nueve años he prometido en vez de jurar en los tribunales supremos de justicia del Reino. Estoy dispuesto, pues, a formular aquí una promesa o declaración semejante." Tales fueron en esencia las palabras que dirigió al Presidente, desarrollándose la escena plácida y dignamente. Bradlaugh recibió la orden de retirarse y se retiró. Después de un breve debate se nombró una Comisión para que estudiase si Bradlaugh podía prometer en vez de jurar. Emitió la Comisión parecer contrario y consignó su informe el 20 de mayo. Al día siguiente Bradlaugh se presentó a la mesa de la Cámara para prestar juramento en la forma prescrita por la ley, pero ante la objeción de Sir Enrique Drumond Wolff quien sometió a la Cámara una moción para que no se le permitiera prestar el juramento, se formó otra Comisión. Carlos Bradlaugh expuso el asunto ante ella, hizo observar que tenía la obligación de prestar este juramento y añadió: "Cualquiera que sea la forma con que me comprometa, cualquiera que sea el juramento que preste lo consideraré como deber que pesa sobre mi conciencia en toda su extensión. No aceptaría ninguna fórmula, si no la estimase como deber."

En el mismo sentido escribió en el *Times* diciendo "que se consideraría moralmente obligado si se le permitía pronunciar la promesa, no por la letra de las palabras pronunciadas, sino por su espíritu." La Comisión emitió parecer contrario y el 23 de junio se le escuchó en la tribuna de la Cámara donde pronunció un discurso tan moderado, tan noble, tan digno que la Cámara, contra su costumbre, estalló en repetidos aplausos. En el debate que precedió a su discurso algunos miembros olvidaron los más elementales deberes de corrección y pronunciaron ante mí expresiones del todo inoportunas en tal contienda. Las rebatió gravemente diciendo: "Faltáis a las reglas de caballerosidad y si bien puedo contestaros, por lo que a mí se refiere, nada justifica el que introduzcáis otros nombres, además del mío, con objeto de perjudicarme"; y sus palabras fueron seguidas de grandes aplausos. Él apelaba solamente a la ley: "No he usado y confío que la pasión no me arrastrará a usarla, palabra alguna que pueda insinuar el menor deseo

de entrar en conflicto con esta Cámara. Siempre he enseñado, predicado y creído en la supremacía del Parlamento y no renegaré de las ideas que siempre he sostenido porque el juicio de la Cámara me era hostil en determinado momento. Pero hago observar que, aunque la Cámara sea superior a todo como así conceptúo a la actual, no puede quebrantar la ley. La ley me da el derecho de firmar esta lista, de pronunciar y firmar el juramento y tomar posesión de mi escaño. Admito que si estoy aquí sin otra razón de vuestra voluntad, podáis echarme; es vuestro derecho porque tenéis pleno señorío sobre todos los miembros de la Cámara; pero no podéis hacerlo en tanto que no me hayáis oído desde mi lugar, no suplicante como ahora, sino con el derecho que ha tenido siempre todo miembro de ser escuchado. Estoy pronto a admitir, como hipótesis si queréis, que es errónea toda opinión mía y merece castigo; dejad que la ley me castigue; pero si afirmáis que la ley no puede hacerlo admitís que no tenéis razón y en ese caso apelo a la opinión pública contra la iniquidad de una decisión que burla la ley y me niega justicia. Os pido perdón, Señor, así como lo pido a la Cámara, si el calor con que defendiendo mi derecho parece falta de respeto a su dignidad. Os ruego, además, pues he de volver a esta tribuna si vuestra decisión es contraria, que antes de dar un paso en el que ambos perdamos nuestra dignidad, la mía no importa mucho, pero la vuestra representa a los Comunes de Inglaterra, antes de que fatalmente echéis el guante, os ruego, repito, no en el sentido del hombre que tiene a 600 contra él, que me hagáis aquella justicia que me otorgaren los jueces fuera de esta aula si ante ellos presentase mi causa.”

Pero ninguna fuerza de elocuencia, ninguna invocación a la justicia pudieron vencer la corriente de los conservadores y de la mojigatería religiosa y la Cámara de los Comunes votó que no se permitiera a Bradlaugh prestar el juramento. Llamado al tribunal para oír del presidente la decisión, respondió con las palabras pronunciadas con voz firme: “Rehuso respetuosamente a obedecer la orden de la Cámara porque es contraria a la ley.” El Presidente recurrió a la Cámara para tomar instrucciones y después de un intervalo durante el cual quedaron solos Bradlaugh y el Presidente, la Cámara ordenó a Brad-

laugh que se retirara. Se dió la orden y de nuevo se negó él a obedecerla y entonces se mandó a los maceros que lo expulsaran. Extraña fue la escena cuando el macero de baja estatura se dirigió al diputado de hercúleas proporciones. Los miembros se preguntaban cómo podría hacer cumplir la orden recibida. Pero Bradlaugh no era capaz de descender a una vulgar pelea sobre todo considerando que el leve toque de la mano del macero en su hombro era el aviso de una autoridad que admitía y ante la cual se inclinaba. Siguió, pues, gravemente al macero y quedó preso en la *Clock Tower* de la Cámara, hasta que ella decidiera, después de ulteriores consideraciones, lo que debía hacer con aquel prisionero, el de más cuidado entre todos los que había tenido, porque en su persona se encarcelaba la ley.

En un número extraordinario del *National Reformer* en el que se publicó un informe sobre la labor de la Comisión y el encarcelamiento de Bradlaugh encuentro este artículo mío: "El partido conservador, vencido en las urnas de la nación, ha triunfado en la Cámara de los Comunes. El hombre que eligieron los radicales de Northampton ha sido encarcelado en virtud de una moción del excanciller del exministro de Hacienda, un conservador, simplemente porque deseaba cumplir el deber que le habían confiado sus electores y la ley del país. Mientras esta hoja se manda a la imprenta voy a Westminster a recibir instrucciones sobre la conducta que debemos seguir en la lucha con la nación, lucha a la que tan ligeramente se ha lanzado la Cámara de los Comunes." Encontré a Bradlaugh atareado escribiendo, preparado para todos los acontecimientos, dispuesto a un largo encarcelamiento.

Al día siguiente se lanzaba al público un opúsculo mío intitulado: "Los legisladores y los quebrantadores de la ley." En él, después de explicar lo sucedido, terminaba diciendo: "Que el pueblo hable. Gladstone y Bright luchan por la libertad y la ayuda que se les ha negado en la Cámara de los Comunes debe venir de fuera. No perdáis tiempo, pues mientras permanecemos inactivos un representante del pueblo está ilegalmente en la cárcel. Se ha insultado a Northampton y en este magno cuerpo electoral quedan amenazados todos los demás. De la libertad de la elección depende nuestra libertad, de

la libertad de conciencia, nuestro progreso. Los conservadores nobles y aristócratas han desafiado al pueblo y medido sus fuerzas con la de las masas: hablen las masas.”

Pero no se necesitaban excitaciones; el ultraje suscitó tal rugido de ira que al día siguiente Bradlaugh quedó en libertad y llovieron protesta sobre protesta contra el acto arbitrario de la Cámara. En el Salón de Westminster se congregaron más de 4.000 personas para aplaudirle cuando llegase a la Cámara al día siguiente de su liberación. En menos de una semana se celebraron 200 mitines para hacer pública la protesta; las asociaciones liberales, clubes y sociedades enviaron mensajes de indignación y demanda de justicia. En la plaza de Trafalgar se reunió, según afirmaron los periódicos, la mayor multitud que jamás se haya visto y al siguiente jueves, la reunión se celebró el lunes, la Cámara de los Comunes revocó su decisión, y el viernes, día 2 de julio, Bradlaugh ocupó su escaño después de formular la promesa. Yo escribí: “Por fin, ha terminado la amarga lucha; triunfaron la ley y el derecho. La Cámara de los Comunes al revocar su decisión adoptada por los conservadores y ultramontanos ha rehabilitado su buen nombre a los ojos del mundo. No se trata de una victoria del librepensamiento sobre la cristiandad, ni tampoco sobre la Cámara de los Comunes, sino del triunfo de la ley, gracias a la buena voluntad de hombres de todas las opiniones pero con una sola fe en la justicia, sobre el desprecio de la ley por el partido conservador y la mojigatería ultramontana. Ha sido la reafirmación de la libertad civil y religiosa en difícilísimas circunstancias; la declaración de que la Cámara de los Comunes es obra del pueblo, no un club de la aristocracia con el derecho de veto a voluntad.”

La lucha entre Carlos Bradlaugh y sus perseguidores se transfirió luego a los tribunales. Apenas había ocupado el escaño se le acusó de haber votado sin previo juramento y comenzaron los indignos procedimientos de sus enemigos con el propósito, según arrogantemente decían, de arruinarle y hacerle perder el lugar tan duramente conquistado. Potentados como Newdegate le armaron pleitos sirviéndose de individuos de paja como querellantes nominales; durante varios meses se tuvo que hacer frente a muchos adversarios defendiéndose personalmente

en todos los procesos hasta que, derrotado una y otra vez, resolvió llevar sus asuntos a la Cámara de los Lores donde consiguió triunfal victoria, pero a costa de tal desgaste de fuerza física y dinero, que se sintió irreparablemente minado en su salud y lleno de deudas.

Por aquella época no hubo solamente de luchar en los tribunales y cumplir escrupulosamente sus deberes parlamentarios, sino además ganarse la vida escribiendo y conferenciando. Para ello viajaba durante las noches que la Cámara le dejaba libres y dedicaba el día a continua labor. Muchos de sus derrotados enemigos volvieron sus armas contra mí para mortificarle; así el almirante Sir Juan Hay en Wigton usó hacia mí tan grosero lenguaje que el *Scotsman* y el *Glasgow Herald* se negaron a publicar sus artículos y el director del *Scotsman* decía sobre ello: "es el lenguaje tan soez, que aún difícilmente pudiera atribuirse a un hampón."

El 25 de agosto me encontraba en Bruselas con Hipatia Bradlaugh para representar a los librepensadores ingleses en el Congreso Internacional del Librepensamiento. Fue una interesante reunión a la que asistieron hombres de reputación mundial, como el Dr. Luis Büchner, de carácter noble y bueno. Se fundó entonces una Federación internacional del Librepensamiento que sirvió para poner en contacto a los librepensadores de distintos países y que organizó interesantísimos congresos en Londres y Amsterdam. Aparte de esto hizo poca cosa porque carecía de energía y vitalidad. Verdad es que cada grupo librepensador tenía tanto que hacer en su propio país que poco tiempo podía consagrar y poco pensar en la organización internacional. Por mi parte, el conocimiento personal del Dr. Büchner me procuró una utilísima correspondencia con él, y además tradujo, previa aprobación suya, su libro "La mente en los animales", la décimocuarta edición ampliada de "Fuerza y materia" y algunos folletos.

En otoño de aquel mismo año, 1880, el Gobierno llamado liberal se encontró en plena lucha contra los caudillos del movimiento irlandés y trabajé esforzadamente para levantar el sentimiento de los ingleses en defensa de la libertad irlandesa, aunque así atacara a hombres de tanta estima como el Sr. Gladstone. Era muy ardua esta empresa porque Irlanda y sus

defensores usaban un lenguaje muy áspero contra Inglaterra y todo cuanto fuera inglés; pero yo demostraba con cifras en la mano que la vida y la propiedad estaban más seguras en Irlanda que en Inglaterra, que Irlanda estaba inmune del crimen, excepto en las disputas agrarias y que aún éstas podían desaparecer si la ley intervenía entre los propietarios y arrendatarios y, evitando los crímenes de los usureros y los brutales deshaucios, ponía término a horribles represalias provocadas por la desesperación y la venganza. A propósito de esto refería una frase de O'Connor, quien, sirviéndose de unas palabras de Gladstone, decía que toda sentencia de deshaucio era sentencia de hambre y hacía notar que en un año se habían dictado 15.000.

La actividad en otoño fue intensa y variada: enseñaba ciencia en la escuela, sostuve un debate con un pastor de la iglesia anglicana y sufrí una operación quirúrgica que me retuvo tres semanas en cama, pero que me fue utilísima porque aprendí a escribir acostada. Así hice buena parte de la traducción del libro "La mente de los animales."

Debo hacer constar que una actividad, por muy intensa que sea, no mata a nadie. En un número del *National Reformer* de 1880, encuentro que Bradlaugh escribía: "Me parece inútil añadir que, a juicio de sus más íntimos amigos, la Sra. Besant ha trabajado excesivamente durante los últimos años." Pues bien, estamos ahora en 1893¹ y durante el intervalo de trece años, transcurridos desde entonces, he actuado incesantemente, trabajo más ahora que nunca y gozo de perfecta salud.

Hojeando el *National Reformer* de aquella época me produce la impresión de que cumplía una admirable obra educativa: Bradlaugh publicaba en sus páginas sus profundos estudios sobre política y teología; Aveling exponía sus admirables enseñanzas científicas y yo me ocupaba especialmente de la labor educativa sobre la moralidad política y nacional en nuestras relaciones con pueblos más débiles. Cada uno pusimos nuestra alma en la labor y ejercimos una notable influencia en favor de una vida más pura y de un pensamiento más elevado.

En la primavera de 1881, el tribunal de apelación decidió

¹ Año en que la Sra. Besant terminó su "Autobiografía" (N. del T.)

que Bradlaugh no tenía derecho a formular la promesa como miembro del Parlamento y declaró vacante su escaño; pero volvió de nuevo a él por el distrito de Northampton a despecho de las virulentas calumnias con que se le combatió y que le llevaron a decir que aquella había sido "la más amarga lucha electoral que jamás sostuviera." Su actitud en la Cámara le conquistó las mejores simpatías del país donde se le consideraba como una potencia. Por esta causa al temor de los conservadores se unió el odio de la mojigatería y aumentaron los esfuerzos para echarle de la Cámara.

Los Sres. Labouchere y Burt le presentaron como el nuevo miembro que debía ocupar el lugar vacante, pero intervino Sir Stafford Northcote y después de una larga discusión durante la cual Bradlaugh habló desde el hemicielo, una mayoría de treinta y tres le negó la prestación del juramento. Después de una prolongada escena, durante la cual Bradlaugh no quiso retirarse y la Cámara vacilaba en emplear la fuerza, se levantó la sesión. Finalmente el Gobierno prometió promulgar una ley permitiendo prometer en vez de jurar y Bradlaugh prometió a su vez, con el consentimiento de sus electores, esperar la decisión de la Cámara ante esta ley.

En el interín se formó una Liga para la defensa de los derechos constitucionales y crecía la agitación en el país. Donde fuera Bradlaugh para hablar allí le esperaban las multitudes y viajó del uno al otro extremo del país recibiendo plena aprobación en su demanda de justicia. El 2 de julio, a consecuencia de la obstrucción conservadora, el Sr. Gladstone escribió a Bradlaugh que el gobierno no promulgaría la ley sobre la promesa y el Sr. Bradlaugh decidió presentarse de nuevo a la Cámara fijando la fecha para el 3 de agosto a fin de evitar que por su causa sufriese demora la resolución de la ley agraria para Irlanda.

La Cámara entonces estaba severamente custodiada por la policía; las verjas estaban cerradas y en los tribunales se acumulaban grandes retenes de policía. Tal estado de asedio duró todo el mes de julio. El día 2 de agosto se celebró un imponente mitin en la Plaza de Trafalgar al que asistieron delegados de toda Inglaterra hasta del lejano Edimburgo, y el día 3, miércoles, Bradlaugh se dirigió a la Cámara. Las últimas

palabras que me dirigió, fueron: "La gente conoce a Vd. mejor que a nadie, excepto a mí; suceda lo que suceda no permita la violencia; confío en Vd. para mantener el orden." Marchó hacia la entrada de la Cámara acompañado del Dr. Aveling, pero entró solo. Sus hijas y yo estábamos juntas con centenares de personas que llevaban su petición; diez solamente, rígidamente contadas, pasaron la puerta apenas entreabierta con objeto de que no entrase más de una persona cada vez y llegaron a Westminster Hall donde esperábamos en la escalinata que conduce al vestíbulo.

Un inspector nos intimó a retirarnos; le advertí cortesmente que estábamos en nuestro derecho, y ordenó con dramático acento: "¡Aquí cuatro agentes!" Llegaron hasta nosotros, nos miraron y les miramos. Le indiqué serenamente: "Creo que sería mejor que consultase al inspector Denning antes de emplear la violencia." Así lo hizo y pasados pocos minutos salió el inspector quien viendo que nos manteníamos donde teníamos derecho a estar y no hacíamos mal alguno, reprendió a sus demasiado celosos subordinados que se retiraron y nos dejaron en paz. El inspector Denning era hombre de mucho tacto y discreción, si bien es verdad que la policía de la Cámara de los Comunes se condujo siempre admirablemente. A pesar de la orden que recibieron de atacar a Bradlaugh emplearon la menor violencia posible; fue el Sr. Erskine, macero del rey y sus ujieres quienes obraron brutalmente. El Dr. Aveling escribió sobre ella: "La policía cumplió con desagrado, pues como valientes que sentían simpatía por un valiente, obedecieron rígidamente la orden de sus superiores; pero después fueron la amabilidad personificada."

Poco a poco iba creciendo la multitud de peticionarios y se empezaron a oír murmullos de descontento porque nadie sabía lo que estaba sucediendo en la Cámara. Algunos, la mayoría de los que habían venido del Norte, hombres gallardos e independientes que adoraban a Carlos, creyeron tener derecho a entrar en el vestíbulo, y de súbito, con el impulso que mueve a la multitud a una acción colectiva, se oyó el rugido: "Pedimos justicia! ¡Pedimos justicia!" y se lanzaron sobre la escalinata atropellando a los guardias que custodiaban la puerta. Acudió a mi mente como un relámpago la orden de mi jefe:

“Confío en Vd. para mantener el orden”, y mientras los guardias iban a contener la multitud yo, aprovechando la ventaja de la posición que había elegido en lo alto de la escalinata, me puse entre ellos de manera que todos pudieran verme. Se detuvieron sorprendidos y les dije que se dominaran por amor a él, que se mantuvieran tranquilos como él había pedido. Supe después que al verme lanzar entre ellos los guardias sonrieron: pensaron seguramente que era locura pretender dominar el ímpetu de una multitud como aquella; pero yo sabía que sus amigos no me atropellarían y al detenerse, hubo de morir la sonrisa en sus labios y dejarme en mi lugar.

Con disgusto los hombres retrocedieron, dominaron su cólera por amor a él. ¡Ah! ¡Si yo hubiera sabido lo que sucedía dentro no hubiera ciertamente mantenido mi palabra! ¡Cuántos norteños me dijeron después: “Si Vd. nos hubiese dejado entrar aquel día le hubiésemos llevado en hombros a la Cámara, hasta el mismo sillón presidencial!” De pronto oímos un estallido en el interior; escuchamos; era el ruido de un cristal que se quebraba y de madera que se rompía; pocos instantes después llegó a mí un mensajero diciendo: “Está en el patio del Palacio.” Volamos todos hacia allí y le vimos aún de pie, rígido y pálido como el mármol, destrozado el vestido, inmóvil como una estatua, apoyado ante la puerta de los diputados. Más tarde supimos el vergonzoso suceso: como sea que entró solo en demanda de sus derechos, solo y por lo tanto imposibilitado de resistir la violencia, catorce hombres, según refirió la *Central News*, guardas y ujieres, la cayeron encima, lo echaron escaleras abajo, lo pisotearon rompiendo en su violencia los cristales y ventanas del pasillo. Él no dió un solo golpe, pero empleó su hereúlea fuerza en una resistencia pasiva. “Nunca he visto a un hombre contra diez luchar como éste”, dijo uno de los jefes disgustado por la injusticia que estaba ebligado a cometer. Por fin consiguieron echarle al patio del Palacio.

Un testigo ocular refirió la escena a la prensa: “La fuerte, alta y poderosa figura del Sr. Carlos Bradlaugh, con sus nervios y músculos tensos para dominar la coacción, era difícil de mover. Doblándose y luchando contra la superioridad del número cedía el terreno palmo a palmo, con sorprendente tenacidad, y sólo se entregó después de sobrehumanos esfuerzos de

resistencia. El espectáculo de esta lucha, aunque poco se viera desde el exterior, era repugnante. Bradlaugh, al fin domado, parecía que iba a exhalar el último suspiro; su rostro, a pesar del calor de la lucha, estaba cubierto de una palidez siniestra, las piernas apenas le sostenían... La frase de la Plaza de Trafalgar: "podrán despedazarle, pero nunca dominarle" surgía en la mente de los que presenciábamos aquella escena."

Salieron en seguida, cambiaron rápidamente algunas palabras con el Inspector Denning, quien dijo después: "Por poco me equivoco en la puerta; estaba irritadísimo." "¿Quiere Vd. —le pregunté— que vuelva con fuerza suficiente para vencerlo todo?" "¿Cuándo? —respondió. — "Dentro de un minuto si levanto la mano." Bradlaugh permanecía de pie en el patio; fuera de la verja se extendía un inmenso mar de cabezas, hombres que habían venido de todas partes del país por amor a él y en defensa del magno derecho que habían elegido. Pero ¡ah! que nunca fue Bradlaugh más grande que en aquel momento en que, humillado por el ultraje y el triunfo de una injusticia, con todo el ardor de la altivez que en su interior latía, ofendido por la violencia física, dolorido por el áspero y violento esfuerzo de todos sus miembros, tanto que durante semanas llevó vendados sus brazos; nunca fue más grande que entonces en que dominó su propia cólera, venció el deseo de luchar y, a pesar del propio dolor físico y de que le rodearan millares de secuaces que esperaban un aviso para lanzarse en su ayuda, les indicó que fueran a verle aquella tarde lejos de la escena del conflicto y les recomendó que se dispersaran ein "tumultos ni desorden." Pero no es posible explicar con palabras cuánto sufría interiormente; nadie que no supiera cómo él respetaba el Parlamento inglés, cómo honraba la ley y creía en la justicia podía comprender el tormento de su corazón. Aquello significaba el fracaso de sus ideales nacionales, de su orgullo patrio, de su convicción de que el caballero inglés, a pesar de sus defectos, mantenía en lo alto su honor y su caballerosidad y nunca faltaba a la confianza, aunque de un enemigo se tratara.

Al atardecer de aquel día me dijo: "Ningún hombre dormirá esta noche en la cárcel por mi causa; ninguna mujer podrá acusarme de la muerte o heridas de su marido, pero..." y una

oleada de angustia cubrió su faz y desde aquel día fatal Carlos Bradlaugh no fue el mismo hombre. Hay personas que pueden mantener sus ideales superficialmente, pero en Bradlaugh las fibras de su corazón apretaban muy estrechamente los suyos. Muchos son los ciudadanos que no se preocupan de su país, pero él era inglés hasta lo más íntimo de su ser, obediente a la ley, amante de la libertad, verdadero tipo del patriota setecentista, considerando como lo más caro el honor de Inglaterra y la traición destrozó su alma. Entró solo confiando en la lealtad de sus enemigos, dispuesto a someterse a la expulsión y a la cárcel, que creía muy probable, pero nunca hubiese imaginado que presentándose indefenso ante sus adversarios emplearan éstos la brutal y cobarde violencia y mancharan la tradición parlamentaria con un ultraje personal inferido a un miembro debidamente elegido, proceder más digno de una taberna de los barrios bajos que de la gran Cámara de los Comunes, la Cámara de Hampden y de Vane, la Cámara que se había salvaguardado de la regia violencia y mantenido sus privilegios a despecho de los Reyes.

Estas tempestuosas escenas provocaron una promesa del Gobierno; como se temía, Carlos Bradlaugh no consiguió obtener ninguna reparación legal a causa de las órdenes que los agentes habían recibido de la misma Cámara, pero el Gobierno prometió ayudarle en su demanda de ocupar el escaño en la próxima sesión para así evitar la campaña que contra los gobernantes habíamos resuelto iniciar.

Bajo mi responsabilidad organicé un poderoso número de personas que se habían empeñado en abstenerse, a partir de determinada fecha, de utilizar los artículos de consumo sujetos a impuesto y a retirar su dinero de las Cajas de Ahorro para perjudicar los recursos financieros del Gobierno. Fue conmovedora la respuesta de los obreros a mi llamada: "Dejad de comprar"; hubo quien me escribió diciendo que por no beber ni fumar se abstendría de tomar té; otros que, a pesar de que el tabaco era su único lujo, a él renunciarían gustosos y así muchos. No con mucha satisfacción pedí al pueblo que guardara aquella arma formidable, ya que no teníamos derecho a dificultar la obra del Gobierno hasta que él rehusara el cumplimiento

de su primordial deber: el mantenimiento de la ley. Había prometido hacer justicia y debíamos esperar.

Carlos Bradlaugh yacía postrado a causa de los golpes recibidos y que rompieron los tendones de algunos músculos del brazo; pero ni aun durante esta tregua temporal en la magna lucha cesaron las escaramuzas. Dos o tres veces fui a la Cámara allí llamada, aunque no personalmente, por los que impedían la entrada a Bradlaugh, y un discurso mío provocó una pregunta del Sr. Ritchie, mientras Enrique Tyler ocasionaba disturbios en nuestro curso científico. Otra *alegría* de mi vida en esta época fue el uso de mi nombre, que conquistó gran prestigio con tales contiendas, como autor de folletos que nunca había visto; y esta falsificación, obra de gente poco escrupulosa, me ocasionó graves trastornos en las colonias. Rápidamente pasamos los meses de otoño fortaleciendo la agitación constitucional en el país, organizando el Congreso internacional de librepensadores en Londres, estudiando y enseñando ciencia, dando cursos de conferencias científicas en el Salón de la Ciencia y manteniendo animada correspondencia con el Obispo de Manchester que había difamado a los secularistas, lo que me condujo a publicar un folleto intitulado: "El matrimonio según Dios."

Recuerdo con tristeza un incidente ocurrido en esta fecha. Inducida a error por el incompleto conocimiento que tenía de la experimentación científica con los animales y por temor de que si se prohibía, los hombres de ciencia estarían obligados a efectuar los experimentos con los pobres del hospital, escribí dos artículos, editados después en un folleto, contra la ley de Sir Eardley Wilmont para "Suprimir totalmente la vivisección." Sostenía que debía permitirse en el caso de hábiles experimentadores interesados en investigaciones originales, pero confieso ahora que emití mi opinión sin profundizar ni comprender la naturaleza de los experimentos. De aquí la publicación del único escrito mío del que siento remordimiento y vergüenza, como de un acto contrario a la interna actitud de toda mi vida. Me place decir que la Dra. Ana Kingsford replicó con artículos que inserté en el mismo periódico donde aparecieron los míos, nuestro *National Reformer*, presentando el asunto desde el punto de vista moral al que respondió desde luego mi

naturaleza. Posteriormente estudié el problema con mayor cuidado, y al ver que la vivisección en el extranjero era tan distinta de la que se hacía en Inglaterra, me convencí de que se trataba de una práctica cruelmente diabólica, como aseguraban sus adversarios, y renegué de la parcial defensa que de ella hice, aunque fuese en su forma menos brutal.

Ni para Bradlaugh ni para los que a su vera actuaban, cesaron las luchas en 1882. Le escucharon por tercera vez el 17 de febrero el discurso que pronunció desde el hemicycle de la Cámara, terminado con un ofrecimiento que, aceptado, ponía fin a la querrela: "Estoy dispuesto a permanecer fuera durante cuatro o cinco semanas, sin acercarme a esta mesa, si la Cámara durante el intervalo o por mayor tiempo si necesidades imperiosas lo requieren, discute si ha de aprobarse o no la ley sobre la promesa. Deseo obedecer la ley y quiero decirlos cómo volveré a la Cámara si ella me perdona el consejo. Honorables miembros han dicho que la ley sobre promesa significaría para mí una ley de desagravio; pero yo soy más orgulloso que vosotros: mientras se aprueba la ley sin efectos retrospectivos me comprometo a no reclamar mi lugar, y una vez aprobada pediré el escaño del *Chiltern Hundreds*¹. No temo; si no convido a mis electores pueden destituirme, no así vosotros, y sólo la muerte me hará ceder." Pero la Cámara no quiso hacer nada. Bradlaugh obtuvo más de 100.000 firmas en favor de su derecho constitucional y el 8, 9 y 10 de febrero se presentaron 1.800 peticiones que llevaban 241.970 firmas que recibió la Cámara con desdenosa indiferencia, y a la par que rehusaba declarar vacante su escaño se negaba a que lo ocupara. Así el Colegio de Northampton estuvo por mitad privado de su derecho electoral y cerrada toda vía legal de reparación.

El Sr. Labouchère hizo en esta circunstancia todo cuanto incumbía a un colega leal para ayudar a su amigo. Presentó una ley sobre la promesa que no surtió efecto alguno. El Sr. Gladstone, interpelado a sostener la ley presentada por el propio Procurador general, se negó a hacer nada. Así se estableció un callejón sin salida, de lo que se alegraron todos los enemigos de

¹Lugar que ocupan los miembros del Parlamento cuando dimiten su cargo. (N. del T.)

la libertad. Pero la Cámara se vió obligada a salir de esta posición, que el *Globe* llamaba de "tranquila omnipotencia", ante el audaz desafío del miembro a quien quería alejar de su lado. El 21 de febrero Carlos Bradlaugh prestó juramento ante el estupor general y se dirigió a su sitio a esperar los acontecimientos. La Cámara lo expulsó, pues no podía obrar de otro modo, y el Sr. Labouchère presentó una demanda declarando que "Northampton estaba preparado y que su candidato era Carlos Bradlaugh expulsado de la Cámara". Northampton, siempre firme en su decisión, lo mandó a ella por tercera vez figurando en la elección 359 votos más que en la segunda. En las populosas ciudades se recibió la noticia del triunfo con frenético entusiasmo, pero de nuevo se negó a Bradlaugh el derecho a ocupar su lugar por una insignificante mayoría de 15 votos en una Cámara de 599 miembros, mayoría motivada por la vacilación del Gobierno. Pero esta vez toda la prensa liberal entró en la lid; la cuestión del juramento se convirtió en un problema de principio para todos los candidatos al Parlamento, y se apercibió al Gobierno que con su actitud alejaba a sus mejores amigos. La *Pall Mall Gazette* expresó el sentimiento general: ¿Qué prueba que la ley sobre el juramento perjudique al Gobierno del país? De lo que podemos estar seguros es que su actitud no le reportará beneficio alguno en las próximas elecciones. Nadie duda de que esto se ha convertido en una cuestión de principio y todo liberal que rehuse votar perderá el apoyo de todos los electores que compartan la opinión de los radicales de Northampton. La prensa liberal está absolutamente unánime en todo el país; la apoyan también los no conformistas y los clubes locales; lo que conviene, pues, es que el Gobierno tenga más valor moral y reconozca que aun en la práctica la honradez es la mejor política".

Pero el Gobierno no opinó así y pagó caro su error porque una de las causas que motivaron su derrota en las elecciones fué el disgusto que provocó en todos su incertidumbre y cobardía ante los derechos electorales. No me equivoqué cuando escribí en mayo de 1882: "Carlos Bradlaugh, por la grave injuria recibida, se ha convertido en la encarnación de un magno principio"; pues la agitación creció de tal modo que, al fin, enviado al Parlamento en las elecciones generales, prestó su

juramento y ocupó su lugar, presentó y defendió una ley sobre juramento que confería a los miembros del Parlamento, no sólo el derecho de prometer en vez de jurar, sino que declaraba a los librepensadores competentes para formar jurados y liberaba a los testigos que no querían jurar de la ignominia que hasta entonces cayó sobre ellos. En completa victoria terminó la lucha sin precedentes y el nombre de Carlos Bradlaugh se recordará para siempre en la historia electoral de su país.

En aquel entonces Lord Redesdale, presentó en la Cámara de los Lores una ley que descalificaba a los ateos para ser miembros del Parlamento, pero ante la opinión de todo el país, los lores, con patéticas expresiones de compunción, se negaron a aprobarla. Entretanto, Sir Enrique Tyler, de la Cámara de los Comunes intentó un proceso por blasfemia contra Bradlaugh y sus amigos, dirigiendo además la cruzada contra sus hijas, contra el Dr. Aveling y contra mí como profesores de ciencia. En la primavera de 1882 resumi nuestra posición con estas duras palabras: "Esta efímera ley sobre declaración parlamentaria es una de las muchas nubes que presagian la tempestad del proceso. Las reiteradas tentativas hechas en la Cámara de los Comunes para obligar al Gobierno a procesar a los herejes por blasfemia; los mezquinos y desleales ataques contra los cursillos científicos; los odiosos y malignos esfuerzos del Sr. Newdegate para obligar a que Bradlaugh se declarara en quiebra, todo esto son signos de que el heterogéneo ejército de devotos y mojigatos cristianos reúnen sus fuerzas para atacar furiosamente a aquellos que los reducen al silencio con argumentos, pero a quienes desean vencer por la fuerza y la mera brutalidad. Que vengan; nunca los librepensadores se han sentido tan fuertes ni tan unidos ni tan organizados como ahora. Poderosos por la bondad de nuestra causa, por nuestra fe en el triunfo final de la Verdad, por nuestra voluntad de renunciar a todo, excepto a ser fieles a la sagrada causa de la libertad de pensamiento y palabra, esperamos graves e intrépidos a los sucesores de quienes quemaron a Bruno, encarcelaron a Galileo, torturaron a Vanini, aquéllos que tienen en sus manos la roja cruz de Jesús de Nazareth, en sus labios el amor a Dios y en su corazón el odio al hombre".



CAPÍTULO XII

TODAVÍA EN LUCHA

Las vehementes contiendas en el campo religioso no me cegaron a los sufrimientos de aquel pueblo, Irlanda, tan caro a mi corazón, debatido entre los crueles artículos de la Ley de coacción del Sr. Forster. Un escrito mío intitulado "La coacción en Irlanda y sus consecuencias", en el que exponía las injusticias que se hacían en virtud de tal ley, se reimprimió como folleto y obtuvo amplia difusión.

Defendí la causa de los deshauciados, habida cuenta que en el trimestre de marzo se deshauciaron a 7.020 personas; pedí que se procesara inmediatamente a los encarcelados por sospecha; reclamé una indemnización para quienes antes de la ley agraria lucharon contra las injusticias que esta misma ley hubo de prevenir e insistí en que no podía esperarse éxito alguno de las medidas que se adoptaban para remediar la enfermedad de Irlanda, su desafecto hacia Inglaterra, hasta que, no solamente se libertara a los prisioneros irlandeses, sino que se declarara al valiente y desgraciado Miguel Davitt libre en tierra irlandesa".

Por fin se decidió el Gobierno a modificar su política y a obrar más justamente; envió a Irlanda a lord Federico Cavendish con el decreto de libertar a los "sospechosos", pero apenas había desembarcado, el puñal de un asesino acababa con su vida: ¡triste y vil asesinato de un inocente mensajero de paz! Estaba en Blackburn para dar una conferencia sobre "El problema irlandés" y me encaminaba hacia la tribuna, henchido el corazón de gozo ante la llegada de la aurora de paz cuando me entregaron el telegrama que anunciaba el asesinato. Nunca

olvidaré la impresión, el incrédulo horror, la ola de desesperación que me invadió entonces. Dos días después escribía: "No han matado a dos hombres solamente; han apuñalado la naciente esperanza de amistad entre dos países y han abierto de nuevo el abismo de odio que estaba a punto de desaparecer". El crimen consiguió su objeto y arrastró al Gobierno a nuevas injusticias.

Rápidamente se presentó una nueva ley coercitiva, pasó a la Cámara y me decidí, afrontando la tempestad de la excitación pública y a despecho de la aridez de la obra a implorar aún: "La violencia no es el remedio. El problema de Irlanda presenta muchísimas dificultades en este momento: los conservadores claman venganza contra todo un pueblo para castigar el delito que unos pocos cometieron; los liberales aumentan el alboroto; muchos radicales arrastrados por la corriente y sintiendo que "algo debe hacerse" aprueban la acción del Gobierno olvidando preguntarse si es la mejor. Solamente unos pocos resisten con firmeza, demasiado pocos para impedir que el proyecto coercitivo se convierta en ley. Pero a pesar de que seamos pocos en levantar nuestra voz de protesta contra la injusticia que no podemos evitar, mucho haremos consiguiendo la breve duración de la nueva ley y estimulando el sentir general para que se provoque su anulación. Cuando el público comprenda el alcance de la nueva actitud gubernamental ganaremos media batalla, pues si aceptó las disposiciones del Gobierno fue porque tenía confianza en él y las rechazará tan pronto como descubra su verdadero carácter. Los asesinos causantes de estas represivas medidas han apesadumbrado al país en tan terrible forma que invirtieron súbitamente la felicidad y la esperanza en tenebrosidad y desesperación. Recibimos con alegría la nueva política del Gobierno y mataron al mensajero de paz antes de que se secara la pluma que firmó el decreto de gracia y libertad. No es de extrañar, pues, que al grito de horror sigan las vengativas medidas, pero el asesinato fue obra de unos pocos criminales mientras que la venganza perjudica a todo el pueblo irlandés. Lucho contra el pánico que confunde la agitación política y la política de represión del mal con el crimen y su castigo; las medidas que adopta el Gobierno representan una mordaza para todo irlandés y pone todos los esfuerzos po-

líticos, como luego veremos, bajo la sumisión del virrey y gobernador de Irlanda, la magistratura y la policía”.

Reseñaba después la miseria de los labradores en las garras del absentismo; las escenas de madres moribundas arrojadas a la calle con el recién nacido en su pecho; la pérdida de “toda idea de santidad de la vida humana cuando los sufrimientos de los seres más queridos se consideran de menos valor que el dinero de la renta”. Analizaba la nueva ley y escribía: “Cuando esta ley se apruebe los procesos ante los jurados, el derecho de pública reunión, la libertad de la prensa, la santidad del hogar, todo estará sometido a la voluntad del virrey y gobernador, el irresponsable autócrata de Irlanda y la libertad personal quedará a merced de cualquier policía. ¡Tal es el sistema gubernamental de Inglaterra hacia Irlanda en el año 1882. ¡Y a esto se le quiere llamar proyecto para la *represión del crimen!*” Exponía francamente la cruda verdad: “La realidad es que los asesinos han triunfado en su intento: veían en la nueva política la reconciliación de Inglaterra e Irlanda; comprendían que la amistad seguiría a la justicia y que los países por primera vez en la historia se estrecharían las manos, y para impedirlo han abierto un nuevo abismo confiando que la nación inglesa no lo salvaría; han hecho correr un río de sangre por el sendero de la amistad y han lanzado dos cadáveres en la entreabierta puerta de la reconciliación y de la paz; han triunfado”.

En este torbellino de la lucha política y social llegó hasta mí, por primera vez, el susurro de la Sociedad Teosófica en forma de un escrito donde se exponían sus principios y en los que no vi “una definida idea de los requisitos necesarios para asociarse sino solamente un vago, sentimental y erudito interés en las fantasías filosófico-religiosas del pasado”. Leí además el informe de una alocución del Coronel Olcott que me indujo a creer que la Sociedad sostenía extrañas teorías sobre las *apariciones* de los muertos y sobre la existencia fuera del cuerpo físico e independiente de él”. Conocí estos escritos por mediación de algunos pensadores indos que pidieron mi parecer sobre la adhesión de los secularistas a la *Sociedad Teosófica*, así como sobre la admisión de los teósofos en la *National Secular Society*. Juzgando por la información recibida, respondí “que si bien

como secularistas no teníamos derecho a negar la entrada a los teósofos, si la deseaban, existía una diferencia radical entre el misticismo de la Teosofía y el materialismo científico del secularismo. La devoción exclusiva a este mundo implica, en la profesión de fe de los secularistas, no dejar lugar a otros mundos y los miembros consecuentes de nuestra entidad no pueden ingresar en otra que crea en ellos”¹.

H. P. Blavatsky escribió un breve artículo en el *Theosophist* de agosto de 1882 donde comentaba mi párrafo haciendo notar, en la generosa forma que le era habitual, que seguramente lo había escrito “bajo la impresión de nociones absolutamente erróneas sobre la verdadera naturaleza de la S. T. Suavizando la palabra diremos que nos parece absurda inconsecuencia que una persona tan altamente intelectual y aguda como la autora del artículo, dogmatice y ponga el autocrático ucase después que ella ha sufrido tan cruel e inmerecidamente a causa de la mojigatería ciega y el prejuicio social durante su larga lucha por la *libertad del pensamiento*”. Después de transcribir mi párrafo añadía: “Hasta que sepamos lo contrario preferimos creer que algunas malignas y falsas informaciones procedentes de Madrás, inspiradas en un bajo sentimiento de venganza personal más bien que en un deseo de permanecer consecuente a los principios del *materialismo científico del secularismo* han dictado a la Sra. Besant las anteriores frases. Aseguramos a los radicales directores del *National Reformer* que los falsos informes sobre los radicales directores del *Theosophist* les han inducido a error; el término “supernaturalistas” no es más adecuado para éstos que para la Sra. Besant y el Sr. Carlos Bradlaugh”.

H. P. Blavatsky en los comentarios que eventualmente hacía sobre la lucha que se sostuvo en Inglaterra mostró siempre una amplitud de miras y una generosidad verdaderamente extraordinarias. Aludía con gran admiración a la obra de Bradlaugh y su lucha parlamentaria y hablaba calurosamente de los servicios que había prestado a la libertad. Por primera vez me cita a mí al referirse a comunicaciones espiritistas que de ningún modo juzga trascendentales discursos: “Otra oradora de mere-

¹ *National Reformer*, 18 junio 1882.

cida fama tanto por su elocuencia como por su erudición, la buena Sra. Ana Besant, habla y escribe enseñanzas tan sabias y de tan buen sentido, sin creer en espíritus-guías ni aun en su propia alma, que podemos afirmar que uno de sus discursos o artículos contiene mucha más materia para beneficiar a la humanidad que acumularía un moderno médium durante toda su carrera”¹.

Me he preguntado estos últimos años si de haberla conocido entonces o leído algunos de sus escritos hubiese llegado a ser su discípula; temo que no. Estaba aún demasiado deslumbrada por los triunfos de la ciencia occidental, demasiado segura de mí misma, demasiado anhelosa de combate, en exceso a merced de mis emociones, demasiado sensible a la alabanza o al vituperio. Necesitaba sondear más profundamente aún los abismos de la miseria humana, oír más fuertemente el lamento de la Gran Huérfana, la Humanidad; sentir más agudamente la falta de mayor conocimiento y más clara luz, si había de ayudar al hombre antes de rendir mi orgullo al deseo de ser admitida en una Escuela de Ocultismo, antes de desechar mis prejuicios y estudiar la Ciencia del Alma.

Las reiteradas tentativas de Sir Enrique Tyler y de sus amigos para provocar los procesos por blasfemia lograron al fin tangible forma. El mismo Tyler citó por blasfemia al Director del periódico *Freethinker* (El Librepensador), Sr. Foote, al editor, Sr. Ramsey y al impresor, Sr. Wittle. Se intentó envolver a Bradlaugh en el proceso; los procuradores le prometieron abandonar la causa contra el director y el impresor si él les vendía algunos ejemplares del periódico, y a pesar de que Bradlaugh estaba siempre dispuesto a defender a sus subordinados cargando sobre él sus propios errores, no vio en este caso la razón de asumir la responsabilidad de un periódico que no dirigía y que, según él, rebajaba con sus caricaturas el nivel de defensa del librepensamiento y sin necesidad suscitaba ataques de sus enemigos. Respondió en consecuencia que vendería a los procuradores las obras que él hubiese publicado, bien directamente o mediante su aprobación y les mandó un catálogo. Era evidente el objetivo de Sir Tyler, y Bradlaugh lo comen-

¹ *Theosophist*, junio 1882.

taba así: “Las anteriores cartas muestran muy claramente que Sir Enrique W. Tyler, habiendo fracasado en su deseo de clausurar las clases del Salón de la Ciencia, en sus gestiones de que Sir W. Vernon Harcourt me procesara a mí y a la Sra. Besant como directores y editores del *National Reformer* desea hacerme personalmente responsable del contenido de un periódico que nunca dirigí ni publiqué y sobre el que no tengo la menor sombra de autoridad y por lo tanto el menor interés. ¿Por qué razón Sir Tyler desea tan ardientemente procesarme por blasfemia? ¿Será quizás porque dos condenas, en virtud de los artículos 9 y 10, tít. III, cap. 32, me excluirían para siempre del Parlamento?”

La *Whitehall Review* dijo francamente que era aquello lo que se deseaba obtener y citaron a Bradlaugh al Municipio, acusado de publicar impíos libelos en el *Freethinker*. Entretanto Sir Enrique Tyler puso en el orden del día una proposición para privar a las hijas de Bradlaugh de la autorización que habían recabado de enseñar materias científicas y consiguió una orden que si bien carecía de validez influyó para que se inspeccionaran las cuentas corrientes de Bradlaugh y mías, a pesar de que yo no hubiese tomado parte en el asunto.

Al recordar el pasado me maravillan las increíbles mezquindades y bajezas de Enrique Tyler y sus secuaces cometidas en defensa de la “religión” (¡Dios nos libre de ella!). Su moción fracasó completamente en la Cámara de los Comunes y acentuó el fracaso la publicación de una memoria sobre la labor que realizaban las hijas de Bradlaugh como estudiantes y maestras, así como la circunstancia de que yo fuese la única estudiante que consiguiese en Inglaterra graduarse en botánica.

Debo mencionar en honor a la crónica la muerte del doctor Pusey, acaecida en septiembre de 1882. Había buscado su consejo durante el torbellino de mis primeras luchas religiosas y al escribir un artículo en el *National Reformer* depositaba mi tributo sobre su tumba. “Hombre fuerte y bueno, en completo desacuerdo con el espíritu de su época, juzgaba con hostilidad toda búsqueda anhelosa, toda gozosa manifestación de amor y entusiasmo hacia la naturaleza, toda investigación en este bajo mundo, condenado al fuego, según él, al advenimiento de su Juez. Ascético, de vida pura y de rígida fe, duro con los ineré-

dulos aunque sincero en su credo cruel, generoso y tierno hacia todos los que aceptaban su doctrina y se sometían a su Iglesia, nunca se rebajó a difamar a quienes discrepaban de su opinión. Su odio hacia la herejía no le indujo a denigrar a los herejes, ni a descender a un vulgar ultraje, sistema tan en boga entre mezquinos clérigos. A pesar de todo yo, que honro el valor y la sinceridad doquiera se encuentran, que rindo homenaje a la firmeza doquiera se halle, yo atea, deposito mi modesto tributo de respeto sobre el féretro de uno de los más nobles anglo-católicos, Eduardo Bouverie Pusey”.

Como práctica respuesta a los innumerables ataques que nos dirigían y como consecuencia del enorme incremento que adquirió la difusión de nuestros artículos teológicos y políticos sobre los procesos de aquella época, trasladamos nuestra editorial a fines de septiembre de 1882 a Fleet Str., número 63, una tienda que se hallaba frente a la en que Ricardo Carlile había hecho sus publicaciones y que parecía aún vibrar al recuerdo de sus valerosas luchas. Lo primero que en ella vendimos fue un folleto mío de enérgica protesta contra nuestra vergonzosa política en Egipto y un volumen crítico sobre el “Génesis” que Bradlaugh escribió en los intervalos de descanso de su activa vida. Allí trabajé diariamente, excepto cuando me ausentaba de Londres, hasta la muerte de Bradlaugh en 1891 ayudada de su hija mayor, mujer de poderoso carácter y nobilísimas cualidades que murió súbitamente en diciembre de 1888. En la actividad del *National Reformer* colaboró primeramente el doctor Aveling y después Juan Robertson, su actual director.

Del 1884 en adelante trabajó conmigo la Sra. Thornton Smith, devotísima discípula de Bradlaugh que se convirtió en una de las principales oradoras de la *National Secular Society*. Como su jefe bienamado, se mostró siempre buena amiga y noble luchadora y fue para mí la más leal y amorosa de las colegas, uno de los pocos, ¡tan pocos!, librepensadores de corazón asaz amplio y generoso para no levantarse contra mí cuando me convertí a la Teosofía. Otro de ellos, puedo contarlos con los dedos de la mano, es el mencionado Juan Robertson, hombre de singular capacidad y vasta cultura, demasiado erudito para la propaganda popular de característica emotiva, pero una verdadera potencia en todo movimiento, siempre inclinado a la

vida noble y al pensar elevado, leal como acostumbran a ser los escoceses, incapaz de mezquindad o traición y el más genial y generoso amigo.

Entre las iniciativas que siguieron a nuestra instalación en el vasto local de Fleet St. figuraba una revista de seis peniques que yo dirigía intitulada *Our Corner*; salió el primer número en enero de 1883 y apareció regularmente durante 6 años sirviéndome como utilísimo órgano de mi trabajo de propaganda socialista y laborista. Entre los colaboradores debo citar a Moncure D. Conway, el Profesor Ludwing Büchner, Yves Guyot, Profesor Ernst Haeckel, G. Bernard Shaw, Constance Naden, el Dr. Aveling, J. H. Levy, J. L. Joynes, la Sra. Edgren, Juan Robertson y muchos otros. Carlos Bradlaugh y yo escribíamos regularmente todos los meses.

El 1883 nació borrascoso: luchas por todas partes y una colosal agitación electoral en el país que obligó al Gobierno a dictar una ley sobre la promesa; conclusiones de la Asociación liberal en toda Inglaterra; preparativos para oponerse a la reelección de los diputados infieles al partido; delegados enviados a Londres por los clubes, Cámara de Comercio y Asociaciones de toda clase; un mitin que atestó la Plaza de Trafalgar; una muchedumbre agitadísima en Westminster Hall; un ruego del Inspector Denning para que Bradlaugh saliera, pues temían por su seguridad; una palabra suya "El Gobierno se ha empeñado en presentar súbitamente una ley sobre la promesa"; salvas de aplausos; una verdadera victoria popular el día 15 de febrero de 1883. Tal fue la respuesta del país al grito que demandaba justicia, tal fue el castigo de los electores a la Cámara que los había desafiado.

Apenas esto terminado ya se inició otro proceso por impiedad contra los Sres. Foote, Ramsey y Kemp llevado presurosamente a la Audiencia de lo Criminal ante el Juez North, un fanático de rígido temperamento. La causa terminó con desacuerdo entre los miembros del jurado, pues el Sr. Foote se defendió con un espléndido discurso. El juez se condujo con mucha aspereza, interrumpía a Foote continuamente y aunque rechazó la fianza de los defensores para que disfrutaran de libertad durante el primer y segundo proceso, los confinó a las prisiones de Newdegate del jueves al lunes y nos permitieron

verlos a través de rejas de hierro, donde estaban de 8 y media a 9 y media de la mañana.

Reanudado el proceso el lunes los condenaron: al Sr. Foote a un año de prisión; a Ramsey a 9 meses y a Kemp a 3 meses. El Sr. Foote, especialmente, demostró en esta difícilísima vicisitud dignidad y valor extraordinarios; escuchó la cruel sentencia sin abatimientos y sólo pronunció con calma las siguientes palabras: "Señor, os doy las gracias; la sentencia es digna de vuestro credo". Algunos de nosotros intervinimos para cuidar y defender la tienda de Ramsey y la propiedad literaria del Sr. Foote: el Dr. Aveling se encargó de la dirección del *Freethinker* y de la revista del Sr. Foote intitulada *Progress*. Pronto observamos las inmediatas necesidades de la familia de los dos condenados y el matrimonio Forder aceptó la responsabilidad de la tienda y al cabo de pocos días todo marchaba ordenadamente.

Aunque muchos desaprobábamos la política de aquel periódico, sentíamos que ante un proceso por impiedad terminado en condena, no era cuestión de discutir y todos nos unimos para ayudar y sostener a quienes estaban encarcelados por la libertad de conciencia. Empecé una serie de artículos sobre "El credo cristiano, lo que es impío negar", mostrando lo que deben creer los cristianos bajo la amenaza del proceso. En todas partes el movimiento librepensador adquiría tremendo impulso, pues las mentes despertaban al convencerse de que las leyes contra la impiedad no estaban aún en desuso.

De allende los mares nos vino una palabra de simpatía de la Sra. Blavatsky. Decía ella en el *Theosophist*: "Preferimos la actual posición del Sr. Foote a la de su severo juez. Nos sentiríamos más orgullosos bajo la piel del condenado, a pesar de su pobre situación, que bajo la peluca del Juez North".

En abril de 1883 terminaron en completa victoria en virtud del juicio favorable a Bradlaugh de la Cámara de los Lores, las legales luchas que sostuvo contra el Sr. Newdegate y su espía desde 2 de julio de 1880. Escribió: "Tribunal tras tribunal ha fallado contra mí; los periódicos tanto liberales como conservadores se han burlado de mi persistente tenacidad. Hasta algunos buenos amigos pensaron que mi lucha era inútil y que los fanáticos me pondrían el dogal al cuello. Por fin me

he libertado del Sr. Newdegate y su correveidile. El juicio de la Cámara de los Lores a favor mío es decisivo y concluyente y la pedantería de los conservadores de que las multas me harían quebrar ha fracasado para siempre. Verdad es que si los buenos amigos no me hubiesen sostenido habría quedado completamente arruinado; es imposible formarse una idea de la terrible lucha mental y del constante esfuerzo pecuniario que esta interminable lucha representa: días y semanas pasados en los Tribunales; engorroso trabajo derivado de cada litigio; cotidiana vigilancia cuando la citación era inminente; absoluta imposibilidad de dar conferencias en provincias". Triste es pensar sin embargo que al fin, robando su espléndida vitalidad, minando su férrea constitución habría de matarle 20 años antes de tiempo.

El proceso por impiedad contra Bradlaugh, Foote y Ramsey se presentó al Tribunal Supremo ante el Juez Supremo de Justicia Coleridge. Tuve el honor de sentarme entre Bradlaugh y Foote con el encargo de preparar para el primero toda clase de referencias así como indicarle, mediante un resumen, los puntos que había de tratar. Los señores Foote y Ramsey entraron custodiados, pero conservaron inalterables su valor y serenidad. Carlos Bradlaugh pidió que se ventilara su causa separadamente, pues negaba toda responsabilidad respecto al periódico y el juez accedió a la demanda. Se probó claramente que él y yo, o sea, "Freethinker Publishing Company" no tenía nada que ver con la publicación del periódico condenado, que lo habíamos publicado hasta noviembre de 1881, pero que rehusamos hacerlo después porque le adicionaron ilustraciones cómicas de la Biblia como tónica del periódico.

Me llamaron por testigo y surgió en seguida una dificultad: el juez me preguntó si el juramento ligaría mi conciencia; respondí que toda promesa me ligaba cualquiera que fuese su forma y después de leves discusiones el juez encontró una puerta de salida preguntándome: "¿La invocación de la Deidad añadirá algo a la promesa de naturaleza coaccionante, representará para Vd. alguna sanción?". Respondí prontamente. "De ningún modo, Señor", y me permitió la simple afirmación. Sir Hardinge Giffard con objeto de perturbarme me sometió a

pesado interrogatorio, pero la perfecta franqueza de mis respuestas inutilizaron sus flechas de astucia e insinuación.

Curiosísimos fueron algunos incidentes del proceso: el discurso de apertura de Sir Hardinge Giffard fue muy hábil, pero poco escrupuloso; tergiversó o pasó por alto los hechos favorables a Bradlaugh y puso en evidencia de seductora manera los que podían perjudicarlo. Una de tantas monstruosas tergiversaciones de la verdad fue la afirmación de que se había hecho el cambio de editor y de registro del *Freethinker* en virtud del proceso de la Cámara de los Comunes. Se había admitido que el cambio de editor se efectuó en noviembre, que el registro se hizo la primera vez en noviembre y no podía cambiarse porque no había otro previamente. La Cámara de los Comunes no estaba reunida en noviembre y la cuestión que se aludía se resolvió el siguiente febrero. Esta deliberada mentira del "defensor de la fe" hasta por sí sola, sin citar una veintena de otras, para mostrar con cuánta perfidia, con cuanta malignidad se esforzaba en asegurar un injusto veredicto.

Terminado su discurso vinieron los testigos. Sir Hardinge no llamó a quienes estaban al corriente de lo sucedido, como el Sr. Norrish, el librero, o el Sr. Wittle, el tipógrafo, y a pesar de estar citados, los evitó cuidadosamente porque no quería que resplandeciera la verdad. En cambio admitió a dos dependientes del procurador, quienes estaban todavía en duda respecto a sus anteriores afirmaciones y que habían comprado infinidad de *National Reformers* y *Freethinkers* con fajos de ellos que no se habían utilizado, pero por los cuales Sir Hardinge confiaba producir la impresión de una enorme criminalidad. Llamó también a un señor del museo Británico, quien mostró dos gruesos volúmenes, al parecer recolecciones del *National Reformer* y *Freethinker*, pero nadie comprendió y menos aún el consejero de la Corona para qué servían. El juez los examinó por encima de sus gafas y los trató despectivamente sin darles importancia. Entró después otro testigo para probar que Bradlaugh estaba inscrito por la tasa en Stonecutter St. lo que nadie negaba y vinieron finalmente dos policías para afirmar que le habían visto entrar, y el juez murmuró: "Supongo que ustedes vieron entrar a mucha gente". En resumen, fue la causa más

infeliz, más débil, más evidentemente maligna que pudo presentarse ante un tribunal.

A pesar de todo no hemos de olvidar un testigo: el señor Woodhams, banquero. Cuando declaró que el Sr. Maloney, consejero mayor de la Corona, había inspeccionado la cuenta corriente del Sr. Bradlaugh corrió por la sala un murmullo de sorpresa e indignación. ¡Oh! ¡Oh!, gritaron los abogados. El juez miró a su alrededor con expresión de incredulidad y por un momento hubo de suspenderse el interrogatorio de los testigos por la agitación que suscitó este incidente. A menos que Sir Hardinge Giffard fuese un espléndido cómico no previó el infame procedimiento porque pareció tan maravillado como el resto de sus colegas.

Merece citarse otro curioso incidente porque muestra mejor que ningún otro cuán rápidamente el señor Bradlaugh comprendía la situación y se adaptaba al medio ambiente. A fin de mostrar por qué no habían llamado al Sr. Norrish, quería leer la destitución que le hizo el Juzgado; el juez hizo una observación y se negó autorizarle para ello. Siguió una pausa en la que se pudo contar hasta cinco y después empezó Bradlaugh: "Bien, creo poder decir que el honorable consejero no ha llamado a Norrish porque..." y manifestó entonces la esencia de la destitución, expuesta como hipótesis.

El juez bajó un momento los ojos y después, ante el hábil cambio de táctica y el feliz logro del fin que se proponía, floreció en sus labios una silenciosa sonrisa difícil de dominar; los abogados rompieron también en un risueño murmullo que invadió hasta el banco del jurado. La única persona impasible fué el defensor que continuó la grave exposición de aquello que se *hubiese podido* pedir a Norrish. Claramente definió el carácter de la defensa: "Os pido que reconozcáis que este proceso es tan sólo una tentativa de venganza, un esfuerzo para oprimir y aplastar a un adversario político, una fase de la lucha iniciada contra mí en el Parlamento en 1880.

"Si el querellante estuviese en el banco de los acusados os mostraría que fue uno de los primeros que formuló contra mí en la Cámara la acusación de impiedad. Desde entonces no he tenido paz hasta el lunes de esta semana. Se han intentado contra mí decretos de multas y procesos de todo género; por fin

el pasado lunes la Cámara de los Lores me declaró inocente de una parte de la acusación y os pido que hagáis lo propio con la otra. Mis electores me han elegido por tres veces y Sir Enrique Tyler quisiera que me mandárais a ellos con la oprobiosa mancha de una condena, no de pública herejía sino de una deshonrosa condena, la de haber mentido en este asunto. No deseo ciertamente que me encierren en una prisión, pero preferiría esto mil veces antes de que mis electores pensaran de mí, ni en un sólo instante, que había mentido para evitar la pena.

”Nadie me acusa de haber escrito o hecho escribir algo determinado, pues como V. E. ha indicado esta mañana no se trata de decidir si son o no impíos los asuntos aquí presentados y si deben o no defenderse. No es mi deber responder a esta pregunta, ni haré sobre ello comentario alguno. No lo es tampoco discutir la sabiduría de las leyes sobre impiedad, si bien no puedo dejar de pensar que si me defendiera contra ellas podría decir que tales leyes son inicuas, indebidamente restauradas y que dañan más a quienes las restauraron que a quienes sufren su peso. Pero no se trata aquí de nada que yo haya hecho, escrito o publicado; se trata de hacerme materialmente responsable de una publicación con la que no tengo relación alguna y os pido que revoquéis esta acusación.

”Siempre que he salido airoso en un ataque me han presentado otro nuevo: primero se confió en anular mi elección y al reeligirme se procuró que quebrara a fuerza de enormes multas y ahora que he conseguido salvarme de los procesos se intenta una nueva acusación. No es cuestión de defender mi herejía, no porque no esté dispuesto a hacerlo cuando se la ataque en debida forma y hubiese en ella algo que la ley condenara, pues nunca me he retractado de sostener lo que había dicho, escrito o hecho; sólo os pido que no permitáis a Sir Enrique Whatley Tyler que no se atreve a presentarse hoy aquí, que obre como el asesino que utiliza un puñal para herir por la espalda a un hombre a quien nunca ha tenido la valentía de afrontar”.

El resumen de Lord Coleridge fue perfecto por su elocuencia, su sentimiento y sus ideas. No se podía imaginar nada más conmovedor que su conflicto entre el verdadero sentimiento religioso aborreciendo la herejía y su determinación de ser justo

a despecho de todo prejuicio; su constante esfuerzo para que sus prejuicios de cristiano no pesaran sobre la mente del jurado y le indujeran a pervertir la justicia; su insistente exhorto para que obraran justamente y no admitieran contra el ateo lo que se hubiese rechazado en otros procesos ordinarios. Nobilísima fue su protesta contra los delitos de opinión y su admisión de las dificultades existentes en las Escrituras hebreas y patético su temor de que, a causa del proceso “los enemigos pudiesen atacar las sagradas verdades”.

Esta elocuente oración pronunciada con bella voz argentina, difícilmente podía superarse por la claridad de sus conceptos, su elevación moral, la nobleza de su estilo. Lord Coleridge hizo a la religión, tan cara a su alma, el servicio de mostrar que un juez cristiano podía ser justo y recto aun con un enemigo de su fe.

Terriblemente ansiosa fue la espera del veredicto y al pronunciar al fin “no culpable” estalló una salva de aplausos que el juez reprobó severa y justamente. Fue el eco del sentir del pueblo que unánimemente condenaba este proceso como inicuo atentado de los enemigos políticos de Bradlaugh para invalidar su carrera política. A este propósito escribía el *Pall Mall Gazette*:

“Cualquiera que sea la aversión religiosa o política que se sienta hacia el Sr. Bradlaugh es imposible, ni aún para sus más acérrimos adversarios, negar la serie de brillantes victorias que ha alcanzado en los tribunales. Su absolución en el proceso del sábado por impiedad fue únicamente la última de las innumerables luchas en las que ha conseguido volver contra sus adversarios en decisiva forma las mismas armas que dirigían contra él. La política que tanto ha persistido de atormentar al señor Bradlaugh ha tenido el aspecto de una mezquina y malévola persecución que estaría muy bien que sufrieran quienes la iniciaron. Las inteligentes y ponderadas palabras del Juez Supremo de Justicia al resumir el proceso deberían considerarse muy cordialmente. Merecen reprobación todos aquellos que quieren pervertir la ley, aunque sea con la mejor intención, pues como dice el apóstol: “Y por qué no decir: hagamos males para que vengan bienes. La condenación de los cuales es

justa”¹. Sin emular la severidad del apóstol diremos que sería satisfactorio que se condenara a los promotores de todos estos procesos al pago de las costas”.

En el proceso por separado de los Sres. Foote y Ramsey, el Sr. Foote también se defendió personalmente con un habilísimo discurso que definió el juez como “muy impresionante”. Lord Coleridge hizo un noble cargo al jurado en el que condenó enérgicamente el sistema de procesar opiniones impopulares manifestando que ningún proceso, excepto por excitar al asesinato, podía incoarse e irónicamente hizo hincapié en la endeble virtud que demostraban los querellantes. “Generalmente estos procesos en lo que son posibles en la Inglaterra del décimonono siglo, son casi inútiles. Aunque tengan un fundamento no puedo menos de admitir que implican para el querellante una forma de virtud muy fácil; es más difícil obedecer quietamente y sin ostentación y poner en práctica en nuestra vida lo que creemos es la voluntad divina. Ciertamente que no es muy sencillo hacer esto y es menos ruidoso; resulta más cómodo, bajo la capa del celo por la honra de Dios, atacar al que discrepa de nuestra opinión, cuya vida puede ser más agradable a Dios y más eficaz que la nuestra. Cuando obra en esta forma una persona cuya conducta no está libre de reproche y que profesa hacia Dios aquella particular forma de celo que consiste en aplicar la ley sobre otro, sin duda alguna suscita en el espectador mayor simpatía hacia el acusado que hacia el acusante. Si quienes así actúan poseen el ingenio de Voltaire, no rehuyen las burlas de Gibbon y se complacen en la ironía de Hume, nos atrae también más el acusado que sus acusadores. Pero si la causa de esta actitud no es la creencia de que Dios necesita nuestra ayuda y se la damos mejor persiguiendo a otros que obrando por cuenta propia, sino un objetivo partidista o político, nada está más lejos de los elevados, religiosos y nobles sentimientos del hombre. Creo en verdad que quien así se manifiesta, no por la honra de Dios, sino para excomulgar a sus semejantes, merece la más desdeñosa desaprobación”.

El jurado no se puso de acuerdo y pronunció el *nolle prosequi*. Las consecuencias de este proceso fueron un aumento de

¹ San Pablo, Rom., III, 8.

miembros en la *National Secular Society*, una mayor difusión de la literatura librepensadora; el logro, por parte del señor Foote, de una posición de gran influencia y popularidad y la inscripción de su nombre en la historia como valiente mártir de la libertad de palabra.

Se olvidarán sus infracciones a las reglas convencionales, pero perdurará su lealtad a las propias convicciones y su valor. La historia no pregunta a los perseguidos por herejía si en algún momento no pronunciaron alguna palabra demasiado áspera; les pide únicamente: "¿Fuisteis valientes en vuestra constancia? ¿Os mantuvisteis fieles a la verdad que veáis?".

Es bueno recordar cuál fue el castigo infligido al Sr. Foote por impiedad: tuvo que pasar 22 horas solo en su celda. Su único asiento era un banco sin respaldo, su única ocupación entretenerse con una esterilla; su cama una tabla con delgadísimo colchón. Sólo durante el último período le permitieron leer algunos libros.

CAPÍTULO XIII

SOCIALISMO

El resto del año 1883 transcurrió trabajando tan asiduamente como siempre: se rechazó la ley sobre la promesa y creció en intensidad la agitación en pro del derecho constitucional; conquistamos la prensa liberal y Carlos Bradlaugh, por su valor, constancia y autodominio, empezó a suscitar la general estimación. El Congreso internacional que se celebró en Amsterdam nos atrajo a la Venecia del Norte donde la Asamblea tuvo gran éxito. Personalmente para mí tuvo aquel año especial interés porque en él empezó a llamarme la atención, aunque parcialmente, el movimiento socialista: escuché una conferencia de Luisa Michel a principios de primavera, me interesó una breve controversia en el *National Reformer*, pero no me había aún ocupado de la base económica del socialismo. Estaba convencida de que la tierra había de ser propiedad pública pero no profundizaba las causas económicas de la miseria, aunque el problema afectaba vivamente a mi corazón y a mi cerebro; nada sabía de la doctrina socialista, pues únicamente estudié en mi juventud las obras de los antiguos economistas ingleses. En 1884 se me presentó la oportunidad de ocuparme seriamente de aquel problema y quizá debiera empezar el informe de este año con las palabras de salutación que dirigí a los lectores del *National Reformer* en el primer número: "Nadie puede decir qué clase de pruebas reserva a nuestro valor el año que empieza, qué clase de esfuerzos exigirá a nuestra resistencia, qué clase de experiencias a nuestra lealtad; pero lo que sí sabemos es que toda prueba de valor felizmente superada, todo esfuerzo de resistencia con firmeza mantenido, toda

experiencia de lealtad noblemente afrontada aumenta la osadía del valor, la intensidad de la resistencia, la sinceridad de la lealtad. Por amor a nosotros, pues, y por amor al mundo yo no deseo, amigos, que el año 1884 carezca de luchas y fatigas, pero sí deseo para todos un corazón y una paciencia de héroe para resistir en la lucha en pro del enaltecimiento del mundo que debemos afrontar.”

El 3 de febrero llegó a mis manos por primera vez un periódico titulado *Justice*, donde aparte de atacar a Carlos Bradlaugh, publicaba una reseña de una reunión de la Federación Democrática, no todavía *Social Democratic*; en ella se decía que un individuo había afirmado, sin suscitar aparente contradicción, “que para la clase obrera los fines justificaban los medios.” Protesté enérgicamente contra la defensa de medios criminales declarando que quienes incitaran a emplearlos eran los peores enemigos del progreso social.

Pocas semanas después el *Echo* transcribía un discurso del Sr. Hyndman en que se profetizaba una “revolución más sangrienta” que la de Francia, y en virtud del cual parecía que el éxito del socialismo se apoyaba en la extinción de la cultura intelectual. Comenté también este discurso y tuve la satisfacción de comprobar una semana después que el *Justice* publicaba un párrafo muy sensato condenando la defensa de la violencia, pero no la libre agitación.

La primavera se caracterizó por dos acontecimientos sobre los que no tengo ni tiempo ni espacio para ocuparme: la dimisión de Carlos Bradlaugh de su cargo en la Cámara en vista de la reiterada deliberación de excluirlo y su triunfal retorno por cuarta vez con la enorme mayoría de 4.032 votos, mayor número de cuantos se habían reunido en la elección general, y la libertad del Sr. Foote de la cárcel de Holloway el 25 de febrero de donde salió escoltado por un cortejo de unos cuatro kilómetros de longitud. El 12 de marzo se celebró una magnífica recepción en honor suyo y de sus compañeros de prisión en el Hall de la Ciencia donde recibieron valiosísimos testimonios de afecto.

Volviendo de nuevo al Socialismo diré que el debate en el *St. James Hall* de Londres entre el Sr. Bradlaugh e Hyndman el 17 de abril me inclinó a estudiar seriamente los problemas

que se suscitaron. El socialismo no tenía en Inglaterra otro devoto y desinteresado defensor que Enrique Hyndman, hombre de vasta y profunda cultura, de pluma hábil y fascinadora, dotado de un talento que le hubiera enriquecido en cualquier carrera que hubiese abrazado y dispuesto a sacrificarse sin una queja por la causa del pueblo. Soportaba el desprecio de los extraños, la sospecha y la acritud de aquéllos a quienes servía y, a pesar de que le rodearan toda clase de tentaciones para traicionar al pueblo, nunca faltó a su propia integridad. Verdad es que pronunciaba durísimas palabras, que la arrastraba la pasión y la descortesía, pero siempre en la raíz de sus más furiosas frases se encontraba su amor hacia el pueblo y su simpatía hacia el doliente y ninguna de ellas perjudicaba la fidelidad con que servía a su causa. Personalmente tengo con él una deuda de carácter mixto: con su amargo e injusto antagonismo hacia Bradlaugh me alejó del socialismo durante algún tiempo, pero fue él quien en su discurso de St. James's Hall, a pesar de mi indignación por su injusticia, me hizo sentir que el socialismo era algo más práctico de lo que había imaginado, especialmente cuando leí su reseña lejos de la mágica presión que ejercía la elocuencia y el magnetismo personal de Bradlaugh.

Fue muy sensible que los socialistas ingleses desde el principio de su movimiento, trataran a Bradlaugh tan desconsideradamente, pues esto motivó que todos sus amigos se alzaran contra los socialistas antes de examinar sus argumentos. Yo misma debo confesar que mi profunda adhesión a él me indujo en un principio a ser injusta con sus enemigos socialistas, y a menudo les atribuí calculada malignidad cuando únicamente se trataba de opinión precipitada o prejuiciosa. Añádase a esto las barreras que el mismo Hyndman creaba con su indómita violencia, sus constantes interrupciones en los discursos de sus adversarios, su falta de atención en el hablar y en el obrar. Cuando conocí mejor el partido socialista encontré que sus oradores eran jóvenes sobrecargados de trabajo y mal pagados que dedicaban sus contados momentos de solaz en aprender, educarse, disciplinarse y empecé a perdonar sus errores, fruto de un amargo sentimiento de injusticia y de la terrible coacción que nuestro sistema social ejercía sobre sus caracteres no

bastante fuertes ;cuán pocos lo son! para soportar el tormento de la injusticia sin perder el equilibrio de la imparcialidad. Nadie, excepto quienes laboraron con ellos, puede saber la verdadera nobleza, el heroísmo, la abnegación, el espíritu de renuncia y fraternal afecto que existía entre los socialistas demócratas.

En esta época conocí a uno de los más insignes e irritables escritores socialistas, George Bernard Shaw; tenía talento suficiente para "provocar" el entusiasmo de los más ardientes, e irresistible pasión para hacerse pasar por un bellaco. La primera vez que le oí hablar en la tribuna del *South Palace Institute* se describía a sí mismo como un "holgazán" y habló muy agriamente de él en el *Reformer*, pues los holgazanes eran la gente que yo más detestaba. Pero descubrí después que era muy pobre, pues como escritor de principios prefería dejar morir de hambre a su cuerpo antes que a su conciencia; que dedicaba su tiempo y su trabajo a la difusión del socialismo pasando las noches en los clubes de obreros, y que el adjetivo "holgazán" era solamente un modo gracioso de indicar que carecía de oficio manual.

Hube naturalmente de excusarme por mi acerba e injusta crítica, aunque particularmente me sentí humillada por haber caído en tal error. En el intervalo me inclinaba cada día más hacia la política y la condición social del pueblo. En junio protesté contra Juan Lubbock por la ley que fijaba en 12 horas diarias el límite de trabajo. Escribí: "Es brutal una jornada de 12 horas y si la ley fija tal límite como justo se convertirá en costumbre; declaro que el "día legal" ha de ser de 8 horas durante cinco días de la semana y no más de cinco horas en el sexto; y que aun considero esto excesivo cuando se trata de un trabajo agotador."

Por todas partes crecía la controversia socialista y yo escuchaba, leía, pensaba mucho y hablaba poco. La entrada de Juan Robertson en la redacción del *Reformer* nos puso en íntimo contacto con un socialista de elevada inteligencia y poco a poco encontré que la causa socialista era intelectualmente justa y éticamente bella. Mostré la dirección de mi pensamiento con mi insistente demanda de que los niños de la escuela popular estuviesen bien nutridos, es decir, tuvieran cantinas escolares.

Empecé una campaña contra el sistema de la instrucción combinada con el hambre y preguntaba: “¿Por qué las gentes han de creer que se las trata como a mendicantes por el mero hecho de dar a sus niños alimento gratuito y en cambio aprovechan, sin considerarlo humillante, los servicios públicos como policía, salubridad, alumbrado, pavimentación, etc.?” El socialismo con su espléndido ideal conmovía a mi corazón en tanto que la solidez económica de sus bases convencía a mi cerebro.

Dediqué toda mi vida al progreso del pueblo, a la ayuda del hombre y esto me lanzó a la esperanza de una fraternidad social que hiciera posible para todos una vida más libre. Hasta entonces había buscado mi camino y lo encontré ante mí mostrándome la anhelada meta. Por el extracto de un artículo que publiqué la segunda semana de enero de 1885 pueden ver los lectores la impetuosidad de los sentimientos que brotaban de mi corazón: “¿Caridad Cristiana? ¡La conocemos todos! Da un quintal de carbón y cinco libras de carne una vez al año a una familia cuyo jefe ganaría cien veces la limosna concedida si la justicia cristiana le remunerara con salario equitativo a la labor realizada. Ella despoja a los obreros de la riqueza que acumula y después les echa como “caridad” una milésima parte de lo que produjeron. Construye hospitales para pobres después de haberlos envenenado en sus fábricas, oficinas o talleres infectos; funda asilos para las criaturas a quienes ha robado toda energía, toda esperanza, toda felicidad. La Srta. Conne nos exhorta a admirar la civilización cristiana y solamente vemos holgazanas que se adornan con vestidos confeccionados por las trabajadoras y un espléndido atavío empapado en las lágrimas, las penalidades, los agravios y la irremediable miseria del pobre.”

Este primer mes de 1885 me acarreó el primer ataque por mis tendencias socialistas del Sr. W. P. Ball quien escribió al *Reformer* deplorando el párrafo que acabo de citar en el que defendía la institución de cantinas escolares. Se suscitó breve controversia en la que mantuve mi opinión sin presentarme aún como “socialista de corazón”. En verdad me resistía a declararme públicamente defensora del socialismo a causa de la actitud hostil que había adoptado hacia Bradlaugh en cuya naturaleza fuerte y obstinada, alimentada de un individualis-

mo independiente, no hacían mella los argumentos de la joven generación. Él no podía cambiar sus métodos porque una nueva tendencia apareciera en público y no vió cuán diferente era el socialismo de nuestros días de los ensueños socialistas del pasado, nobles ideales de un porvenir no inmediatamente realizable, pero que debía elaborarse para que fuese posible en lo venidero. ¿Podía tomar pública parte en un movimiento que me desuniría del más caro amigo, con quien existía tan fuerte y tierno lazo? Mi afecto, mi gratitud, todo se rebelaba contra la idea de trabajar con quienes le trataron tan indignamente; pero el grito de niños muriendo de hambre, el gemido de mujeres envenenadas en industrias malsanas, arrastradas hacia la prostitución por el hambre, envejecidas y macilentas por un incesante trabajo resonaban continuamente en mis oídos. Vi que su miseria era consecuencia de un pésimo sistema e inseparable de la propiedad privada de los instrumentos productores de riqueza; que mientras el obrero fuera únicamente un instrumento que vendiera su labor bajo la ley de la oferta y la demanda estaba condenado a permanecer irremisiblemente en las garras de los patronos, y que toda la combinación comercial no hacía sino aumentar la lucha, necesaria naturalmente como arma de defensa, pero símbolo de guerra en vez de cooperación fraterna de todos para bien de todos.

No podía durar mucho un conflicto interior de tal género, conflicto entre un lazo personal y un deber, y con el corazón transido de dolor me resolví a profesar abiertamente el socialismo y a trabajar por él con todas mis energías. Afortunadamente Bradlaugh era tan tolerante como fuerte y permaneció inalterable nuestra amistad personal, pero desde entonces nunca más sintió la misma confianza en mis juicios ni me consultó sobre su política como lo había hecho desde que nos estrechamos las manos.

Mostré claramente mi posición con una serie de artículos en *Our Corner* sobre "Redistribución del poder político", "Evolución de la sociedad" y "Socialismo moderno". "Contra aquellos que alaban el presente estado social con sus injustamente ricos y sus injustamente pobres, sus palacios y sus tugurios, sus millonarios y sus mendigos nos alzamos a proclamar que hay en la vida un ideal más elevado que el de ser superior a

nuestros semejantes por nuestra riqueza y más afortunado en la lucha por el dinero. Declaramos resueltamente que la salud, el bienestar, el descanso, la cultura suficiente para cada individuo es mucho más deseable que la lucha afanosa por la existencia, el furioso atropello del débil por el fuerte, las enormes fortunas acumuladas con la fatiga ajena y que heredan quienes nada hicieron para ganarlas. Sea nuestro propósito mantener que la grandeza de la nación no depende del número de sus acaudalados propietarios, de la riqueza de sus capitalistas o del esplendor de su aristocracia, sino de la ausencia de pobres entre el pueblo, de la educación y refinamiento de las masas, de la generalidad de los goces de la vida... Que para todos haya trabajo, reposo y júbilo; para nadie mucho ni para nadie poco: tal es el ideal social, y mejor es luchar dignamente por ello y fracasar, que morir sin haber combatido en ningún sentido.”

Noté después la diferencia entre los métodos del socialista y del individualista radical e invoqué el acuerdo entre aquéllos que constituían las alas del ejército del partido laborista, la unión de todos los obreros contra los ociosos, pues la debilidad del pueblo ha radicado siempre en sus divisiones, en la facilidad con que un grupo dirigía sus armas contra otro en lugar de hacerlo contra el enemigo común. Al atacar a las clases privilegiadas olvidaban éstas sus discordias y presentaban a los asaltantes un frente compacto; solamente entre el pueblo proseguían las luchas intestinas a pesar de haberse declarado la batalla entre ellos y la clase privilegiada.

Me esforcé, como muchos otros, en que resonara en los oídos de los irreflexivos y negligentes el clamor de los sufrimientos del pobre procurando que sintieran su miseria. Así, en la descripción de los barrios bajos de Edimburgo decía: “He visto en una “casa” construida aprovechando parte de un pasaje sin ventanas y, en la que se necesitaba tener siempre encendida una lámpara de petróleo lo que gravaba el presupuesto, una familia de tres personas: marido, mujer e hijo cuya triste suerte no era por cierto culpa suya. El hombre, alto y bronceado, sufría del corazón; no podía encargarse de un trabajo fatigoso y era por otra parte demasiado rústico para uso ligero. Después de días de inútiles investigaciones, se sentó en su

oscura y angosta covacha, cuidando pacientemente a su mísero y escrofuloso hijo. Los casos de desesperado sufrimiento desgarraban el alma: en una habitación yacía un niño agonizando de fiebre consuntiva por falta de nutrición. "No tiene padre" sollozó la madre y no abarqué, en aquel momento, todo el alcance de aquella frase, o sea, que el padre había echado sobre la madre la carga de un hijo ilegítimo. En otra, había el cadáver de una madre rodeada de sus hijos hasta que mujeres de grosero aspecto, pero de corazón bondadoso, vinieron a buscar a los huérfanos para dejarlos en sus camas ya demasiado repletas. En otra, había una mujer encogida y pálida acurrucada cerca del débil resplandor de unas ascuas de fuego. Con aquella patética resignación de lo inevitable, tan común entre los pobres, me dijo: "Muerdo de un cáncer en la matriz". Me senté junto a ella durante unos minutos y cuando me levanté añadió: "Vuelva Vd. de nuevo, querida; ¡es tan triste estar sola todo el día!".

Terminé el artículo que contenía estas y otras descripciones con las siguientes palabras: "Al pasar de los barrios bajos a las calles de la ciudad, sólo unos pasos separan el horror de la belleza y sentí, más intensamente que nunca, el temeroso contraste que existe entre la suerte de los hombres y con mayor insistencia pareció que resonaba en mis oídos la pregunta: ¿No hay remedio? ¿Han de haber siempre ricos y pobres?" Algunos afirman que sí, que el palacio y el tugurio han de existir como la luz y la sombra, pero yo no lo creo. Yo creo que la pobreza es resultado de la ignorancia y de la viciosa organización social y que por tanto puede desarraigarse mediante el conocimiento y la reforma social. Admito que no hay esperanza para muchos moradores, ya adultos, de estos tugurios; ¡pobres víctimas de una civilización que oculta su brutalidad bajo un barniz de cultura y de gracia! Para ellos individualmente no hay salvación, pero sí en cambio para sus hijos. Un ambiente saludable, buena nutrición, educación moral y física, mucho juego y trabajo cuidadosamente escogido: todo esto puede salvar a los jóvenes y prepararlos para una vida feliz. Pero se les deja crecer al igual que sus progenitores y aun cuando disfruten de unas horas de escuela, el hogar neutraliza en gran parte los efectos de la educación. Se da con mala voluntad

escasa ayuda, la instrucción está poco difundida y es apenas elemental. Sin embargo, cada uno de estos niños tiene ante sí esperanzas y temores, posibilidades de virtud y de crimen, una vida constructiva o destrozada. Dedicamos importantes sumas a los generales y nobles; mantenemos a expensas de la caridad nacional, pobres de elevado nacimiento; malgastamos a manos llenas tesoros para el ejército y la marina, para erigir iglesias y palacios, pero regateamos medio penique cuando se trata de acrecentar el término medio de educación y nos oponemos a las demandas de construcción de casas decentes para el pobre. Encubrimos nuestra falta de corazón, y nuestra pasividad con hermosas frases en las que manifestamos nuestros temores sobre la independencia del pobre y la ofensa de su dignidad. Con repugnante hipocresía reparamos el palacio de un príncipe para que en él viva libre de alquiler sin una palabra sobre la inmoralidad que significa vivir de limosna en tal forma, y tememos tratar de mendigos a los obreros si les construimos edificios decentes donde puedan morar, no gratis como el príncipe, sino pagando el alquiler que sufrague los gastos de construcción y mantenimiento de una casa sin dar anualmente provecho a un especulador. Y así crece la miseria, año tras año, y toda populosa ciudad tiene en su seno un cáncer que roba su vitalidad y envenena la sangre de su vida. Toda gran ciudad alimenta en sus barrios bajos una raza que degenera hacia el estado del salvaje y del bruto, un bruto más peligroso que otro cualquiera, pues el hombre degenerado tiene una posibilidad de mal que está más allá de la bestia salvaje.

“Si no es por amor, sea por miedo; si no es por la idea de justicia y piedad humanas sea por el mero deseo de conservación. Apelo al sabio y al prudente a que busquen el remedio que ha de curar los males que afligen a la sociedad, antes de que la inocencia se transforme en furor y la estúpida paciencia se desvanezca ante la ira y ellos “aprendan al fin, en una hora salvaje, a cuanto los desdichados se atreven”.

Me adherí a la “Fabian Society” porque se presentaba menos violenta hacia los radicales que las otras dos organizaciones socialistas y trabajé en ella intensamente como oradora y conferenciante. Sidney Webb, G. Bernard Shaw, Hubert Bland y su esposa, Graham Wallas y muchos otros, consagraron su tiem-

po y trabajo a la propaganda del ideal socialista; a la difusión de las sanas doctrinas económicas; al esfuerzo para convertir la energía del obrero en una reforma social, en lugar de una mera actividad política. Dábamos conferencias en clubes de obreros, dondequiera que tuviésemos un auditorio hasta que, introduciendo el ideario socialista en el radicalismo londinense y tratando a los radicales como socialistas en ciernes más bien que como antisocialistas, conquistamos el radicalismo en beneficio del socialismo.

Hacíamos circular preguntas que se formularían ante todos los candidatos al parlamento y otros empleos, excitamos el interés por las elecciones locales, educamos a hombres y mujeres en la comprensión de las causas de su miseria y ganamos reclutas para el ejército de propagandistas entre los más jóvenes de la clase media. Si la clase obrera de Londres es hoy día tan socialista, se debe principalmente a los años de actividad que le consagraron los miembros de la "Fabian Society", así como a la admirable, aunque a veces demasiado militante energía de la Federación Social Democrática y a la devoción de aquel noble y generoso genio que se llamó William Morris.

Durante aquel mismo año 1885, se inició también en Inglaterra un movimiento que tenía por objeto atraer la atención del público sobre los terribles sufrimientos de los prisioneros políticos rusos, y se decidió en una reunión celebrada en mi casa, constituir una sociedad de amigos de Rusia para que propagara una información exacta y cuidadosa sobre las condiciones de aquel país. En esta reunión se hallaban presentes: C. Bradlaugh, "Stepniak", y muchos otros. Actuaba como secretario de honor E. R. Pease. Es digno de hacer notar que algunos ilustres desterrados rusos, tales como Kropotkin, sostenía que ni el Zar estaba informado de lo que ocurría en el país, pues era víctima de la burocracia que le odecaba.

Con el pasar de los meses, las autoridades aumentaron las medidas para impedir que los socialistas hablaran en público. Los cristianos, librepensadores, los del ejército de salvación, agitadores de todas clases disfrutaban de la libertad de hablar, pero se había organizado una regular cruzada contra los socialistas. Los periódicos, tanto liberales como conservadores, condenaron el sistema de atacar las reuniones socialistas que se

celebraron el mes de septiembre en Dod Street; los promotores, miembros de la Federación Social Democrática, mantuvieron firme calma y les apoyaron muy bien otros socialistas y clubes radicalistas. Me ofrecí voluntariamente a hablar el día 4 de octubre, el primer domingo que me encontraba en Londres después de haber empezado el proceso y encarcelamiento de los oradores, pero fue tan decidida la actitud del público el precedente domingo, que se retiró toda intervención policíaca.

Hubert Burrows habló en favor de la Escuela popular el mes de noviembre de aquel año y encuentro en el *Reformer* un párrafo en el que le auguraba de todo corazón el éxito, especialmente porque había sido el primer candidato que había presentado una demanda para la educación industrial. En ésta, como en muchas otras proposiciones prácticas, los socialistas fueron los zapadores del progreso. Obtuvieron 4.232 votos, a pesar de la furiosa oposición del clero como librepensador, de los publicanos como abstemio, de los conservadores del presente orden social como socialista. Su lucha contribuyó mucho a hacer posible mi éxito en 1888.

En aquel mismo otoño empezó también con la campaña por el derecho de reunión, la lucha para ayudar a los obreros en sus procesos procurándoles fianza y defensa legal. El primer caso en el que presté fianza fue el de Lewis Lyons a quien el Sr. Saunders, del Tribunal de Policía del Támesis, envió a la cárcel por dos meses con trabajos forzados. ¡Largas horas de oprimente y penosa espera antes de ver a mi prisionero! ¡Qué espectáculo de vicio, qué repugnantes pormenores de depravación humana llegaron hasta mis ojos y mis oídos! Conseguí al fin llevarme triunfante a Lyons y los magistrados de Middelsex anulaban la condena en virtud de su declaración de que las pruebas eran “confusas, contradictorias y sin valor.” Si no hubiese sido por nosotros que ofrecimos la fianza y procuramos los medios para una apelación, Lewis Lyons hubiese tenido que soportar la dura sentencia. En este asunto obré siguiendo las insinuaciones y advertencias de Bradlaugh, mi consejero durante las agotadoras luchas que duraron hasta 1888, pues puso a mi disposición sus vastos conocimientos jurídicos, aunque a menudo desaprobaron mis actos por juzgarlos quijotescos.

Se celebró aquel otoño la elección general y Northampton eligió al Sr. Bradlaugh por quinta vez terminando al fin la larga lucha. Prestó su juramento el siguiente enero al ocupar su escaño, pero se anunció en seguida un proyecto de ley para conceder, a quien lo solicitara y bajo cualquier circunstancia, el derecho a la promesa. Obtuvo un número de votos, 4315, superior a todos los que había reunido anteriormente, y entró en el Parlamento con el prestigio que le daba la lucha sostenida. Inmediatamente se encontró en primera línea como una potencia que la Cámara reconocía.

El Presidente Peel puso rápidamente término a una tentativa de obstrucción: Sir Michael Hicks Beach, el Sr. Cecil Raikes y Sir John Hennaway escribieron al Presidente pidiendo su intervención, pero este declaró que carecía de autoridad y derecho para intervenir entre un miembro debidamente elegido el deber de tomar el juramento que el estatuto prescribía. Así se ultimó la lucha constitucional de seis años que dejó al vencedor casi arruinado de salud y dinero y le condujo prematuramente a la tumba. Vivió lo suficiente para justificar su elección, demostrar su valía ante la Cámara y el país, pero no lo bastante para rendir a Inglaterra todos los servicios que su larga experiencia, su vasta cultura, su valor y su probidad lo hacían tan eminentemente capaz de ofrecer.

Our Corner es actualmente de gran ayuda para la propaganda socialista y sus "notas socialistas" que aparecen mensualmente se han convertido en un resumen del progreso socialista en todos los países. Estuvimos ocupadísimos durante la primavera en organizar un Congreso para discutir "el presente sistema comercial y la mejor utilización de la riqueza nacional en beneficio de la comunidad", y lo celebramos con gran éxito en *South Place Institute* los días 9, 10 y 11 de junio. Dedicamos el primero al tema: "Utilización de la tierra", el segundo a: "Utilización del capital" y el tercero a: "Política democrática". El día 9 Bradlaugh habló sobre la utilización de las tierras incultas demostrando que en un país de gran densidad de población nadie tenía derecho a retener incultos terrenos feraces, y que donde los hubiese era conveniente la expropiación forzosa a fin de que el Estado pudiese cederlos a quien los cultivara. Entre los oradores figuraban: Eduardo

Carpenter, Guillermo Morris, Sidney Webb, Juan Robertson, Guillermo Saunders, W. Donnisthorpe, Eduardo Aveling, Carlota Wilson, la señora Fenwick, Miller, Hubert Bland, el Dr. Pankhurst y yo, hombres y mujeres que veníamos de diversos campos para comparar distintos métodos y así ayudar a la causa de regeneración social.

Algunos radicales del partido librepensador me dirigieron ásperos ataques por mi defensa del socialismo y recuerdo que me calificaron de "San Atanasio con faldas" y me trataron como si tuviera "los sesos de merengue". En esta misma crítica cortés se hacía notar: "He sentido que la señora Besant haya obrado como muchas mujeres bajo la influencia de su última amistad masculina respecto a sus opiniones económicas"; y fui lo bastante insensata para romper una lanza en mi defensa. No había comprendido aún que la propia defensa es una pérdida de tiempo que puede ser empleado trabajando para otros y seguramente ahora no me molestaría en escribir un párrafo como el siguiente: "Tan pronto como un hombre, para desacreditar los argumentos de una mujer, alude a su sexo, prueba al lector inteligente que no sabe responder a los argumentos en sí mismos. Pero ciertamente estos malignos escarnios sobre la habilidad femenina han perdido ya su eficacia, y hace sonreír la estúpida "presunción masculina" del escritor. Puedo agregar que tales dardos están embotados para mí: una mujer que por sí sola salió del cristianismo y liberalismo político y se lanzó al librepensamiento y radicalismo; que abandonó todos sus viejos amigos, masculinos y femeninos, antes que renunciar a las creencias por las que luchara en su soledad; que, de nuevo, al entrar en el socialismo activo discrepó de los puntos de vista de su más íntimo "amigo masculino", tal mujer puede efectivamente equivocarse en sus acciones, pero me parece que puede reclamar, sin orgullo, el reconocimiento de su independencia de juicio. Declaro que no hice amistad con uno solo de mis actuales compañeros socialistas, masculinos y femeninos, hasta después de haber abrazado el socialismo." Párrafo insubstancial como lo son todos los de propia defensa y además nocivo porque toda réplica alimenta la lucha. Pero no había conquistado aún el dominio que permite apreciar el justo valor de los juicios ajenos, que prescinde de la alabanza y vituperio; no

había aún comprendido que el mal no se evita con el mal, ni la cólera con la cólera; las palabras del Buda: "Nunca el odio desaparece con el odio; el odio se vence con el amor", no constituían aún la ley a la que después me esforcé en obedecer.

El año 1886 fue terrible para la clase trabajadora: doquiera reducción de salarios, doquiera aumento de obreros sin trabajo. Hojeando las páginas de *Our Corner* encuentro las "notas socialistas" con la misma cantinela: "En tal localidad se han rebajado los jornales; en tal otra han quedado tantos hombres sin trabajo a causa de la crisis comercial." Nuestro corazón se constreñía a medida que el estío se retiraba ante el otoño y el invierno nos amenazaba con agregar al hambre los sufrimientos aún más terribles del frío. La agitación en pro del jornal de ocho horas se agudizaba, en tanto que aumentaba el número de los desocupados. En el precedente invierno me había dicho un obrero robusto y pacífico: "Ya no podemos más; la carne y la sangre no pueden resistir y aún quedan dos meses de frío." Y otro con feroz sonrisa: "Tanto vale morir de hambre en el ocio como trabajando." Por todas partes penetraba el espíritu del tétrico descontento, plenamente justificado por las circunstancias. Pero ¡ah!, cuán pacientes eran la mayor parte; cuán triste y dolorosamente pacientes. Podían compararse al Cristo crucificado. Las injusticias que encendían de indignación mi corazón y mi palabra las soportaban como cosa natural. ¡Oh ciego y poderoso pueblo, hacia vosotros venía mi corazón! ¡Te pisoteaban, te escarnecían, a tí, que pedías tan poco y tanto necesitabas; que tan sentidamente agradecías los menudos servicios que tan afectuoso y fiel te presentabas ante quienes te ofrecían sus insignificantes auxilios, su amor impotente!

Cada día crecía más hondo en mi interior el deseo de socorrer, de sufrir por otros, de salvarlos. Por largo tiempo renuncié a mi reputación social; renunciaba ahora con fervor creciente a mi reposo, a mi comodidad, a mi tiempo; se fortalecía el ardor de la piedad nutrido por un nuevo sacrificio y cada sacrificio me acercaba al umbral de la puerta más allá de la cual se extendía el sendero de la renunciación que nunca hubiera soñado y que únicamente recorrían quienes estaban dispuestos a prescindir de sí mismos por amor a la Humanidad, a renunciar por Amor, a la gratitud de aquéllos a quienes

se hubiera servido, a sepultarse en las tinieblas si sus almas podían servir de pábulo a la Luz del Mundo.

A medida que entrábamos en los cortos días de invierno aumentaba el sufrimiento de los desocupados, menudeaban sus reuniones y se intensificaban los murmullos de descontento. La Federación Social Democrática promovió una agitación pública, no exenta de desaciertos como todo lo humano, pero saturada de espíritu de valor y abnegación. El Gobierno adoptó el sistema de interrumpir las reuniones socialistas, en tanto que toleraba las de otra clase, llegando a retener en la cárcel durante dos meses por el mero hecho de hablar en público a Juan Williams, orador fogoso que había resistido la patética lucha con paciente heroísmo. Sufrió entonces tan horriblemente de hambre que salió de la cárcel con la salud quebrantada para siempre.

Apuntaba el 1887, año que había de terminar tan borrascoamente. Todos los socialistas se dedicaban a proteger a los desocupados, ora recurriendo a las Juntas de beneficencia para conseguir un trabajo remunerativo a quienes pidieran ayuda, ora presentando ante el consejo de administración local proposiciones prácticas para aprovechar las productivas energías de los desocupados, ora circulando insinuaciones a los municipios y otros cuerpos representativos locales para conseguir medidas curativas. Me absorbió muchas energías una discusión oral que duró cuatro días con el Sr. Foote y otra escrita con el Sr. Bradlaugh, las cuales ayudaron al proceso educativo al que estaba sujeto la opinión pública. Ambos debates circularon profusamente en forma de folletos. En *South Place Institute* se organizaron una serie de discusiones entre oradores representativos de diversos partidos y en él sostuve acalorada discusión con el Sr. Corrie Grant con la tesis de "que la existencia de clases que viven de ingresos no ganados produce un daño a la comunidad y a ello tendría que poner fin la legislación". Durante la turbulenta primavera sostuve otra discusión en el *National Reformer* con el Rev. G. F. Handel Rowwe y sobre la proposición:

"El ateísmo es lógicamente sostenible y existe un sistema ateo satisfactorio para servir de guía a la conducta humana."

Así transcurrían los meses y la amenaza de la miseria se

hacía cada vez más apremiante hasta que en setiembre escribí: “Una cosa es evidente: o la sociedad debe interesarse por los desocupados o éstos se interesarán por la sociedad. La perspectiva social se presenta muy borrascosa y no han de considerarse como los peores enemigos de la comunidad aquellos que buscan algún camino por el cual la nave del Estado entre en aguas más tranquilas.”

Entre tanta tempestad no faltaba alguna menuda diversión que se presentó bajo la forma de una especie de “Parlamento” en Charing Cross donde discutimos animadamente las palpitantes cuestiones del día. En él organizamos un compacto partido socialista, provocamos la caída del Ministerio liberal, tomamos las riendas del Gobierno y después de un discurso de la Reina en el que S. M. se dirigió a sus fieles diputados con una franqueza de palabra nunca oída desde el trono, presentamos proyectos de Ley de carácter decididamente heroico. G. Bernard Shaw como presidente del consejo de administración local y yo como Ministro del Interior intervinimos en la crítica de algunas medidas demasiado enérgicas.

La celebración de un Congreso internacional del Librepensamiento en Londres nos obligó a un pesado trabajo en el que nos apoyaban los intelectuales. En octubre sostuve otra discusión por escrito, la quinta de aquel año sobre: “Las enseñanzas del cristianismo”. En aquel mismo mes sobrevino un cambio para mí doloroso, pero justo: dimití del lucrativo cargo de codirectora del *National Reformer* y el número del 23 de octubre llevó únicamente el nombre de Carlos Bradlaugh. El cambio no influyó en mi actuación en la revista, pero me convirtió en mera colaboradora, si bien continuando como copropietaria. La razón no puede expresarse más exactamente que con el párrafo que escribí entonces: “Durante largo tiempo y últimamente en mayor número he recibido quejas de varios puntos con motivo de la incertidumbre e inconveniencia que produce la diferente opinión política de los directores de esta revista en materia de socialismo. Meses ha que había propuesto salvar esta dificultad retirándome de la dirección, pero mi colega, con su característica liberalidad, me rogó que suspendiera la proposición a fin de ver si las cosas se acomodaban por sí mismas. En lugar de

ser así cada día crece el obstáculo y ambos opinamos que nuestros lectores tienen derecho a que se resuelva.

“Cuando entré en la codirección de este periódico yo no era socialista, y aunque considero el socialismo como necesario y lógico resultado del radicalismo que el *National Reformer* ha enseñado durante tantos años, creo sin embargo que al declararme socialista he dado un nuevo paso, y como sea que la separación parcial de mi política de la de mi colega ha sido obra mía y no suya, a mí me corresponde retirarme. En una mayor esfera de acción estamos de acuerdo y es probable que permanezcamos unidos en el porvenir; pero ya que el socialismo se convierte en una cuestión de política práctica y las diferencias teóricas tienden a producir diferencias de conducta; ya que una revista política ha de tener un programa único de política práctica, es natural que constituya para mí grave inconveniente el permanecer en mi cargo de codirectora. Adopto, pues, de nuevo mi primitiva posición de colaboradora, liberando al *National Reformer* de toda responsabilidad sobre mis propias opiniones.”

A esto agregó Bradlaugh lo siguiente: “Necesito manifestar con verdadera pena cuán vívidamente lamento que la Sra. Besant se vea obligada a dimitir de su cargo de codirectora de este periódico y cuánto dolor experimento al aceptar la ruptura de una situación en la que ella ha prestado tan enormes servicios al librepensamiento y a la causa radical. Confío que el *National Reformer* no perderá nunca la eficiente ayuda de la mente y la pluma de tan valiosa colaboradora. Durante trece años esta revista se ha enriquecido por su incesante y utilísima actividad. Convengo con ella en que un periódico ha de tener una política directiva bien definida y creo este requisito tanto más necesario cuanto, como en el presente caso, todos los colaboradores disfrutaban de la máxima libertad de expresión. Reconozco plenamente el espíritu de abnegación que animó a la Sra. Besant al escribir las líneas que preceden a las mías. — Carlos Bradlaugh.”

Fue duro romper un vínculo que tan caro había costado trece años antes, pero era justo. Quien efectúa un cambio que implica sufrimiento está obligado, por honor y deber, a cargar sobre sí, el sufrimiento tanto como pueda; no ha de permitir

que su sacrificio recaiga sobre otros ni pagar su rescate con moneda ajena. El honor ha de gobernar la vida que tienda hacia el Ideal, pues la fe quebrantada sobre este punto constituye la única verdadera infidelidad.

Había otra razón que me imponía el cambio y que no me atreví a manifestar a Bradlaugh porque su lealtad le hubiese determinado resueltamente a no aceptar la dimisión. Había observado el rápido cambio de la opinión pública en su favor, que los liberales, antes retraídos, se acercaban a él y percibí que me consideraban como una obstrucción y una carga, y que si mi personalidad se eclipsaba ante él, le sería más fácil hollar el camino. A causa de esto me retiré suavemente; no le acompañé en las reuniones, pues mi colaboración en público le era más bien perjudicial que útil. Mientras todos le rechazaban y odiaban me sentía orgullosa de estar a su lado, pero cuando los amigos de la prosperidad se agrupaban a su derredor, comprendí que le servía mejor desapareciendo, si bien nunca le amé más intensamente que cuando estuve separada de él. Proseguí inalterable mi labor literaria y ningún cambio de opinión perturbó su amabilidad hacia mí; sólo poco después, cuando entré en la Sociedad Teosófica, perdió la confianza en mi facultad de razonamiento y juicio.

Durante el mismo mes de octubre los desocupados comenzaron sus manifestaciones callejeras y la dureza de la policía provocó algunas revueltas. Sir Carlos Warren pensó que era su deber hacer intervenir la guardia en las reuniones públicas, como se acostumbraba en el continente, con el inevitable resultado de fomentar la enemistad entre el pueblo y la policía. Por fin formamos la Asociación para la Defensa socialista con objeto de ayudar a los pobres obreros procesados y condenados con el único testimonio de la policía, sin darles oportunidad para la defensa legal. Organicé un bando de hombres y mujeres acomodados mediante la promesa de intervenir a toda llamada telegráfica, tanto de noche como de día y prestar fianza para todo preso por haber ejercitado el antiguo derecho de concurrir en manifestaciones y hablar públicamente. Por ejemplo: arrestaron al Sr. Burleigh, el famoso corresponsal de guerra y al Sr. Winks con el obrero J. Knight por hablar sediciosamente. Fui a la delegación de policía a ofrecer fianza para

el último: el Comisario Howard aceptó la de los Sres. Burleigh y Winks, pero rehusó la del Sr. Knight. Al día siguiente el tribunal de policía pidió por él la absurda suma de 400 libras esterlinas y mi fiel bando la facilitó. ¡En la próxima audiencia el Sr. Poland, Abogado del Tesoro, retiró la acusación por falta de pruebas!

Vino después el cierre de la Plaza de Trafalgar y la inesperada y arbitraria orden que costó la vida a algunos hombres, la libertad a muchos y graves daños a centenares. La Federación Metropolitana radical había convocado una reunión para el 13 de noviembre a fin de protestar del encarcelamiento del Sr. O'Brien, y como sea que el Sr. Matthews, hablando en la Cámara, había declarado que no tenía intención de intervenir en las reuniones políticas, los clubes radicales no esperaban la intervención de la guardia. El 9 de noviembre, Sir Carlos Warren publicó una orden prohibiendo toda clase de reuniones en la Plaza, pero los clubes confiaban en la promesa del Ministro del Interior. El sábado por la tarde, 12 de noviembre, cuando todo estaba combinado apareció una orden perentoria prohibiendo las manifestaciones en determinada área. Ante este lazo tendido improvisadamente, los delegados de todos los clubes: La *Fabian Society*, la *Social Democratic Federation* y la *Socialist League*, se reunieron el mismo sábado para ultimar pormenores y decidieron ir a la Plaza como se había convenido y si venía la policía protestar formalmente contra una intervención ilegal, suspender la manifestación y que cada uno se dirigiera a la Plaza por distinto camino. Se decidió ir también todos los domingos a ella hasta que se vindicara el derecho de pública reunión.

La manifestación de la que yo formaba parte salió de Clerkenwell Green; en primer lugar figuraba el estandarte e inmediatamente seguían los oradores elegidos para hablar en la reunión, yo entre ellos. Mientras caminábamos lenta y tranquilamente por una estrecha calle que desembocaba en la Plaza de Trafalgar ansiosos de saber si nos provocarían, nos dieron una carga y sin una palabra de alerta la policía cayó sobre nosotros con los bastones en el aire. Derribaron la bandera, hombres y mujeres cayeron al suelo bajo una lluvia de golpes. Nadie se resistió: la gente estaba demasiado sorprendida por el inespe-

rado ataque y la manifestación se dispersó dejando a muchos heridos en el suelo y en grupos de dos y tres llegaron a la Plaza ocupada por un escuadrón de policía en filas cerradas y que únicamente hubiera podido romper una carga a fondo. Por nuestra parte habíamos dado orden de que no se empleara la violencia y no pretendimos recurrir a ella. El Sr. Cunningham Graham y Juan Burns probaron de atravesar la fila de los guardias y los detuvieron brutalmente y arrestaron. Después ocurrió una escena digna de recordar: la caballería en escuadrones y a galope rodeó a hombres y mujeres como si se tratara de un juego de bolos, mientras la infantería apaleaba a la gente sin piedad a diestra y siniestra interceptando la calle que se extendía detrás de ella. Tomé un coche e intenté persuadir al cochero que lo pusiera a través de una de las calles y que procurara que otros hicieran lo propio a fin de impedir las cargas de la caballería, pero se asustó y me vi obligada a dejarlo y regresar a la Plaza. Se oyó finalmente el estrépito de la caballería y aparecieron los Guardias de Corps, quienes hábilmente dirigían sus caballos al trote sin dañar a nadie, pero conteniendo la muchedumbre; avanzaron después los guardas escoceses con las bayonetas caladas y ocuparon la parte septentrional de la plaza. Hicimos pasar de boca en boca la palabra: "retiraos", pues los soldados estaban a punto de hacer fuego y encontrando la gente desarmada hubiera habido horrible matanza. Lentamente se despejó la plaza y renació la calma.

Las demás manifestaciones tuvieron el mismo resultado y los daños fueron enormes: a pacíficos obreros, obedientes a la ley que nunca pensaron en rebelarse, les rompieron brazos y piernas y sufrieron heridas de toda clase; uno, Linnell, murió en seguida; otros más tarde a consecuencia de ellas. Al día siguiente un consejo de guerra se reunió en *Bow St. Police Court*, y con el único testimonio de la policía, se condenó y encarceló, sin posibilidad de defensa, a hombres aturridos aún por sus heridas, obreros de irreprochable conducta que nunca habían estado en un tribunal de policía. Pero se formó un bando de valientes para rescatarles: Guillermo T. Stead, el más caballeroso periodista abrió una suscripción para un fondo de defensa y llovió el dinero en abundancia. Además recibimos

fianzas por docenas y pudimos ofrecerlas a los acusados para conseguir la apelación. Con firme audacia penetré en el tribunal de policía y me dirigí al magistrado que se maravilló de mi perfecta cortesía y de mi segura calma en recordarle que yo no tenía allí derecho alguno, al mismo tiempo que le presentaba fianza tras fianza en forma tan irrecusable que ningún magistrado podía rechazar.

Pasado el primer momento de estupor, un abogado, el Sr. W. M. Thompson, trabajó con viva devoción asumiendo la defensa legal. Nosotros pagábamos las multas y en esto nos prestó gran servicio la Sra. Marx Aveling. Un lindo tropel salió de la prisión de Millbank: magullados, destrozados los vestidos, sin sombrero, parecíamos seguramente una banda de foragidos. Nos detuvimos para comprar sombreros y poner a nuestra comitiva un poco más decente continuando juntos hasta que los hombres subieron en el tren o en el autómibus pues temíamos que la amargura de los sentimientos suscitados creara nuevos conflictos.

Formamos la Liga por la Ley y la Libertad con objeto de defender a quienes la policía acusara injustamente y rescatar a muchos prisioneros. Gracias a ella hicimos al pobre Linnell, muerto en la Plaza de Trafalgar, un entierro público. Sir Carlos Warren prohibió que el coche fúnebre pasara por las principales calles del Oeste del puente de Waterloo donde le aguardaba imponente manifestación. W. T. Stead, R. Cunninghame Graham, Herbert Burrows y yo caminábamos a un lado del féretro, y Guillermo Morris, F. Smith, R. Dowling y J. Seddon al otro; el Reverendo Stewart D. Headlam, clérigo oficiante, iba delante; cincuenta portantes con largas pértigas escoltaban el ataúd. De Wellington Street al Cementerio de Bow las calles se habían convertido en una masa compacta de seres humanos que se descubrían con reverencia al paso de la víctima y en Aldgate el cortejo tardó en pasar tres cuartos de hora. Así llevamos a Linnell a su tumba, símbolo de una cruel injusticia, mientras la masa imponente, ordenada y silenciosa con la cabeza descubierta, protestaba en muda forma contra el ultraje inferido.

Me satisface recordar la valiosa aprobación de Carlos Bradlaugh por el ímprobo trabajo que realizamos cerca de los tri-

bunales de policía. El siguiente párrafo suyo muestra cuán generosamente encomiaba aún a quienes no actuaran de acuerdo con su opinión: "Aunque en graves cuestiones de principio he discrepado muy recientemente de mi valerosa y leal colaboradora, y aunque desgraciadamente su dimisión del cargo de codirectora de este periódico ha acentuado esta diferencia necesito declarar cuán grato me es y cuán plenamente apruebo su conducta, no limitada a conseguir fianzas y defensa legal para los desgraciados que caen en las manos de la policía, sino prestando su asistencia personal e inteligente en los cuarteles y tribunales donde eficazmente ha actuado para dulcificar, por una parte, el duro trato y por la otra, temerarias reacciones. No señalo esta obra como la más adecuada para una mujer, especialmente en época tan inclemente, pero hago pública mi opinión de que esta labor se realiza en forma valerosa, admirable y útil y lo acentúo enfáticamente porque mi punto de vista y el de la Sra. Besant difieren, sobre cuestiones de principio, mucho más de lo que yo había creído posible y en ello se funda la agitación que día en día, se transforma en gravísima lucha." Así siempre encontré a Carlos Bradlaugh: tolerante en las diferencias de opinión; generosamente dispuesto a aprobar lo que estimara justo, aunque desaprobara el sistema empleado.

Crecía la indignación popular; se boicoteó silenciosamente a la policía, con tanta persistencia y tacto que no hubo medio de justificar ninguna violencia hasta que el esfuerzo de ésta fue insostenible y el Gobierno conservador sintió que Londres se enloquecía irremediamente, cayó al fin Sir Carlos Warren y una más inteligente mano cogió el timón.

CAPÍTULO XIV

DE LA TORMENTA A LA PAZ

De todas estas contiendas y luchas surgió una Fraternidad que era promesa de días mejores.

El Sr. Stead, y yo llegamos a ser íntimos amigos, pues a pesar de ser él cristiano y yo atea nos inflamaba el mismo amor hacia el hombre, el mismo odio contra su opresión. En el número de febrero de 1888 de *Our Corner* escribí: "Ha nacido en la mente de hombres por completo distanciados en cuestiones teológicas, la idea de fundar una nueva fraternidad en la que el servicio del Hombre ocupe el lugar del hasta hoy ofrecido a Dios; una fraternidad en la que el trabajo substituya a la adoración y el amor al bautismo; en la que nadie, dispuesto a laborar por el bien común, se considere extraño. Un día dirigiéndome con el Reverendo S. D. Headlam a la prisión de Millbank para libertar a un prisionero, le dije: "Sr. Headlam, debemos levantar una nueva iglesia que ampare a todos los que tengan por base común la fe y el amor hacia el hombre." Poco después descubrí que mi amigo el Sr. W. T. Stead, director del *Pall Mall Gazette*, acariciaba similar idea maravillándose de que los hombres "no fuesen tan celosos en crear la felicidad en este mundo como lo eran para salvar sus almas." Enseñar el deber social, levantar el nivel de la rectitud social, construir una verdadera comunidad, tales habrían de ser los objetivos de la iglesia futura. ¿Es esta esperanza demasiado hermosa para que se convierta en realidad? ¿Es el logro de tan beatífica visión el sueño de un entusiasta? Ciertamente el hecho de que personas tan profundamente alejadas en credo teológico como las que han luchado estos últimos tres meses cerca de los

oprimidos hayan trabajado en plena armonía por un mismo objetivo, demuestra que existe un vínculo más fuerte que nuestro antagonismo, una unidad más profunda que las divisorias teorías especulativas.”

¡Cuán inconscientemente me encaminaba hacia la Teosofía que debía convertirse en la gloria de mi vida, tanteaba ciegamente en las tinieblas buscando aquella fraternidad definitivamente formulada por los Hermanos Mayores de nuestra raza a cuyos pies pronto me arrojaría! El siguiente párrafo del citado artículo muestra cuán profundamente anhelaba algo superior a lo que hasta entonces había encontrado y elaborado en mí misma; cuán poderosamente crecía la convicción de que había una meta cuyo camino era el servicio del hombre. “Se ha creído que en estos días de talleres y tranvías, de engaño y adulteración la vida ha de desenvolverse con monótono ritmo, y el esplendor del ideal no puede brillar sobre el grisáceo horizonte moderno. Sin embargo, no faltan señales indicadoras de que el soplo del antiguo heroísmo comienza a conmover el pecho humano, de que el amor a la justicia y a la libertad que estremecieron las venas de los ilustres varones del pasado y suscitó en nosotros vibraciones de entusiasmo, no han muerto enteramente en el corazón de los hombres; de que no ha perdido aún su inmortal fascinación la búsqueda del Santo Graal, si bien los investigadores no levantan sus ojos al cielo ni exploran mares y tierras porque saben que Él les espera junto a los míseros que sufren a sus puertas, que la consagración a lo más santo implica la dedicación a la masa agonizante de pobres y desesperados, que el vaso sagrado ha recibido su color rojo de la sangre del

“pueblo, el palidecente y mudo Cristo.”

... “Si existe una fe que mueva la montaña de la ignorancia y del mal es seguramente la fe en el triunfo del derecho, en el reino final de la Justicia, lo único que dignifica la vida y adorna la oscura nube de la desolación con el arco iris de una eterna esperanza.”

Para iniciar una unión entre quienes estuvieran dispuestos a trabajar por la humanidad, el Sr. Stead y yo fundamos el *Link*, semanario de diez céntimos cuyo objetivo se describía en su lema tomado de Víctor Hugo: “El pueblo calla, yo seré

el abogado de este silencio; hablaré por los mudos; acudiré al potentado en nombre del humilde, al fuerte en nombre del débil... Yo hablaré por todos los desesperados silenciosos; interpretaré sus balbuceos, sus quejas, sus murmullos, el tumulto de las muchedumbres, los inarticulados lamentos y todos los clamores de la bestia que, por ignorancia y por dolor, el hombre se ve obligado a prorrumpir. Yo seré la Palabra del Pueblo; la boca sangrante de la que arrancaron la mordaza. Lo diré todo". Estas palabras proclamaban su finalidad, o sea: construir "una nueva iglesia dedicada al servicio de la humanidad". Además yo agregaba: lo que conviene es crear en todas las aldeas y en todas las calles núcleos de hombres o mujeres que sacrifiquen su tiempo y su trabajo al servicio del prójimo, tan sistemática y jubilosamente como otros lo hacen por lo que ellos creen que es el servicio de Dios".

Semana tras semana publicamos nuestro periódico que llegó a ser una luz en las tinieblas. En él encontraron eco las menudas injusticias infligidas a los pobres; en él se detallaron los míseros salarios pagados a las mujeres; en él se hacía notorio el excesivo trabajo del proletariado. Un zapatero cobraba para terminar una docena de pares de zapatos dos chelines y seis dineros, estando aún obligado a suministrar el betún y el cordel; había mujeres que trabajaban durante diez horas y media diarias en camisas de fantasía y cobraban desde diez dineros a tres chelines por docena corriendo a su cargo el hilo y agujas, el gas, toalla y el té obligatorio. Con esto quedaba la ganancia reducida, la mayoría de las veces, de cuatro a diez chelines semanales; una obrera encargada de terminar manteles recibía por semana dos chelines y dos dineros de los que había de descontar seis dineros para material. Nos enteramos, además, de que el tribunal había procesado a una respetable trabajadora por haber atentado contra su vida a causa de la miseria en que vivía.

Otra parte de nuestro trabajo fue defender a los operarios agrícolas de las injusticias de los propietarios: publicar los escándalos de los asilos; obligar el cumplimiento de la ley de responsabilidad por parte de los patronos; hacer votar un proyecto de ley de Carlos Bradlaugh sobre el movimiento de los vagones; formar "círculos de vigilancia" cuyos adheridos

habían de registrar los casos de crueldad cometidos en su distrito hacia los niños, de extorsión, de insalubridad de los talleres, trabajo excesivo, etc., para dármelos después a conocer. En esta labor colaboró Herbert Burrows, quien se unió a mí para la defensa de los arrestados con motivo de lo ocurrido en la Plaza de Trafalgar y que fue después autor de notables escritos en el *Link*. Burrow amaba al pueblo con la misma ardiente devoción con que odiaba la opresión y la injusticia; trabajador de incansable energía, tenía el alma destrozada ante los desafueros que no podía remediar. La integridad de su carácter se reveló en una frase pronunciada durante el delirio de una enfermedad que creía mortal: “¡Decid al pueblo cuánto le he amado siempre!”

En nuestra cruzada a favor del pobre trabajamos también por los obreros del muelle. Escribió Sidney Webb: “Mañana por la mañana, en Londres solamente, de 20 a 25.000 hombres lucharán como fieras para poder trabajar en el muelle por cuatro dineros la hora, y un tercio de ellos, luchando en vano, tendrá que marcharse sin trabajo”. Actuamos asimismo para que se diese comida a los niños pobres: “Si insistimos en la educación de la infancia, ¿no es lógico que atendamos a su nutrición? De otro modo se desperdicia la enseñanza que no pueden asimilar y además se tortura mortalmente a determinados alumnos. ¡Pobres abandonados de la sociedad! Les llevamos a la escuela y les imponemos la instrucción, en tanto que sus ojos implorantes y doloridos nos preguntan por qué les infligimos este nuevo y extraño sufrimiento, por qué introducimos en su triste vida esta nueva angustia? Su paciente y menudo rostro nos pregunta patéticamente: “¿Por qué no nos dejáis en paz?” Y, ¿por qué no? Porque para estos mártires de los barrios bajos la sociedad tiene únicamente fórmulas, no alimento”.

Clamamos contra las tiendas que venden excesivamente barato porque representaba “trabajo excesivo y por lo tanto mercancía robada”. “La moral del comprador habría de ser muy sencilla: cuando necesitamos algo no queremos obtenerlo mediante ruego o robo; luego, si para poseerlo no hemos rogado ni robado debemos dar el justo equivalente. Nuestro prójimo ha puesto en lo que necesitamos determinada actividad y si no le entregamos lo que a ella equivale le defraudamos; conse-

euencia: que si no queremos pagar lo justo no tenemos derecho a ser propietarios de aquel producto”.

Esta rama de nuestra actividad nos condujo a una lucha intensísima, pero de muy felices resultados. En una reunión de la *Fabian Society*, la Srta. Clementina Black dio una notable conferencia sobre la labor femenina y excitó a la formación de una “Liga de Consumidores” que estuvieran unidos por el compromiso de comprar únicamente en las tiendas que se acreditaran de haber pagado lo justo a sus trabajadores. H. H. Champion llamó la atención sobre los míseros salarios de la fábrica Bryant & May Ltda., en tanto que los accionistas percibían un enorme dividendo, de modo que el valor original de las acciones, cinco libras esterlinas, se cotizaba a 18 libras, 7 chelines y seis dineros. Herbert Burrows y yo nos entrevistamos con algunas muchachas, obtuvimos la lista de los salarios, multas, etc. “Caso típico fue el de una muchacha de 16 años que trabajaba a destajo: ganaba cuatro chelines semanales y vivía con una hermana empleada en la misma casa, quien percibía cerca de 8 a 9 chelines semanales. De estos ingresos pagaban dos chelines para alquiler de la habitación; la joven vivía de pan, mantequilla y té, pero contaba con avispados ojos que una vez al mes comía en un lugar donde le daban, además de pan y mantequilla, conservas y mermelada, todo en gran abundancia”.

Publicamos estos hechos bajo el título “La esclavitud blanca en Londres” y pedimos que se boicoteara la fábrica de fósforos de Bryant & May. A mí acudieron dos pálidas muchachas, obreras de ella, diciéndome: “Ha llegado el momento de que alguien venga a ayudarnos”, y yo preguntaba: “¿Quién ayudará? Muchos auguran el éxito de las buenas causas; pero muy pocos se preocupan de trabajar por ellas y aún menos arriesgan nada para sostenerlas. Los temperamentos débiles ante la visión de que alguien debe obrar se dicen: “¿y por qué habría de ser precisamente yo?” En cambio la actitud del devoto servidor del hombre cuando ve ante sí peligro, su deber es: “Alguien debe hacerlo, ¿por qué no yo?” “Entre estas dos frases subyacen centurias de evolución moral”.

Pronto me amenazaron con un proceso por difamación, pero no dio resultado alguno; les era más fácil perjudicar a las ope-

rarias y pocos días después acudió un grupo a Fleet Street solicitando verme. No pude allí parlamentar con ellas y les pedí que nombraran una comisión con objeto de que me explicara su deseo. Se adelantaron tres mujeres y me narraron lo sucedido: se les había exigido que firmaran un documento certificando que se las trataba bien, que estaban contentas y que mis afirmaciones eran falsas; se negaron a ello. Me dijo una: "Vd. ha hablado en nuestro favor y no queremos traicionarla". A la muchacha que parecía jefe de la agitación la amenazaron con el despido: se mantuvo firme y al día siguiente la dejaron sin trabajo por una bagatela. A consecuencia de esto todas se negaron ir a la fábrica, cerca de 1.400, y a mí acudían algunas para preguntarme qué debían hacer. Si H. Burrows y yo hemos trabajado alguna vez en nuestra vida fue la siguiente quinceña, durante la que no dejamos de armar menudo alboroto. Pedimos dinero y nos llovió a manos llenas, llevamos un registro de las obreras que necesitaban el salario mientras durara la huelga, escribimos artículos, formamos clubes, celebramos mitines públicos, conseguimos que Bradlaugh interpelara en el Parlamento, pusimos en actividad las entidades en que había accionistas nuestros; en una palabra, conseguimos que todo el país entrase en la lid.

El Sr. Federico Charrington nos cedió una sala para el registro; el Sr. Sydney Webb y otros nos indujeron a trabajar en el Club Liberal Nacional; dirigimos una manifestación de obreras a la Cámara de los Comunes y tuvimos una entrevista con una comisión integrada por miembros del Parlamento, que interrogaron a las obreras. La actitud de éstas fue admirable: se presentaron solidarizadas, valientes y serenas hasta el fin. El Sr. Hobart de la Federación Social Democrática, los señores Shaw, Bland y Oliver y Headlam de la *Fabian Society*, la señorita Clementina Black y muchos otros nos ayudaron en este arduo y fatigoso trabajo. Por fin el *London Trades Council* consintió en obrar como árbitro y se llegó a un acuerdo satisfactorio: las muchachas volverían al trabajo, se abolirían las multas y deducciones en los salarios, éstos se aumentarían, se fundaría la Unión de Operarias, aún hoy día la más poderosa institución obrera femenina de Inglaterra y de la que durante años fui secretaria, hasta que abrumada por otros deberes di-

mití de mi cargo y lo ocupó la Sra. Thornton Smith. Herbert Burrows fue nombrado Tesorero y aún continúa siéndolo.

Durante algún tiempo existieron algunos roces entre la Compañía y la Unión, pero gradualmente desaparecieron bajo la influencia del sentido común en ambas partes. El director se mostró en seguida dispuesto a tener en cuenta toda justa demanda y a buscar su remedio, mientras la Compañía ayudaba generosamente a mantener el *Working Women's Club* en Bow, fundado por H. P. Blavatsky.

El más terrible sufrimiento lo soportaban los constructores de cajas echados del trabajo por la huelga y en condiciones difíciles de arreglar. Recibían dos peniques y un cuarto por gruesa de cajas, corriendo a su cargo el cordel y la pasta; en verdad que no era fortuna, pero cuando falta el trabajo pronto viene el hambre. ¡Oh, aquellas caminatas después de la labor diaria atravesando calles y avenidas, entrada ya la noche, por los alrededores de Bethnal Green Junction! Los niños en casa echados en el suelo, andrajosos y sin carnes; el hambre retratado en su rostro, así como en los ojos de las mujeres y en las trémulas manos de los hombres. Nuestro corazón se destrozaba, los ojos se llenaban de lágrimas, y cada vez más imperiosa sentíamos la demanda: “¿Dónde está el remedio a tanto dolor? ¿Cuál es el camino para aliviar al mundo de tantos males?” En el mes de agosto pedí que se instituyera un salón para las obreras y escribí: “Se necesita piano, mesas para periódicos, juegos; literatura amena; conviene ofrecer un refugio alegre y familiar a estas muchachas que carecen de hogar y no tienen otro paraje de asueto que la calle. No nos proponemos fundar una institución con severa y rígida disciplina y en la que sean obligatorios los perfectos modales; sino crear una casa henchida de genial ambiente y cordial camaradería, de libertad respetuosa; un ambiente que sea tan agradable como el de quienes han crecido bajo la protección bendita de un hogar feliz y que ignoran gran mayoría de nuestras jóvenes del Este de Londres!” Dos años más tarde, en el mismo mes de agosto, H. P. Blavatsky abrió un hogar semejante.

Se levantó después un grito de socorro de los fabricantes de cajas de estaño del Sur de Londres, multados ilegalmente y en muchos casos terriblemente mutilados por negligencia en el

arreglo de la maquinaria; se presentó demanda de ayuda de los dependientes multados también ilegalmente; tuvimos que sostener defensas legales por las controversias que aún continuaban y una vigorosa agitación a fin de conseguir cantinas para los niños y para obligar a la administración pública el justo pago de los salarios; nos ocupamos del trabajo de los obreros del muelle e hicimos públicas las injusticias que con ellos se cometían; visitamos a los fabricantes de cadenas de Cradley Heath; hicimos discursos y escritos en su favor; luchamos para formar parte de la Junta de Enseñanza del distrito de Tower Hamlet en lo que salimos victoriosos. Tales fueron algunas de las actividades a que dedicamos los días de otoño, sin mencionar las numerosas conferencias de carácter secularista, laborista, socialista y artículos que escribía para ganarme el sustento. Cuando a todo esto se agregó la labor para la Junta de Enseñanza sentí que tanto trabajo empezaba a ser superior a la fortaleza física de una mujer.

Así comenzó el 1889, año inolvidable en el que encontré el camino hacia mi verdadera morada y tuve la inapreciable fortuna de encontrar y ser discípula de H. P. Blavatsky. Crecía en mí cada vez con mayor intensidad el convencimiento de que se necesitaba algo más de lo que yo suponía para evitar los males sociales. La doctrina socialista bastaba desde el punto de vista económico, pero ¿dónde encontrar la inspiración, el motivo que condujera a realizar la Fraternidad humana? Habían fracasado nuestros esfuerzos para organizar núcleos de elementos altruistas, pues si bien es verdad que mucho conseguimos, no existía realmente un movimiento de devota abnegación en el que todos laborasen únicamente por amor y pidieran para dar no para recibir. ¿Dónde encontrar el material para una Orden social más noble? ¿Dónde las piedras angulares sobre qué levantar el Templo de la Humanidad? Enorme desesperación me oprimía mientras busqué y no encontré.

No solamente esto; desde el año 1886 fue creciendo lentamente la convicción de que mi filosofía era insuficiente; de que la vida y la inteligencia eran algo distinto y superior a lo que yo había creído. La psicología progresaba rápidamente; los experimentos hipnóticos revelaban complejidades de la conciencia humana hasta entonces inobservadas, extraños enigmas de

la personalidad múltiple, y lo más maravilloso, vívida intensidad de acción mental cuando el cerebro, que había de ser el generador del pensamiento, se encontraba en estado comatoso. Se acumulaba hecho tras hecho pidiendo una explicación que yo no sabía dar.

Estudié los aspectos más oscuros de la conciencia; los sueños, alucinaciones, ilusiones, enajenación mental. En la obscuridad brilló un rayo de luz: leí el libro de A. P. Sinnet "El Mundo oculto" con sus admirables y sugestivas cartas describiendo, no lo sobrenatural, sino una naturaleza sujeta a una ley más vasta de la que yo osara concebir. Añadí a mis estudios el espiritismo, lo experimenté privadamente, encontré que los fenómenos eran indubitables, pero las explicaciones espiritistas increíbles. Comprobé que los fenómenos de clarividencia, clariaudiencia y lectura del pensamiento eran reales. Bajo la lucha de la vida externa estos problemas se elaboraban en mi mente que buscaba con diligencia la respuesta.

Leí gran diversidad de libros, pero encontré pocos que me satisficieran; experimenté en los distintos modos que en ellos se sugerían obteniendo curiosos resultados y al convencerme, al fin, de que existía algo ignoto, un poder encubierto, decidí, al empezar la primavera de 1889, encontrar por cualquier medio lo que buscaba. Una tarde, sentada sola y abismada en profundos pensamientos, tal como acostumbraba después de la puesta del sol, henchida de intenso y casi desesperado anhelo de resolver el enigma de la vida y de la mente, oí una Voz, convertida más tarde en el más sacro sonido terrenal, que me invitaba a ser valiente porque ya estaba próxima la luz. Pasaron quince días y el Sr. Stead puso en mis manos dos gruesos volúmenes diciéndome: "¿Quiere Vd. revisarlos? Mis alumnos están atemorizados, pero Vd. siente hacia estos asuntos pasión suficiente para hacer algo con ellos". Tomé los dos libros: era la "Doctrina Secreta" escrita por H. P. Blavatsky.

Llevé la carga a mi casa, me puse a leer y a medida que volvía las páginas creció mi interés. ¡Cuán familiar me era su cometido! ¡Cómo volaba mi mente presintiendo las conclusiones! ¡Cuán natural me parecía, cuán coherente, sutil e inteligible! Estaba maravillada, ofuseada por la luz que me mostraba tantas partes de un grandioso todo y que desvanecía todas

mis dificultades, resolvía mis enigmas y problemas. Esto era ilusorio en cierto sentido porque todo tenía que desintrincarse lentamente después para que el cerebro asimilara lo que la rápida intuición percibía como verdadero; pero yo había visto la luz y en aquel relámpago luminoso comprendí que había terminado la pesada búsqueda y encontrado la Verdad.

Escribí el dictamen y pedí al Sr. Stead una presentación para entrevistarme con la autora del libro a la que mandé una misiva solicitándole permiso para visitarla. Recibí cordialísima respuesta diciendo que me esperaba y en un atardecer tranquilo de primavera, Herbert Burrows cuyas aspiraciones en este asunto eran semejantes a las mías y yo, nos encaminamos a Nothing Hill Station, hacia la puerta señalada con el número 17 en Lansdowne Road conjeturando sobre lo que en ella encontraríamos. Una pausa, rápido caminar por el vestíbulo y la antecámara, atravesando las puertas abiertas, hasta llegar a una persona sentada en un sillón frente a una mesa que con vibrante y sugestiva voz decía: “¡Oh, querida Sra. Besant, cuánto tiempo ha que deseaba verla!” Yo estaba de pie, con mi mano fuertemente asida entre la suya poderosa, y contemplando por primera vez en esta vida, fijamente, los ojos de “H. P. Blavatsky”. Tuve conciencia del súbito salto que hacia ella dio mi corazón, ¿era de reconocimiento? Después, vergonzoso es decirlo, sentí fiera rebeldía, impulso de retroceso como el animal salvaje cuando siente sobre sí la mano del domador. Me senté después de algunas palabras de introducción en las que no se me acudía idea alguna y escuché. Hablé de viajes, de diversos países; su conversación era flúida y brillante, sus ojos permanecían velados y sus dedos, modelados exquisitamente, liaban continuamente cigarrillos. Nada especial digno de mención, ni una palabra sobre ocultismo, nada misterioso; una señora del gran mundo que conversaba con sus visitantes. Nos levantamos para salir y por un momento desapareció el velo de su mirada: dos luminosos y penetrantes ojos encontraron los míos y con trémula voz de emoción me dijo: “¡Oh, querida Sra. Besant, si Vd. viniera con nosotros!” Bajo la fascinación de aquella anhelosa voz y de aquellos dominantes ojos sentí casi irresistible deseo de inclinarme y besarla, pero con un relámpago de mi antiguo orgullo y con íntimo sentimiento de

desprecio hacia mi locura, pronuncié un cortés y vulgar saludo de despedida y me retiré con una evasiva frase. Algún tiempo después me decía: "Chiquilla, su orgullo es terrible; es Vd. tan soberbia como Lucifer." Pero creo, en verdad, que nunca se lo mostré como en aquella primera tarde, aunque surgiera violentamente al defenderla, hasta hacer caso omiso de las pequeñeces y mezquindades de la crítica y comprender que los ciegos han de ser objeto de compasión, no de desdén.

De nuevo la visité y pregunté por la Sociedad Teosófica deseosa de ingresar en ella, pero dudando aún porque veía clara y distintamente, con dolorosa claridad, lo que aquel paso significaba. A causa de mi trabajo en la *London School Board* había suscitado enormes prejuicios públicos y el camino era más expedito si prestaba mi colaboración a lo que mereciese alabanza no vituperio. ¿Debía lanzarme en un nuevo vórtice de lucha, hacerme el blanco del ridículo, mucho peor que el odio y volver de nuevo a una fatigosa contienda por una verdad impopular? ¿Debía revolverme contra el materialismo y afrontar la vergüenza de confesar públicamente que me había equivocado y desviado por el intelecto que desconoce la existencia del alma? ¿Debía abandonar el ejército que tan valientemente batalló a mi favor y a los amigos que en medio de la brutalidad del ostracismo social me permanecieron adictos y fieles? Y Carlos Bradlaugh, el más poderoso y verdadero amigo, cuya confianza entibié con mi socialismo, debía sufrir la tortura de ver a su colaboradora y compañera, aquella de quien estuviera tan orgulloso y para quien fue tan magnánimo, dejar las filas del materialismo y pasarse a las huestes enemigas? ¿Cuál sería su mirada cuando le dijera que era teósofa? La lucha interior fué aguda y cruel, pero carecía de las pasadas angustias porque el soldado había combatido en muchas batallas y lo habían endurecido muchas heridas.

En el intervalo fue cuando acudí de nuevo a Landsdowne Road para informarme sobre la Sociedad Teosófica. H. P. Blavatsky me miró con penetrantes ojos y me preguntó: "¿Ha leído el informe de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas sobre mí?" "No, nada sé de ello", respondí. "Léalo, pues, y si después vuelve, bien". Nada más agregé desviando la conversación hacia experiencias suyas en diversos países.

Pedí un ejemplar del informe, lo leí y lo releí y vi súbitamente cuán débil era el fundamento sobre que se había edificado el imponente edificio; las continuas hipótesis sobre que se basaban las conclusiones, el increíble carácter de los alegatos; y lo más reprobable, el insensato origen del que derivaban la prueba. Todo se apoyaba sobre la veracidad de los Coulomb que se condenaban a sí mismos como cómplices del engaño. ¿Podía yo aceptar todo aquello contra la naturaleza franca, impertérrita, de la que percibí un vislumbre; contra la altiva y ardiente sinceridad que resplandecía en aquellos claros y azules ojos, ojos honrados e impávidos como de infantil nobleza? ¿Era posible que la autora de la "Doctrina Secreta" fuese aquella miserable impostora, aquella cómplice de trapacerías, aquella odiosa y corrompida engañadora? Reí a carcajadas ante tales absurdos y arrojé el informe con el justo desdén de una naturaleza honrada que reconoce lo semejante cuando lo encuentra y a la que repugna la vileza de una mentira. Al día siguiente fui a la Oficina de publicaciones teosóficas en Adelphi, Duke Street, 7, donde encontré trabajando a la Condesa de Wachmeister, una de las más leales amigas de H. P. Blavatsky, y firmé mi solicitud de admisión en la Sociedad Teosófica.

Al recibir mi diploma acudí a Lansdowne Road donde encontré sola a H. P. Blavatsky; me acerqué a ella, me incliné y la besé sin decir palabra. "¿Ha ingresado en la Sociedad?". "Sí". "¿Ha leído el informe?". "Sí". "Y ¿qué?". Caí de rodillas, estreché sus manos entre las mías mirando fijamente sus ojos. Mi respuesta es: "¿Quiere Vd. aceptarme como discípula y otorgarme el honor de proclamarla mi maestro a la faz del mundo?" Su austero semblante se dulcificó, inusitadas lágrimas arrasaron sus ojos; después, con dignidad más que regia, colocó su mano sobre mi cabeza y dijo: "Es Vd. una noble mujer; que el Maestro la bendiga".

Desde aquel día, 10 de mayo de 1889 hasta la fecha, dos años y tres meses y medio después que dejó su cuerpo el 8 de mayo de 1891, nunca vaciló ni menguó la confianza que en ella deposité. Le otorgué mi fe por poderosa intuición y le fui fiel día tras día viviendo a su lado en estrecha intimidad; de ella hablé con la reverencia del discípulo hacia un maestro que en nada le defrauda, con la afectuosa gratitud que en nuestra Escuela

es el natural galardón del que abre la verja y muestra el sendero. Burlonamente dice el inglés del siglo décimonono: “¡Locura! ¡Fanatismo!”. Sea; yo vi y puedo esperar.

Se me reconvinó de haberme echado irreflexivamente en la Teosofía y dejado arrastrar por mi entusiasmo. Justa es la reconvencción por la rapidez con que me decidí; pero mucho tiempo hacía que esta decisión se elaboraba y realizó los sueños de la niñez en los planos superiores de la intelectual feminidad. Y declaro aquí que en aquella primera inmersión encontré muchísimo más de lo que esperaba y que tuve la certidumbre científica de doctrinas que me mostraron la verdad en un relámpago de iluminación. Sé por experiencia personal que el alma existe y que mi alma, no mi cuerpo, soy yo; que puedo dejar este cuerpo a voluntad; que, libre de él, puedo llegar y aprender de maestros humanos vivientes y al ocuparlo de nuevo imprimir la enseñanza recibida en el cerebro físico; que es lentísimo el proceso de transferir la conciencia de un estado a otro, para decirlo de algún modo, y mientras se efectúa, el cuerpo y el cerebro se relacionan gradualmente con una forma más sutil, esencialmente la del alma, y que mi experiencia de ello, aunque tan imperfecta y fragmentaria comparada con la experiencia de los seres superiormente disciplinados, es como los primeros esfuerzos del niño que empieza a hablar comparados con la elocuencia del orador perfecto; que la conciencia, lejos de depender del cerebro, es más activa cuando se libra de las groseras formas de materia que cuando se encierra en ellas; que los ilustres Sabios de quienes habló H. P. Blavatsky existen y tienen poderes y conocimientos ante los cuales podemos considerar juego de niños nuestro dominio y conocimiento de la naturaleza. Todo esto aprendí y mucho más aún sin dejar de ser un discípulo de inferior grado, es decir, un niño en la clase parvularia de la Escuela Oculta. Esta primera inmersión tuvo feliz éxito y no se engañó la intuición. Este mismo sendero de conocimiento que yo huella se extiende ante todos aquellos dispuestos a pagar el portazgo requerido que es la voluntaria renuncia a todo por amor a la verdad espiritual, la ofrenda de la verdad conquistada al servicio de la humanidad sin retener nada para uno mismo.

El 23 de junio, en una crítica que escribí para el *National*

Reformer, encuentro los siguientes pasajes que muestran cuán rápidamente había comprendido los principales puntos de la doctrina. Advertiré que está equivocada la afirmación que de los siete estados de la materia la ciencia conoce únicamente cuatro y hasta hace poco tres. Estos cuatro se refieren a subestados, subdivisiones del plano inferior.

Después de decir que el inglés del décimonono siglo hubiese rechazado el libro si se hubiese decidido a hojearlo continuaba: "Con el telescopio y el microscopio, el escalpelo y la batería eléctrica, la ciencia occidental interroga la naturaleza, acumula fenómeno tras fenómeno, almacena experimento tras experimento, pero viene siempre a parar a abismos sin fondo para sus sondas, a cimas inaccesibles. Vasta y poderosa en sus respuestas al "Cómo", elude siempre las del "Por qué" y las causas continúan envueltas en tinieblas. La ciencia oriental utiliza como instrumentos científicos las penetrantes facultades de la mente y, considerando el plano material como *maya*, ilusión, busca en el mental y espiritual las causas de los efectos materiales. Allí efectivamente subyace la única realidad; allí la verdadera existencia de la que el universo visible es meramente sombra.

"Es evidente que para tales investigaciones precisa una preparación mental superior a la que se obtiene normalmente con el cuerpo físico, y aquí se bifurca al camino entre el oriente y el occidente; pueden bastar, para la investigación del universo material, nuestros cinco sentidos ayudados de los instrumentos que inventó la ciencia. Estos usuales servidores, aunque a menudo fallen, son los mejores guías del conocimiento para todo lo que podemos oír y ver, gustar y tocar; pero hasta en la índole de nuestro caso son inútiles cuando se trata de estudiar modos de existencia que no pueden impresionar nuestros nervios. Lo que conocemos por ejemplo como color es la vibración de ondas etéreas que hieren la retina entre definidos límites, 759 trillones como máximo y 436 trillones como mínimo; estas ondas producen la sensación que el cerebro traduce en color. Ignoramos por qué la vibración de 436 trillones en un extremo del nervio produce el rojo en el otro extremo; citamos el hecho, pero no podemos explicarlo. Nuestra capacidad de responder a la vibración no limita la capacidad vibratoria del éter; para

nosotros no existen las vibraciones más rápidas o más lentas, pero si nuestro sentido visual fuese más sensitivo podríamos ver donde ahora no vemos. Siguiendo esta línea de razonamiento comprendemos que puede existir materia en formas desconocidas para nosotros, en modificaciones que nuestros sentidos son incapaces de percibir. Y aquí interviene el sabio oriental y dice: "Lo que vosotros afirmáis que *puede* ser, *es*; hemos desenvuelto y cultivado los sentidos tan superiormente a los vuestros como vuestros ojos son superiores a los de la medusa; hemos educado las facultades mentales y espirituales que nos permiten investigar los superiores planos de existencia con mayor seguridad que vosotros investigáis el plano físico. Nada hay en ello *sobrenatural*, como no lo es vuestro conocimiento aunque esté muy por encima de la comprensión del pez; no especulamos sobre estas formas superiores de existencia, las *conocemos* por estudio personal, del mismo modo que vosotros conocéis la fauna y la flora de vuestro mundo. Nuestros poderes no son sobrenaturales, están latentes en todo ser humano y se manifestarán con el progreso de la raza. Lo único que hemos hecho es desenvolver estas facultades con mayor rapidez que nuestros semejantes por procedimientos que están a nuestro alcance como lo estuvieron al vuestro. La materia está por doquiera, pero existe en siete modificaciones de las que vosotros conocéis únicamente cuatro y hasta recientemente tres; en las formas superiores residen las causas de los efectos que notáis en las inferiores y para conocerlas habéis de desenvolver la capacidad de ser conscientes de estos planos superiores".

Después seguía un breve bosquejo del ciclo evolutivo y continuaba: "¿Qué papel juega el hombre en el vasto drama del universo? Huelga decirlo; él no es la única forma viviente en un Cosmos, en su mayor parte inhabitable para él. Del mismo modo que la ciencia ha demostrado que existen formas vivientes en todas las regiones del plano material, infusorios en cada gota de agua, palpitación de vida en toda hoja y brizna de hierba, así la "Doctrina Secreta" afirma la existencia de vivientes formas en superiores planos, cada una adaptada a su medio ambiente hasta henchir de vida todo el espacio en el que no existe muerte, sino transformación. Entre estas miríadas de seres algunos evolucionan hacia la humanidad, otros fuera de

ella, tal como la conocemos, despojándose de sus más groseros elementos. Al hombre se le considera como un ser séptuple: cuatro de sus partes pertenecen al cuerpo animal y se desintegran en el momento de la muerte o poco después; y las otras tres forman el Yo superior, la verdadera individualidad y persisten, son inmortales. Estas últimas constituyen el Ego que pasa por diversas encarnaciones en las que aprende la lección de la vida, elabora su propia redención dentro de los límites de una inexorable ley, siembra las semillas de las cuales siempre cosecha el fruto, construye incesantemente su destino y no encuentra en ningún punto del espacio y del inmensurable tiempo, nada que pueda aliviarle del peso que él haya creado, de la carga con que se abrumó, desenredar la madeja que él enredara o colmar el abismo que hubiese abierto”.

Hacia notar después que la ciencia occidental se acercaba a la oriental y terminaba con las siguientes palabras: “Es curioso observar que algunas de las recientes teorías científicas parecen vislumbres de las doctrinas ocultas, como si la ciencia estuviera en el umbral de un conocimiento que empujara su pasado. Ya su mano tiembla al percibir fuerzas ante las que son insignificantes las que hasta ahora le obedecían. ¿Cuándo llegará a dominarlas? Confiamos que no será antes de que se transforme el orden social para que no contribuyan a dar más al que más posea y a dejar más míseros a los infelices por la fuerza del contraste. El conocimiento en manos del egoísmo acrecienta el abismo entre hombre y hombre, raza y raza y debemos temblar ante la idea de que nuevos poderes de la Naturaleza se unzan al carro de la avaricia. De aquí la sabiduría de aquellos Maestros en cuyo nombre habla H. P. Blavatsky al negarse siempre a comunicar el conocimiento, que es poder, hasta que se aprende la lección del amor y al dejar únicamente en manos de los altruistas el dominio de las fuerzas naturales cuyo abuso arruinaría a la sociedad”.

Esta crítica y la pública proclamación, porque así lo exigía la honradez, de que había ingresado en la S. T., suscitaban naturalmente tormentosas críticas y en el *National Reformer* de 30 de junio se publicó la siguiente declaración de Carlos Bradlaugh y la mía:

“La crítica del libro de la Sra. Blavatsky aparecida en el

último número y una proclamación en el *Star* me han originado multitud de cartas sobre la *Teosofía*. Se me ha pedido una explicación sobre ella y mi opinión. La palabra teósofo es antigua; la usaron los neoplatónicos; su verdadero significado literalmente parece ser: "el que pretende tener un conocimiento de Dios o de las leyes de la naturaleza por medio de la iluminación interna". Un ateo no puede, en verdad, ser teósofo; un monista, tampoco; sí en cambio un deísta. La teosofía implica dualismo; la moderna Teosofía, según la Sra. Blavatsky, ha expuesto en sus últimas manifestaciones, asegura lo que yo no creo y sostiene afirmaciones que no estimo verdaderas. No he tenido ocasión de leer los dos volúmenes de la Sra. Blavatsky, pero durante los diez últimos años me he enterado de muchas publicaciones suyas, del coronel Olcott y de otros teósofos. Me parece que han procurado rehabilitar cierta clase de espiritismo en fraseología oriental. Opino que muchas de sus afirmaciones son completamente infundadas y sus razonamientos del todo erróneos. Siento profundamente que mi colega y colaboradora haya súbitamente y sin mediar intercambio de ideas conmigo, adoptado como hechos cuestiones que a mi parecer son tan irreales como una fábula. Mi sentimiento es mayor porque conozco la devoción de la Sra. Besant hacia todo lo que estima verdadero; que sostiene siempre con ardor las ideas cuya defensa emprende y me atemoriza el posible desenvolvimiento de sus teosóficas opiniones. La norma de conducta de la dirección de este periódico es invariable y antagónica a toda forma de Teosofía. Hubiese preferido callar sobre este asunto, pues ya el público desacuerdo entre la Sra. Besant y yo al adherirse ella al socialismo nos apenó profundamente; pero después de su artículo y de su pública proclamación de ingresar en la organización teosófica, debo comunicar claramente mi opinión a quienes me consideran como guía. — *Carlos Bradlaugh.*"

"Me es imposible explicar extensamente las razones que me han inducido a entrar en la Sociedad Teosófica cuyos tres objetos son: Fundar una fraternidad universal sin distinción de raza o credo; promover el estudio de la literatura y filosofía ariana; investigar las inexplicadas leyes de la naturaleza y los poderes físicos latentes en el hombre. Los miembros son completamente libres en materia religiosa. Los fundadores de la

Sociedad niegan la existencia de un Dios personal, y una sutil forma de panteísmo informa la enseñanza teosófica sobre el universo, aunque ningún miembro está obligado a aceptarla. No he de ocultar que este panteísmo es para mí la promesa de solución de algunos problemas, especialmente psicológicos, que el ateísmo deja insolubles. — *Ana Besant.*”

La Teosofía, como saben bien quienes la estudian, lejos de implicar dualismo se basa en el Uno, convertido en Dios al manifestarse, precisamente como el ateísmo presupone una existencia únicamente cognoscible en la dualidad de fuerza y materia y como el teísmo filosófico, no el popular, enseña una deidad de la que dimanan el espíritu y la materia.

Los jefes del librepensamiento no imitaron al Sr. Bradlaugh en su temperada desaprobación y entre ellos se distinguió el Sr. Foote por sus ásperos ataques.

En medio del torbellino me llamaron a París para asistir con Herbert Burrows al magno congreso laborista que se celebraba del 15 al 20 de julio y al mismo tiempo para permanecer uno o dos días en Fontainebleau con H. P. Blavatsky que se había ausentado para descansar unas semanas. Allí la encontré traduciendo los maravillosos fragmentos del “Libro de los Preceptos de oro”, ampliamente difundidos con el título “La Voz del Silencio”. Escribía rápidamente sin tener ante sí ningún ejemplar original y por la tarde me lo hizo leer en alta voz para ver si el “inglés era pasable”. Estaban presentes Herbert Burrows y la Sra. Candler, adicta teósofa americana, sentados a su alrededor mientras yo leía. Blavatsky había hecho la traducción en perfecto y bellísimo inglés, flúido y armonioso; únicamente tuvimos que modificar una o dos palabras y nos miró como niño sorprendido, maravillada de nuestros elogios que se los hubiera tributado cualquier persona de gusto literario al leer el exquisito poema en prosa.

Un poco más temprano de aquel mismo día yo le había preguntado sobre las fuerzas que actuaban en la producción de golpes, tan constantemente oídos en las sesiones espiritistas, y me respondió: “No se utilizan espíritus para producir golpes; espere.” Puso la mano sobre mi cabeza, sin tocarla, y sentí sobre el hueso de mi cráneo ligeros golpes cada uno de los cuales me producía un estremecimiento a lo largo de la espina dorsal.

Me explicó entonces extensamente cómo tales golpes se podían producir donde quisiera el operador, y cómo podía provocarse la acción recíproca de las corrientes que los originaban sin el concurso de la voluntad humana consciente. De esta manera acostumbraba a ilustrar sus enseñanzas orales probando con experimentos sus afirmaciones sobre la existencia de fuerzas sutiles que la mente disciplinada podía dominar.

Los fenómenos siempre pertenecían al aspecto científico de su enseñanza y nunca cometió la locura de reclamar autoridad para sus doctrinas filosóficas por el hecho de ser capaz de provocarlos. Constantemente nos recordaba que no existía el "milagro"; que todos los fenómenos que producía eran resultado de un conocimiento de la naturaleza más profundo que el que generalmente tenían sus semejantes y gracias al poder de una mente y una voluntad bien disciplinadas. Algunos de ellos como: creación de imágenes por la fuerza de la imaginación impresas sobre otros como "alucinaciones colectivas", traslado de sólidos ya fuese mediante una mano astral o algún elemental; lectura en luz astral, etc., los describía como 'estratagemas psicológicas'.

Pero la prueba de la realidad de la misión que había recibido de Aquéllos a quienes citaba como Maestros, no estaba en éstos, relativamente triviales, fenómenos físicos y mentales, sino en el esplendor de su heroica firmeza, en la profundidad de su conocimiento, en el altruismo de su carácter, en la elevada espiritualidad de su enseñanza, en el incansable ardor de su devoción, en el ímpetu incesante de su obra para iluminar a los hombres. Esto y no sus fenómenos, le adquirieron la fe y la confianza de quienes vivíamos su vida cotidiana, aceptamos gratamente sus enseñanzas no porque pretendiera la menor autoridad, sino porque suscitaba en nosotros facultades que nunca soñamos poseer, energías del Alma que demostraban su existencia.

A mi regreso a Londres de París fue preciso una clara y definida exposición de mi camino de criterio y en el *Reformer* del 4 de agosto encuentro lo siguiente:

"En estos últimos tiempos se han hecho afirmaciones sobre mí y sobre mis creencias, unas muy absurdas, otras muy maliciosas e inexactas, y he de rogar a mis amigos que no se les

presten crédito alguno. No sería justo que pidiera a mi amigo, el Sr. Bradlaugh, que abriera las columnas de este periódico a una exposición de la Teosofía hecha por mí, porque suscitara una larga controversia sobre un tema que no interesa a la mayoría de los lectores del *National Reformer*. Por esta razón no puedo contestar desde aquí a los ataques que se me dirigen. Opino, sin embargo, que el partido en el que he trabajado durante tanto tiempo tiene derecho a pedirme una explicación sobre el paso dado y a este fin preparo un folleto que tratará extensamente de esta cuestión. Además, me he puesto de acuerdo con el Sr. R. O. Smith para pronunciar las conferencias en el Salón de la Ciencia del 4 a 11 de agosto bajo el tema: “¿Por qué me hice teósofa?” y me parece que, en el interín, mis años de servicio en las filas del partido librepensador me dan derecho a pedir que no se me condene sin que se me escuche, y aun me aventuro a insinuar, en vista de los elogios que en el pasado me dirigieron algunos librepensadores, que algo puede decirse en favor de la Teosofía desde el punto de vista intelectual. Las caricaturas que de ella han hecho algunos librepensadores, la representan tan exactamente como las que del ateísmo hizo la *Christian Evidence* representan esta digna filosofía de vida. Recuerdo a mis antiguos amigos cuantas falsedades sobre ellos dijeron sus adversarios y les pido que esperen antes de juzgar.”

Se pronunciaron las conferencias, resumidas después en un folleto con el mismo título que obtuvo gran circulación y que terminaba así:

“Existe un enorme obstáculo en la mente de muchos librepensadores que suscita su prejuicio contra la Teosofía, y de para a sus adversarios fácil tema para el sarcasmo: el afirmar la existencia de otros seres vivientes, además del hombre y de los animales que se encuentran en nuestro globo. Quizá sería conveniente que los individuos que rechazan tal hipótesis se detuvieran y preguntaran si creen real y sinceramente que en todo este grandioso universo en el que nuestro diminuto planeta puede compararse a un minúsculo grano de arena en el desierto de Sahara, únicamente él está habitado por seres vivientes. ¿Es todo el Universo mudo excepto para nuestras voces? ¿Ciego excepto para nuestra visión? ¿Muerto excepto

para nuestra vida? Tal presuntuosa creencia era posible en aquel tiempo en que el cristianismo consideraba nuestro mundo como el centro del universo y la raza humana la única por la cual el Creador se dignó morir. Pero ahora, que conocemos mejor nuestra posición, que sabemos que nuestro mundo es uno entre innumerables miríadas de mundos, ¿qué fundamento tiene el presuntuoso concepto por el cual nos arrogamos toda la existencia senciente? Tierra, aire, agua, están henchidos de seres adaptados a su propio ambiente; nuestro globo está desbordante de vida y ¿hemos de suponer que todo cambie apenas trascendidos los límites de nuestra atmósfera? Ni la razón ni la analogía apoyan semejante suposición. Fue uno de los delitos de Giordano Bruno atreverse a enseñar que estaban habitados otros mundos además del nuestro, pero él era más sabio que los monjes que le quemaron.

“Los teósofos aseguran que en cada estado de materia hay seres vivientes que a él se adaptan, y que todo el universo palpita de vida. Los mojigatos vociferan: “¡Superstición!” sin observar que no es superior a creer en una bacteria o en otro ser viviente invisible al ordinario ojo humano. “Espíritu” es una palabra inexacta porque implica inmaterialidad y un modo de existencia sobrenatural en lo que no cree el teósofo. Para él todo lo viviente obra por medio de una base material, y “materia” y “espíritu” no se encuentran disociados, si bien sostiene que la materia existe en otros estados además de los conocidos actualmente por la ciencia. Negar esto sería prueba de tanta insensatez como la de aquel príncipe indio que negó la existencia del hielo porque no había visto nunca agua sólida. Razonable es no creer hasta conseguir una prueba, pero absurdo negar todo lo que trasciende a nuestra limitada experiencia.

“Una última palabra a mis amigos secularistas. Si me deicís: “de nuestras filas”, las dejaré, pues no me impongo a ningún partido y me iré tan pronto como sienta que no soy en él bien recibida¹. Me ha costado mucho dolor admitir que fra-

¹ Dejo estas palabras tal como las escribí en 1899. Dimítí mi cargo en la *National Secular Society* en 1890 comprendiendo que estaba esta Sociedad tan identificada con el Materialismo que no había en ella lugar para mí.

casaba el materialismo del cual tanto había esperado, y que ello ocasionaba la desaprobación de algunos de mis mejores amigos. Pero en ésta, como en otras circunstancias de mi vida, no me atrevo a comprar la paz con una mentira; imperiosa necesidad me induce a decir la verdad tal como la veo, agraden o no mis palabras, me deparen alabanza o vituperio. Debo mantener inmaculada esta fidelidad a lo Verdadero, aunque sea a costa de la amistad, aunque quiebre todos los lazos humanos. La Verdad podrá conducirme a un erial, podrá privarme de todo amor, yo debo seguirla. Aunque me quitara la vida confiaría en ella y no quiero sobre mi tumba otro epitafio que el de

“PROCURÓ SEGUIR LA VERDAD”

Mientras me ocupaba de esta nueva controversia proseguía la labor por el Consejo de Educación, hecha posible, debo decirlo, gracias a la generosa ayuda de desconocidos amigos que me enviaron 150 libras esterlinas durante el último año y medio. Así pude continuar la vigorosa actividad socialista y mi fatigosa defensa en la lucha por el movimiento obrero entre el que se distinguía la organización de los curtidores del Sur de Londres en pro de una unión, y la colaboración prestada al objeto de conseguir la reducción de horas de trabajo para los obreros de tranvías y autómibus, cuyas reuniones habíamos de celebrar después de media noche.

Ocupaba también gran parte de mi tiempo y atención el alimento y ropa de los niños, pues los de mi distrito eran a millares desesperadamente pobres. Entre tanto continuaba mis estudios como mejor podía, leyendo en el tren, tranvía, autómibus y robando horas a la noche para escuchar a H. P. B.

En octubre la salud ya quebrantada de Carlos Bradlaugh recibió golpe mortal, si bien continuó viviendo por espacio de quince meses. Se abatió improvisadamente atacado de grave congestión y quedó en inminente peligro de muerte, asistiéndole amorosamente su única hija la Sra. Bonner, pues la mayor había muerto el precedente otoño. Lentamente se restableció, después de cuatro semanas en cama, y habiéndole ordenado su médico un largo reposo y, si era posible, un viaje por mar, se embarcó para la India el 28 de noviembre a fin de

asistir al Congreso Nacional y en él fue aclamado entusiastamente "Representante de la India".

En noviembre sostuve un proceso por libelo, entablado contra mí por el Revdo. Sr. Hoskyns, vicario de Stepney, quien extractó algunos viles párrafos de un libro, no mío, para difundirlos como representantes de mis ideas durante las elecciones del Consejo de Educación en 1888. Tenía contra mí al fiscal Sir Eduardo Clarke y al Barón Huddleston en el tribunal. Tanto el fiscal como el juez hicieron lo posible para intimidarme: usaron el más soez lenguaje y procuraron demostrar que, sosteniendo la limitación de la prole, condenaba la castidad como un delito. Cinco horas de brutal interrogatorio dejaron inalterable mi negativa de tales enseñanzas, y a pesar de la defensa del juez en favor del pastor que quería salvar a sus feligreses contra una atea y el haber afirmado que la declaración era "privilegiada", no consiguieron alcanzar un veredicto de culpabilidad.

El jurado no estuvo de acuerdo según me manifestó después uno de sus miembros, no tanto sobre la cuestión del libelo, sino en que algunos creían que no debía castigarse a un pastor por su exceso de celo en defender la fe contra la rapaz voracidad de un ateo; mientras que otros consideraban el libelo de tal modo injurioso que no querían aceptar un veredicto que no diera un ejemplar castigo. No quise provocar un segundo proceso pensando que no valía la pena de malgastar más el tiempo habiendo quedado plenamente demostrada mi inocencia.

Siguieron meses de intensa actividad: a principios del 1890, H. P. B recibió 1.000 libras esterlinas para que las empleara en el servicio humano como le pareciese mejor, y si lo creía bien, en beneficio de la mujer. Después de larga discusión, determinó fundar un club para obreras en el Este de Londres, y mediante su aprobación la Srta. Laura Cooper y yo nos pusimos a buscar local adecuado. Encontramos al fin una espaciosa y antigua casa en 193, Bow Road, trabajamos algunos meses para renovarla completamente y construir una sala anexa, y el día 5 de agosto, H. P. B la inauguró consagrándola a alegrar la suerte de las obreras oprimidas por el trabajo y mal retribuidas. El club ha cumplido noblemente su misión durante los tres últimos años.

El corazón de H. P. B. era sensibilísimo al sufrimiento, especialmente de la mujer y el niño. Era muy pobre a fines de su vida terrena por haberlo invertido todo en su misión y haber rehusado sustraer tiempo al trabajo teosófico para escribir en periódicos rusos, siempre dispuestos a pagar sus artículos a elevado precio. A pesar de esto vaciaba fácilmente su ligero bolso cuando se enteraba de alguna pena humana que el dinero pudiese aliviar. Un día escribí una carta a una compañera mía quien se la mostró a ella, en la que yo le hablaba de algunos pequeñuelos a quienes había llevado flores campestres y le describía sus semblantes demacrados por la necesidad. A consecuencia de esto recibí la siguiente característica nota:

“Queridísima amiga: Acabo de leer su carta dirigida a... y se ha conturbado mi corazón al pensar en los pobres pequeñuelos. Oiga: puedo disponer de 30 chelines, lo único que tengo como *dinero mío* (Vd. ya sabe que soy pobre y estoy orgullosa de ello), y le ruego que los tome *sin decir una palabra*. Esto puede servir para comprar 30 comidas a 30 pequeñuelos que mueren de hambre y con este pensamiento me sentí más feliz durante 30 minutos. Ni una palabra y haga lo que le digo: lleve el dinero a estos infelices niños que agradecieron sus flores y estuvieron contentos. Perdone a su vieja y extraña amiga, *inútil* en este mundo.

Siempre suya,

H. P. B.”

Esta ternura suya nos indujo después de su muerte a fundar “El hogar de los niños H. P. B.” y confiamos algún día satisfacer su deseo de abrir un vasto y maternal refugio para niños abandonados bajo los auspicios de la Sociedad Teosófica.

El arrendamiento de la casa N° 17 de Lansdowne Road expiraba a principios del verano de 1890 y se decidió establecer el cuartel general de la S. T. en Europa en el N° 19 de Avenue Road¹. Se construyó un salón para las reuniones de la Logia Blavatsky, que ella había fundado, y se hicieron algunas modificaciones. En julio, su estado mayor de obreros se unió bajo aquel mismo techo; a él acudieron Archibald y Bertram

¹ Casa donde vivía la Sra. Besant. (N. del T.)

Keightley, dedicados a su servicio años antes; la condesa Wachtmeister que abandonó el lujo y la riqueza de su elevada condición social para darlo todo a la causa que servía y a la amiga que amaba con profunda fidelidad; Jorge Mead, su secretario y ardiente discípulo, hombre de sólida mentalidad y poderoso carácter, erudito y trabajador incansable. Allí se reunieron también Claudio Wright, caro irlandés que bajo descuidada apariencia ocultaba profunda intuición y una naturaleza luminosa y genial; Walter Old, soñador y sensitivo, psíquico congénito y, como la mayoría de ellos, fácilmente influenciable por quienes le rodeaban; Emilia Kislingbury, mujer estudiosa y llena de celo; Isabel Cooper-Oakley, intuitiva y culta, rara combinación y el más fervoroso discípulo en los estudios de ocultismo: Jaime Pryse, americano, el más devoto de todos, que ofreció a la labor su conocimiento práctico e hizo posible el vasto desarrollo de nuestro departamento de imprenta. Todos ellos y yo constituímos, al principio, el cuerpo de residentes. La Srta. Cooper y Herbert Burrows, a pesar de estar unidos a nosotros, no podían por sus obligaciones residir siempre allí.

Las reglas de la casa eran y son sencillísimas, pero H. P. B. insistía en la regularidad de vida: nos desayunábamos a las 8 de la mañana; trabajábamos hasta la una, hora del almuerzo; proseguíamos nuestra labor hasta las siete de la tarde, hora de la comida y después dejábamos la actividad externa de la Sociedad y nos reuníamos en la habitación de H. P. B. para conversar, hacer proyectos, recibir instrucciones y escuchar sus comentarios sobre los puntos intrincados. A media noche habían de estar apagadas todas las luces. Mi pública labor, tal era el curso natural de nuestras agitadas vidas, me obligaba a estar muchas horas ausente de la casa, desgraciadamente para mí.

H. P. B escribía continuamente. Siempre enferma, pero dotada de indomable voluntad, obligaba a su cuerpo a cumplir sus obligaciones, sin piedad para sus debilidades y sus dolores. Trataba a sus discípulos muy distintamente unos de otro, adaptándose con escrupuloso cuidado a sus distintos temperamentos. Como maestra tenía maravillosa paciencia y explicaba un asunto una y otra vez en todas sus posibles modalidades. A veces después de repetidos fracasos, se apoyaba sobre el respaldo de

su sillón y exclamaba: “¡Dios mío! (expresión muy común fuera de Inglaterra) ¡tan estúpida soy que no me entiende Vd.?” Y volvía: “Esto, así, y así...” Después dirigiéndose a quien mostrara en su semblante un resplandor de comprensión, le decía: “Explíquele lo que quiero decir.”

Se mostraba despiadada con la vanidad, el orgullo y la presunción si el discípulo era una promesa; y tenía para la falsedad agudos dardos de ironía. Con algunos se encolerizaba y les dejaba en su letargo con semblante feroz. Realmente se convertía en un instrumento para la educación de sus discípulos, sin preocuparse de quiénes eran o de lo que de ella pensarán con tal de asegurarles un resultado provechoso. Nosotros, que vivíamos con ella, día tras día en estrecha intimidad, éramos testigos de la altruística belleza de su vida, de la nobleza de su carácter y depositábamos a sus pies el homenaje de la más reverente gratitud por el conocimiento que adquiríamos, la purificación de nuestras vidas y el desenvolvimiento de nuestras fuerzas. ¡Oh, alma noble y heroica que el ciego mundo externo tan erróneamente juzga, pero a quien sus discípulos en parte conocieron; nunca podremos ni en futuras vidas, pagar eternamente la deuda de gratitud contigo contraída!

Así pasé de la tempestad a la paz, no la paz de un mar en calma de la vida externa que ningún alma poderosa anhelaría, sino la interna paz que las agitaciones del mundo no consiguen turbar; la paz que pertenece a lo eterno, no a lo transitorio, a lo profundo de la vida no a lo superficial. Ella me permitió atravesar incólume la terrible primavera de 1891 cuando la muerte arrebató a Carlos Bradlaugh en la plenitud de su utilidad y abrió la puerta del reposo a H. P. B. Ella me sostuvo en las ansiedades y responsabilidades, duras y numerosas, y cada esfuerzo la hizo más sólida, cada prueba más serena, cada ataque más radiante. Tranquila confianza substituyó a la duda, firme seguridad ocupó el lugar del inquieto temor.

De vida en vida, a través de la muerte, soy servidora de la Gran Fraternidad, y aquéllos sobre cuya cabeza el Maestro puso la mano en señal de bendición, mirarán para siempre el mundo con ojos iluminados por el resplandor de la eterna Paz.

PAZ A TODOS LOS SERES

APÉNDICE ¹

DE 1892 A 1925.

A la muerte de la Sra. Blavatsky, acaecida en 1891, la Sra. Besant la substituyó espiritualmente continuando el Coronel Olcott en la Presidencia de la Sociedad Teosófica. Su vida fue más errante aún que en tiempo del socialismo militante. Dio conferencias, a veces tres en un solo día, en todas las localidades de Inglaterra, viajó por diversos países de Europa y de Norteamérica llevando por doquier la palabra teosófica.

Para dar una idea de su actividad indicaremos cómo organizaba su vida durante sus estancias en París. Se levantaba a las cinco de la mañana y tomaba un baño seguido de larga meditación. Se hacía servir el desayuno en su propio aposento e inmediatamente despachaba su numerosa correspondencia. De 10 a 12 recibía visitas, no pudiendo nadie prolongarla más de un cuarto de hora. Seguía la comida y de nuevo a la labor hasta el momento del té, después del cual continuaba trabajando hasta la cena muy sobria y tomada en su habitación antes de la conferencia de la noche ².

El año 1893, la Sra. Besant marchó a la India con la Condesa de Wachtmeister, y en este país hemos de buscar desde entonces el centro de su vida, sin que ello implique completo abandono de los países que habían sido favorecidos con su actividad.

En la primera época residió ordinariamente en Shanti Kun-

¹ Con el precedente capítulo termina el libro escrito por la Sra. Besant, pero conforme anunciamos en la introducción, completamos esta obra con un apéndice que abarcará lo más notable de su vida hasta 1925.

² Notas del libro de Aimée Blech "Un abregé de sa vie".

ja, o lugar de paz, la casita blanca situada en Benarés que Loti en su libro "La India" describe diciendo:

"En el fondo de un viejo jardín, una humilde casa indiana, muy baja y un poco maltratada por el tiempo. Está blanqueada toda ella con cal, tiene maderas verdes como antaño las de mi país natal; pero el techo sobresaliente para formar a su alrededor una galería sobre blancos pilares denuncia donde estamos: en una región de eterno sol. El jardín, a pesar de su abandono, no es exótico ni extraño. Umbrias que se parecen a las nuestras, y muchos rosales de Bengala llenos de flores caen sobre los senderos al uso antiguo.

"Los huéspedes, que tienen graves y hermosos rostros, como Cristos de bronce de negra cabellera, nos acogen con plácida sonrisa hablando bajo. Sus dulcísimas miradas parecen siempre sin interés, dirigidas a todos y a lo alto, al mundo astral sin duda, hacia donde su alma anticipadamente casi ha volado ya...

"Nada más apacible ni más hospitalario que esta mansión de los sabios abierta siempre para quien a ella quiere llegar.

"Y sin embargo, ¡con qué profundo e indecible temor llamo a esta puerta, comprendiendo que la tentativa es suprema para mí y que si aquí no encuentro nada, es que no hay nada en parte alguna!...

"Los sabios trabajan y meditan, y como todos los indos sufren con paciencia las molestias de todos los animales de la tierra y del cielo. Las ardillitas saltadoras de los árboles entran en sus casas por las ventanas; los gorriones, confiados, anidan en sus techos: su casa está llena de pájaros.

"En la sala central un estrado recubierto por una tela blanca sirve de recibimiento para las visitas que, con frecuencia llegan muy numerosas, y se sientan a la indiana, en círculo, para tratar de cosas ocultas: brahmanes en cuya frente aparece el sello de Vichnú o de Siva, pensadores que vienen descalzos y con el pecho desnudo, con un paño de tela ordinaria ceñido a la cintura, pero que han escrutado todas las cosas y no se dejan dominar por la ilusión del universo; eruditos que en su descuido terrestre parecen labradores de los campos y hasta mendicantes de los caminos, pero que han juzgado la obra de los más trascendentales y modernos filósofos de Europa, y os di-

cen con serena certidumbre: "Nuestra filosofía comienza donde la vuestra acaba".

"Los sabios trabajan y meditan todo el día solos o reunidos. Sobre modestas mesas están abiertos libros sánscritos que encierran los arcanos de aquel brahmanismo que ha precedido en muchos milenios a nuestras filosofías y a nuestras religiones. En estos libros insondables los pensadores de los remotos tiempos que veían infinitamente más lejos que los hombres de nuestras razas y de nuestros tiempos depositaron el summum del conocimiento. Habían concebido lo inconcebible y su obra, que ha dormido olvidada durante siglos, excede a nuestras degeneradas comprensiones. Por esto son necesarios años de iniciación para ver poco a poco, detrás de la oscuridad de las palabras, ensancharse y aclararse los inefables abismos."

"Los sabios de Benarés parecen ser, más que nadie, capaces de comprender aún: son descendientes de los insignes filósofos para quienes se escribieron estos libros, son de la misma raza hereditariamente depurada, de la raza que no mata y cuya carne no se ha nutrido jamás de ninguna otra carne. En ellos la materia del cuerpo terrestre debe ser menos pesada y menos opaca que la nuestra; por un largo atavismo de meditación y plegaria han de haber adquirido delicadezas y hasta sutilidades de percepción desconocidas para nosotros; y sin embargo, dicen con modestia: "No sabemos nada, apenas comprendemos nada; procuramos solamente instruirnos."

Y agrega a continuación refiriéndose a la Sra. Besant: "Una mujer, una europea escapada del torbellino occidental ha tomado sitio y se ha impuesto altamente entre ellos. Encantadora aún de rostro bajo su cabellera blanca, vive aquí desprendida del mundo, con los pies desnudos, frugal como la esposa de un brahman y austera como un asceta. A su buena voluntad debo poder entreabrir a mi ignorancia las formidables puertas del saber, pues hay menos barreras entre ella y yo. Antes ha sido alguien de mi especie y le es familiar mi lengua natal."

A ella le pregunta Loti:

"Entonces, ¿qué es preciso para ser de los vuestros?"

Y le responde la Sra. Besant:

"Prestar juramento de considerar a todos los hombres como

vuestros hermanos sin distinción de casta ni de color; tratar con igual afecto a los más humildes obreros que a los príncipes. Prestar juramento de *buscar la verdad por todos los medios posibles en el sentido antimaterialista*. No se necesita más.”

“He prestado el fácil juramento que se me ha pedido y los sabios de la casita del Silencio me han admirado como uno de sus discípulos. No me atrevería, sin embargo, a repetir lo que ellos comenzaron a enseñarme.”

“No obstante, es preciso no acercarse a la ligera a la casita blanca, tan franca siempre y tan hospitalaria con su jardín de rosales, pues ante todo es el asilo de la renuncia y de la muerte. Una vez impresionado, por ligeramente que sea, por la paz que en ella reina, ya no vuelve uno a ser nunca más el mismo que era...”

* * *

El interés que la Sra. Besant sintió siempre por la India, su pueblo y su filosofía, aumentó durante sus estancias en Benarés, donde estuvo en contacto con los pandites, brahmanes profundamente instruidos en la ciencia sagrada. Conoció e hizo amistad con rajás, pues necesitaba su apoyo material para la obra que se proponía emprender¹.

Su primera finalidad fue destruir el fanatismo mostrando a los indos la común unidad de fe y aspiración que subyacían en cada una de los movimientos religiosos. De este modo conseguía dos objetos: primero, que los indos, descubriendo las bellezas ocultas en la religión de sus antepasados, no se avergonzaran de ella ante la actitud despectiva y humillante de los occidentales, y segundo, que las diversas sectas se comprendieran, toleraran y confraternizaran. Son innumerables sus obras y conferencias sobre este particular; mencionaremos como más notable “Historia de la Gran Guerra”, versión en prosa del Mahabarata; el “Bhagavat Gita” o Canto del Señor, “Mama-chandra, el Rey ideal” y “Las Religiones de la India”.

¹ Aimée Blech.

Después se consagró al problema educativo que abarcó diversos aspectos. Ante todo procuró que los indios, esclavos ya del materialismo occidental, juzgaran por sí mismos si el pasado de la India, su antigua filosofía, su literatura, su ética, su religión no bastaban para satisfacer sus necesidades morales, religiosas y nacionales. Sostuvo en todo momento que la educación no podía ser un éxito si no la encauzaban en su verdadero espíritu quienes tuvieran por propias las tradiciones, lengua y costumbres, es decir, el espíritu de raza de sus educandos. He aquí sus palabras en una conferencia pronunciada en Bombay el 9 de marzo de 1903:

“Para que la educación pueda ser fructífera han de orientarla, planearla, conducirla y practicarla quienes, no solamente amen a su país, sino comprendan sus necesidades, peculiaridades, características y tradiciones. La educación, para ser útil, ha de apoyarse en un conocimiento del país tanto de su pasado como de su presente, ha de orientarse de acuerdo con las antiguas tradiciones y hábitos nacionales y adaptarse a las costumbres modernas; ha de buscar en todo las crecientes necesidades de una siempre floreciente nación.”

Consideró altamente importante la enseñanza de la religión en escuelas y centros docentes superiores de donde había sido repudiada. Para ello dió numerosas conferencias sobre la necesidad de la educación religiosa. He aquí el fragmento de un discurso pronunciado en la Sociedad Literaria de Estudiantes de Madrás el 26 de febrero de 1908: “Quienes aspiréis a la grandeza de la India, quienes anheléis verla poderosa, recordad que el requisito indispensable para su grandeza nacional es la enseñanza de la religión a la juventud. Enseñad a los jóvenes a ser religiosos sin caer en el fanatismo; a amar su propia fe sin despreciar u odiar la creencia de los demás; haced de la religión una fuerza, unitiva no separativa, la constructora de la nacionalidad, no la desintegradora, la madre de las virtudes cívicas, la protectora y maestra de la moralidad. De este modo los adolescentes serán un día dignos ciudadanos y vivirán en una India poderosa, próspera y libre, recordarán con gratitud a quienes en tenebrosos días les mostraron la luz y les dieron la enseñanza religiosa, única que hace a los ciudadanos, buenos, y a los hombres, grandes.”

Resultado de su propaganda pedagógica fue la fundación del Colegio central indio de Benarés con una matrícula de 1.200 estudiantes. Consiguió, además, que se incluyera en sus asignaturas la enseñanza de la religión.

Otro aspecto de esta actividad fue la educación de la mujer india, pero no tendiendo al cultivo del intelecto sino a su independencia individual por medio de su formación interior, del desenvolvimiento de las cualidades que caracterizaban a la mujer india del pasado y que fueron la base de la grandeza colectiva. Para la Sra. Besant la mujer del oriente no ha de seguir el mismo camino que la occidental por ser su misión completamente distinta. Dice: "El movimiento *nacional* para la educación de la joven ha de tener en cuenta las necesidades nacionales y la India no necesita jóvenes graduadas, preparadas para profesiones intelectuales, sino esposas y madres noblemente educadas, inteligentes y amorosas sacerdotisas de un hogar, eficientes maestras de la juventud, aptas conserjas de sus esposos, prácticas enfermeras del doliente."¹

De sobra se conoce en Occidente la opresión en que vive la mujer india, primero en el hogar en que ve la luz, después en el que se le obliga a formar niña aún, y cuando por falta de dote llega a los 18 años sin conseguirlo, vése despreciada por sus familiares y amigos y se la trata como un paria de la sociedad. En este ambiente hemos de juzgar la admirable labor feminista de la Sra. Besant, no en la acepción que tiene el feminismo en nuestros países, como ya hemos indicado antes, o sea, de capacitar a la mujer para que por sí misma pueda afrontar las dificultades económicas de la vida, sino en el de enriquecimiento y elevación de su misión conyugal y materna por el beso de la ciencia y del arte. Intensa fue su actividad para conseguir la fundación de escuelas indas femeninas. De una conferencia transcribimos los siguientes párrafos:

"No debéis descuidar a vuestras hijas. *Hasta que ellas recibían también educación*, se las instruya, conozcan las glorias del pasado y expliquen a sus hijos, en su regazo, lo que fue la India y lo que puede ser; hasta que vuestras madres sean dignas de sus antecesoras, sean tan patriotas como sus compañeros,

¹ De un folleto publicado en 1904.

amen a su patria como sus esposos; hasta que desaparezca el abominable matrimonio prematuro que convierte en esposa y madre a la joven doncella, en edad aún de jugar con sus pelotas y aprender en la escuela; hasta que se restaure la antigua institución del Brahmacharya que prohíbe a los estudiantes desposarse antes de terminar sus estudios; hasta que todo ello sea hecho, la India continuará débil. Hasta que la sabiduría de vuestros hijos y de vuestras hijas alcance a trabajar por el porvenir; hasta que recordéis que este país no tiene solamente un Yajnavalkya, sino también un Maitreyi; que las hijas de la India tienen tanto derecho al conocimiento como sus hijos; que en el pasado cantaban versículos de los Vedas y actualmente no pueden escucharlos de labios ajenos; hasta que procuréis revivir la grandeza de vuestro pasado para que sea digno vuestro futuro, la India no podrá elevarse sobre el nivel en que vive.”

La construcción del Colegio central indo de Benarés, actualmente núcleo de la Universidad inda, tuvo resonancia en todo el país. La Sra. Besant recibió para esta magna labor estímulo y dinero de todas partes, si bien se concitó la desconfianza y hostilidad de los ministros católicos y protestantes que soñaban en catequizar y cristianizar la India. Ellos fueron siempre sus principales enemigos porque no podían comprender su amplitud de miras o interpretaban su actitud con estrechez e injusticia. No podían admitir de ningún modo palabras como éstas: “Para nosotros no hay incrédulos, no hay herejes. ¿Qué es la herejía? Otro modo de ver la verdad. Los teósofos aceptan todas las religiones como verdaderas; para ellos existe *la* Religión, no una religión. Por lo tanto nunca le decimos al hombre: “Abandona tu religión y conviértete a esta otra”; sino: “si eres cristiano continúa siéndolo, pero siguiendo el cristianismo espiritual y místico, buceando profundamente tu religión, buscando su base y fundamentos, no contentándote con la superficie.” La Teosofía repite las mismas palabras a las demás religiones: entre los indos, trabajamos en pro del induísmo; entre los budistas, del budismo; entre los cristianos, del cristianismo. Creemos que todas las religiones son divinas, queremos únicamente engrandecerlas, elevarlas, espiritualizarlas, en

una palabra hacerlas más religiosas para que reconozcan como base común el amor de Dios y el amor de la humanidad.”¹

En el Colegio indo hay profesores teósofos, indos o europeos. A él se agregó, algunos años más tarde, una escuela femenina dirigida por la Srta. Arundale, íntima amiga de la Sra. Besant y antigua discípula de Blavatsky².

Como labor educativa y social cabe también considerar lo que hizo en colaboración con el Coronel Olscott por las clases inferiores de la India, suscitando con ello el odio profundo de los indos ortodoxos que han procurado por todos los medios intensificar el sistema de castas, principalmente impidiendo que los hijos de humildes hogares pudieran asistir a las escuelas de las castas superiores.

Como corolario de su actividad educativa organizó el Consejo Nacional de Educación, integrado por los indos de más valía, a fin de conseguir que la pedagogía se apoyara sobre bases completamente nacionales.

Ultimamente se ha ocupado del problema político. La Sra. Besant se ha mostrado en todo momento favorable a la autonomía de los pueblos; ha considerado funestísimo que individuos de otras nacionalidades, de diversa lengua, tradición, etc., por el hecho de pertenecer a naciones poderosas tuvieran derecho a gobernar, a regir los destinos de otros que integraban naciones más débiles. De aquí su simpatía manifestada por Irlanda en diversos capítulos de su autobiografía; de aquí su labor admirable en la India para evitar que Inglaterra, por no comprender los sagrados derechos de una raza, la humillara altivamente como inferior.

Pero la actitud de la Sra. Besant en esta actividad no podía ser la del revolucionario que casi nunca alcanza ver las consecuencias de sus actos. Débese a esta actitud el que desde un principio procurara elevar el nivel moral, intelectual y espiritual del pueblo que anhelaba ver libre, por medio de la fundación de escuelas, publicación de libros y folletos, conferencias sobre diversos aspectos. He aquí un fragmento de la que pronunció en Bombay con el tema: “La educación como

¹ Conferencia pronunciada en 1900.

² Del libro “Un abregé de sa vie”.

deber nacional”: “El porvenir de la India depende de los indos y no de otro pueblo o país. La nación inda no ha de crecer por la influencia de ninguna otra nación, sino por el desenvolvimiento del carácter dentro de los límites de la India. Inglaterra no puede libertaros; solamente vosotros podéis hacerlo por vuestra nobleza, rectitud, valor y veracidad. Las naciones integradas por individuos de tales cualidades han de ser libres. En vuestras manos hállase vuestro destino; vuestro porvenir será vuestra creación. Echad los cimientos de un noble carácter y del espíritu público que se manifiesta en la verdadera ciudadanía; demostrad ser dignos de integrar un poderoso Imperio. Como ha dicho Lord Jorge Hamilton, la India ha de gobernarse de acuerdo con los sentimientos indos, las tradiciones indas, el pensamiento y las ideas indos. Esto es verdad, y es posible que si la India llega a la altura de sus posibilidades pueda ofrecer sus mejores y más nobles consejeros al Colegio imperial, reunido alrededor del Monarca, para el Gobierno de la Nación... Ha pasado ya la época de las pequeñas nacionalidades, de los insignificantes estados y menudos pueblos; la actual tendencia es caminar hacia un vasto reino, unido por un objetivo y un amor común.”

Se sirvió de todos los medios para su labor política: de su palabra entusiasta y apasionada que tendía a suscitar entre los indos el ideal de una autonomía que fuese fruto de su trabajo y esfuerzo, no de una contienda fratricida; de su inspirada pluma publicando continuamente folletos y hojitas a fin de preparar la mentalidad de los lectores sobre los problemas capitales y organizando congresos pro Reforma hasta llegar a un Congreso Nacional que se desarrolló en una Asamblea Nacional; de su capacidad directiva reuniendo a los jefes del Congreso para discutir el proyecto de fundación de una Liga pro autonomía con su comité de propaganda y que si bien no cuajó en seguida tuvo más adelante plena realidad y efectuó espléndida labor; de su amistad, en Inglaterra, con miembros del partido laborista que habían de defender desde el Gobierno las justas aspiraciones del país indignamente humillado.

Como importantísimo órgano de difusión de sus ideas, hemos de mencionar la publicación, en noviembre de 1913, de un semanario titulado “Commonwealt”. Aunque sus columnas es-

taban abiertas a todas las cuestiones vitales del país, su principal objetivo fueron las mutuas relaciones entre la India e Inglaterra. Decía la Sra. Besant como directora: "Aspiramos a que se acerquen los dos países procurando que la Gran Bretaña conozca los movimientos indos, reflejo de su vitalidad, así como las individualidades que desde aquí influirían en los destinos del Imperio." El ideal político que se presentó a los lectores fue el de una India autónoma dentro del Imperio británico. El periódico promovía todo lo que tendiera "al autogobierno por medio de consejos municipales y asambleas legislativas provinciales, hasta llegar al Parlamento Nacional, igual en sus poderes a los cuerpos legislativos de las colonias, y representación directa de la India en el Parlamento inglés."

Poco tiempo después de fundar el "Commonwealt" adquirió "The Madras Standard", el más antiguo diario de Madrás, que bautizó con el nombre de "New India", pues aspiraba a que, por una parte, fuese eco de las esperanzas, aspiraciones, injusticias, luchas del pueblo indo en pro de su nacionalidad, y de la otra, un órgano de sana cooperación, camaradería y solidaridad entre todos los pueblos que se agrupaban bajo el nombre de península indostánica.

"New India" llegó a adquirir gran importancia y circulación y a causa de esto el gobierno inglés, temeroso de los efectos de su propaganda, le creó multitud de dificultades, ora intentando hacer imposible su vida económica por la imposición de multas, ora intimando a la Sra. Besant a que abandonara la campaña iniciada. Pero las amenazas no podían arredrar a una individualidad como la suya y al mantener firmemente su bandera aumentaba cada día el número de quienes la perseguida su bandera aumentaba cada día el número de quienes la percibían y se aprestaban a defenderla.

En estas circunstancias comenzó la Guerra europea y el Imperio Británico necesitando la colaboración de todos, hizo grandes promesas a los indos respecto a su soñada libertad. La India demostró sincera amistad hacia el opresor en el momento del peligro y esperó confiada la recompensa. Pasaron los meses y las severísimas medidas que adoptó el Gobierno inglés patentizaron que no solamente se negaba a cumplir lo prometido, sino que aun pretendía ahogar las manifestaciones que hasta aquel

momento, aunque con cierto desagrado, se habían permitido. Entonces llegó a su auge la actividad política de la Sra. Besant: a todas partes acudía, en todos los periódicos colaboraba clamando por la ansiada libertad. He aquí sus enérgicas palabras en un discurso de esta época: "Inglaterra, en el momento que luchaba por su vida, acudió en demanda de ayuda a este país y la India se lo dió todo. Los soldados indos pelearon por la libertad de Bélgica y por la santidad de los tratados y al regresar a su hogar encuentran a su pueblo en la esclavitud, y despreciados y hechos pedazos todos los tratados. Inglaterra ha de admitir en la India aquéllo por lo cual ha luchado en Europa."

La propaganda llegó a tal extremo que se citó a la Sra. Besant para una entrevista con el Gobernador de Madrás, en la que éste le ordenó que suspendiera todas sus actividades, a lo que contestó la Sra. Besant: "El poder está en vuestras manos, yo estoy indefensa y podéis hacer lo que os plazca; pero tened en cuenta que con vuestra actitud asestáis al Imperio Británico un golpe mortal." A causa de la firmeza de la Sra. Besant, una hora después de la entrevista se le invitó a internarse en uno de los tres distritos que se le fijaron juntamente con dos colaboradores: M. Wadia de la Sociedad de Publicaciones y Jorge Arundale, director del Colegio central indo.

Escogió Ootacamund, residencia de verano situada en las montañas de Nilgiri donde el Coronel Olcott poseía una casita.

Para una mujer plenamente consagrada al servicio de la humanidad esta inacción total significó una prueba cruelísima. De ella se resintió su misma salud durante algún tiempo, y uno de sus amigos en una carta particular la comparaba muy acertadamente a un león enjaulado.

Pronto, sin embargo, se formularon en su favor protestas ante el Parlamento y en septiembre de 1917 se le concedió incondicionalmente la libertad. Su regreso constituyó un triunfo imposible de imaginar. Una muchedumbre inmensa se amontonaba a su paso formando un cortejo cada vez más imponente. Aclamada por las masas atravesó pueblos y aldeas, engalanados como si se tratara del descenso de un hada. Flores adornaban los caminos que sus pies habían de hollar; en Bombay, girándulas de objetos preciosos se balanceaban en las casas, y

piedras preciosas, finas perlas se lanzaron a su paso. Fue una continua ovación, la expresión de entusiasta gratitud por la fiel amiga de la India...

En Adyar, su llegada fue digna de una epopeya.

Poco después se la nombró presidente del Congreso nacional indio y en diciembre de 1917 pronunció en Calcuta un discurso admirable, digno de un verdadero hombre de Estado. He aquí algunos párrafos: "Como acertadamente dijo Mazzini, Dios ha escrito una línea de Su pensamiento en la cuna de todo pueblo. Ella indica su misión especial, no puede desviarse, ha de desenvolverse libremente..."

"¿Qué es una nación? Una chispa del Fuego divino, un fragmento de la Vida divina infundida en el mundo y reuniendo una masa de individuos, hombres, mujeres, niños, estrechamente enlazados en una unidad. Sus cualidades, sus poderes, en una palabra, su tipo, dependen del fragmento de Vida que se incorporó en ella, de la vida que la forma, que determina su evolución, la colora, la singulariza. La magia de la nacionalidad es el sentimiento de unidad; la función de la nación es servir al mundo de acuerdo con la línea particular que le es propia, aquella que Mazzini considera como su misión especial, el deber a que Dios la obligó en la hora de su nacimiento... Para cumplir plenamente su misión hacia la humanidad, la nación ha de desenvolverse de acuerdo con su línea, ha de dirigir su evolución. Debe ser *ella* y no *otra*. El mundo entero se trastorna cuando se violenta una nacionalidad o se la suprime antes de cumplir su misión. Por esto su reclamación de libertad y la autonomía no es simplemente un egoísmo, una demanda de más derechos para disfrutar de mayor felicidad, aunque si lo fuera no habría tampoco en ello mal alguno, porque felicidad significa plenitud de vida y el disfrute de tal plenitud es una justa reivindicación. La demanda del libre gobierno tiene por objeto la evolución de la propia naturaleza para servir a la humanidad y esta aspiración emana de la más profunda espiritualidad, es la expresión del ardiente deseo de ofrecer al mundo lo mejor de uno mismo. Por esto, los peligros no la detienen, ni las amenazas la arredran, ni el ofrecimiento de las mejores ventajas la seduce ni la lleva a abandonar su demanda de libertad."

Y parafraseando palabras de las Escrituras cristianas dice la Sra. Besant entusiastamente: "¿Para qué desearía una nación ganar el Universo si perdiera su alma? ¿Qué puede dársele a cambio de su alma? Vale más miseria y libertad, que riqueza y servidumbre. Este es el espíritu del movimiento para el *Home Rule* (autonomía) y no puede aniquilarse ni destruirse; es eterno y siempre joven"¹.

En esta actividad trabajó durante algún tiempo de acuerdo con Gandhi, esta poderosa individualidad que, sintiendo en lo más profundo de su alma el dolor de un pueblo injustamente humillado y escarnecido, se dejó arrastrar por el noble anhelo de libértarle del yugo que lo oprimía, sin medir las funestísimas consecuencias de sus actos. Besant y Gandhi, unidos en la actividad política por un ideal común: la India, empezaron a separarse cuando éste quiso protestar públicamente contra una ley que el Gobierno inglés había votado a pesar de la oposición y campaña de los principales miembros del Consejo central de la India (y con ellos la Sra. Besant), desobedeciendo las hasta entonces respetadas por justas. En relación con esta desobediencia civil, predicó a las masas la cesación de toda actividad, o sea, suspensión del trabajo, cierre de las tiendas, negación al tránsito de tranvías, automóviles, etc., para dedicarse exclusivamente al ayuno, a la oración y a las grandes asambleas.

La Dra. Besant no pudo apoyar esta actitud; primero, porque consideraba muy ilógico que para mostrar una disconformidad que el Gobierno inglés conocía, tuvieran que rebelarse contra leyes que en nada perjudicaban al pueblo indo, y segundo, porque intuía todo el alcance de aquella propaganda, o sea, que una muchedumbre hambrienta no permanecería pasiva, ayunando y orando tal como confiaba Gandhi y que entonces surgiría el conflicto entre el pueblo y la policía, como así sucedió y, como consecuencia, las sangrientas luchas que complicarían el problema, ya de sí difícil de resolver.

Poco le importaba captarse con esta decisión, erróneamente interpretada, las antipatías de casi todo el país; poco le importaba que quienes antes la veneraban como salvadora intentasen imponerle silencio en el Congreso Nacional y en su labor pú-

¹ Aimée Blech. Obra citada.

blica, que se procurara arrojarla del campo político mediante el descrédito; estaba dispuesta a proseguir sola su campaña contra la injusta ley que el Gobierno imponía a su India amada y a mantener erguida su bandera autonomista que había de ser siempre símbolo de lucha por un ideal exento de odio.

Desde entonces aprovechó todas las oportunidades para mostrar, entre los ingleses, la insensatez e injusticia de la actitud adoptada y el enorme perjuicio que reportaría si llegaba a ser causa de la separación espiritual de dos razas en las que intuía una magna labor; y entre los indos, para recomendarles dominio y confianza, confianza “no en la burocracia inglesa, autora de todos los males, sino en la Inglaterra de Cromwell, de Hampden y Pym, de Milton y Shelley; la Inglaterra que protegió a Mazzini y dio la bienvenida a Garibaldi como libertador de Italia. Esta Inglaterra cumpliría con su deber si los indos manteniéndose firmes, trabajaban por la verdadera libertad moral y espiritual, aquélla que no depende de nación alguna, pero que es el supremo paso de los pueblos que han de conquistar su libertad política”¹.

A raíz de esta labor política Lord Haldane, Ministro de Justicia, dijo de la Sra. Besant: “Es el mejor hombre de Estado que he conocido”, y S. Subramania Iyer, Dr. en Letras, ex-Jefe del Tribunal Supremo de Madrás y Presidente del *Home Rule League*, la calificó de “constructora de un Imperio”, y en el jubileo de su labor pública celebrado en Londres el 23 de julio de 1924, después de demostrar que hasta la fecha los imperios se habían fundado o por el poder de la espada (César, Napoleón, Bismarck) o de la política (Lincoln) y de afirmar que en adelante han de apoyarse sobre tres principios: 1º reconocimiento de la fraternidad; 2º amor y simpatía como principales características de los diversos núcleos que integran el Imperio; 3º religión universal, agregaba: “El nuevo tipo del Imperio que se ha de construir, tal como el mundo lo necesita, lo ha mostrado admirablemente la Dra. Besant con su labor en la India... Este país no es una *tabula rasa*; su constructor no ha de manejar pueblos primitivos, sin tradiciones ni cultura, sino un país de muchas comunidades, madre de una antiquísima

¹ Discurso pronunciado en el Congreso de Lucknow.

civilización, con sus religiones, ciencias, artes y literaturas. Pero esta labor no puede realizarse con la espada, sino apelando a la razón y a la espiritualidad, único modo de que la construcción se adapte a las nuevas condiciones requeridas. Y ¿quién podía hacer esto, sino un alma del temple de la doctora Besant? Su vida toda es tan espiritual que, como constructora de un Imperio, no recurre a una institución política, sino a una organización espiritual. La característica especial de esta organización es ariana, pues la Sra. Besant representa al tipo indario en su perfección; tiene el poder de combinar los diversos elementos de su cultura y producir un hermoso mosaico”.

Es digno también de mención el mensaje de M. K. Gandhi con motivo del jubileo que se celebró en la India para idéntico objeto: “Todos sabéis que por desgracia disiento de la doctora Ana Besant en algunos puntos de vista políticos y de principios, pero esto no ha rebajado en ningún sentido la opinión que de ella he formado: es una mujer de carácter superior, noble propósito, incesante energía e indomable voluntad. Ama la India con la devoción de una hija. Su actividad y esmero causan nuestra envidia; su valor nunca brilló más intensamente como cuando, a riesgo de perder su popularidad, se opuso a la No-cooperación¹. ¡Que viva muchos años para servir a la India y a la humanidad!”

* * *

Aunque todo lo que antecede no puede, estrictamente hablando, llamarse *teosófico* porque corresponde a otros campos de actividad es, sin embargo, efecto del ingreso de la Sra. Besant en la Sociedad Teosófica. Dispuesta, desde aquel momento, a ser un mensajero de Aquéllos que dirigen desde superiores planos la evolución del hombre, no podía dar un paso ni emprender ninguna actividad que no la considerara como un aspecto de Su obra en nuestro mundo. Por Ellos desplegó su portentosa energía en la India y consideró como propios sus problemas de nacionalidad, religión, raza, inferioridad de la mujer, etc., de los que nos hemos ocupado anteriormente; por Ellos introdujo la Comasonería en Londres a comienzos de este

¹ El movimiento en pro de la desobediencia civil anteriormente aludido.

siglo a fin de elevar la mujer al mismo nivel que el hombre y realizar entre sectores idealistas, aunque no teosóficos, el ideal de fraternidad humana; por Ellos protegió la institución, Orden de la Estrella de Oriente, llamada a echar los cimientos de una nueva sociedad bajo la dirección luminosa de un Instructor mundial; por Ellos ha colaborado en la difusión de los movimientos: Iglesia Católico-Liberal, fundación de la Universidad teosófica mundial, Brahmavidya Ashrama, y está trabajando actualmente para la creación de centros de espiritualidad que han de ser cuna de la nueva raza.

Para ocuparnos de su actividad como presidente de la S. T. hemos de salvar la laguna de algunos años y entrar en 1907 en que ocurrió la muerte del Coronel Olcott y la elección presidencial. Previamente la Sra. Besant se había preparado para la magna labor que le aguardaba en el porvenir: la casita blanca de los Sabios de Benarés, Shanti Kunja, fue testigo de sus estudios y meditaciones a fin de adquirir las armas de orden espiritual que habían de convertirla en valioso miembro de la Sociedad. Como materialista, atea y socialista hizo uso de armas intelectuales; como teósofa y ocultista necesitaba otros medios de conocimiento y se dispuso obtenerlos a cualquier precio.

En enero de 1907, el Coronel Olcott, sintiendo que se acercaba el fin de su existencia física, creyó conveniente, para que la Sociedad no se desviara de sus objetos, *nombrar* en vez de *designar* a su sucesor, como los estatutos sociales le facultaban, y nombró a la Sra. Besant. Este nombramiento disgustó a algunos miembros de la Sociedad porque opinaron que iba contra sus principios democráticos; circularon documentos, unos en pro y otros en contra de lo dispuesto por el presidente fundador y en el fragor de la discusión, llegado el momento de que los miembros confirmaran o rechazaran aquella última voluntad, la Sra. Besant les dirigió una carta publicada en el "Theosophist" de Marzo de 1907 de la que citamos el siguiente párrafo:

"Es preciso recordar que aunque yo personalmente me considere nombrada por mi Maestro y por el Presidente-fundador, ningún miembro de la S. T. debe adoptar mi opinión ni basar su voto sobre otra autoridad que su propio juicio. Ni el presidente fundador (y lo digo con profundísima reverencia) ni

nuestro Maestro pueden hacer otra cosa que designar; cada miembro es libre de aceptar o rechazar la designación; la responsabilidad de su voto es suya. La creencia en el Maestro no se impone a ningún miembro de la Sociedad y quienes creen en Ellos no están obligados a aceptar una manifestación porque otros lo afirmen. La perfecta libertad de creer o negar es la preciosa herencia de la S. T., y aunque yo estime cierta tal manifestación, defiendiendo el derecho de todo miembro de no creerla y votar en pro o en contra de la designación presidencial según prefiera.”

La votación fue favorable a la Sra. Besant, quien desde entonces, 1907, ocupa la presidencia de la Sociedad desde la cual ha dado enorme impulso a sus tres objetos: al primero, trabajando incesantemente, por una parte, para estrechar los vínculos de las diversas secciones nacionales a fin de formar un núcleo de fraternidad universal, y por la otra, para demostrar el origen divino del hombre, la evolución de los seres, única ley que explica su enorme diferencia a pesar de su unidad original; al segundo, difundiendo las ideas teosóficas por medio de su palabra y escribiendo multitud de libros sobre religiones comparadas; al tercero, dirigiendo y orientando a quienes se esforzaron y se esfuerzan en su perfección individual y desenvolvimiento interior para obtener como fruto la actualización de las facultades latentes en el hombre y que son realidad en los seres superhumanos.

Durante la presidencia de la Sra. Besant, la Sociedad Teosófica, como toda entidad humana, ha tropezado con dificultades y pasado por algunas crisis. Una de ellas se presentó un año después de su elección, 1908, por haber admitido al obispo C. W. Leadbeater en el seno de la Sociedad; otra en 1913 con motivo de la escisión de la Sección alemana dirigida por Rodolfo Steiner. No considero oportuno entrar en el relato de las causas de estas crisis porque conciernen más bien al desenvolvimiento de la S. T. que a la vida de su Presidente.

Poco tiempo después de la escisión de la Sección alemana se declaró la guerra europea y la Sra. Besant, no pudiendo venir a Europa, alentaba por medio de su pluma a quienes eran víctimas de la terrible lucha. Una vez terminada volvió periódicamente al continente europeo, vitalizando cada día más pode-

rosamente los diversos movimientos que emanan de la S. T., con el aura bendita de su presencia y la magia de su palabra.

La vida de la Sra. Besant, juzgada sin ninguna clase de apasionamiento, es la de un zapador del progreso humano. Se puede o no estar conforme con sus opiniones, se puede discutir el camino hollado, pero se ha de reconocer siempre que su actuación ha tendido a vencer los prejuicios de lo estatuido como mejor y cómodamente aceptado; a marchar contra la corriente trazada por el egoísmo humano y trazar nuevos surcos para que en ellos se deslizaran las aguas de una vida mejor, más libre y más feliz.

El valor primordial de toda su obra es que, por encima de cualquier tendencia, de todo criterio intelectual, de toda característica que fuese matiz de su temperamento, ha colocado su amor al hombre y su aspiración vehemente de conducirle hacia la felicidad. Pudo en los comienzos de su carrera pública, en su afán de arrancar rápidamente de raíz el dolor humano y por ignorancia de las leyes espirituales que rigen la evolución, como ella misma reconoce, ofrecer inadecuados medios, pero esto no aminora la valía y la grandeza de la finalidad perseguida.

En el jubileo de su labor pública celebrado en junio de 1924 en Londres y en abril del mismo año en la India, la representación de todos los sectores de la actividad humana patentizó plenamente que la Sra. Besant no había ido en pos de un ideal que satisficiera el intelecto, sino de algo que llenara las ansiedades de un corazón que sintió como propios los dolores del corazón ajeno. Y buseó hasta encontrarlo.

Ante la pequeñez de nuestras vidas y actividades la Sra. Ana Besant se nos presenta como un ser muy superior a nuestra raza; y sin embargo, aun no podemos nosotros, actualmente, justipreciar lo que ella representa para su evolución: serán las generaciones venideras, los siglos por venir, con su misión de poner en su lugar los verdaderos valores, quienes la mostrarán como luminosa estrella en tenebrosa noche.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Introducción	9
Prefacio de la tercera edición inglesa	11
Prefacio	15
Capítulo I De la periferia al centro	17
" II Primera infancia	31
" III Adolescencia	45
" IV Matrimonio	57
" V La tormenta de la duda	85
" VI Carlos Bradlaugh	105
" VII El ateísmo tal como lo conocí y enseñé	113
" VIII En la obra	139
" IX El folleto del Dr. Knowlton	159
" X Guerra por todas partes	187
" XI La lucha de Carlos Bradlaugh	193
" XII Todavía en lucha	211
" XIII Socialismo	227
" XIV De la tormenta a la paz	249
" XV Apéndice. — De 1892 a 1925	275

